DYLAN MARTINS
JANIS SANDGROUSE



Un JUEGO PROHIBIDO

TRILOGÍA IRIS 1



TRILOGÍA IRIS 1

DYLAN MARTINS
JANIS SANDGROUSE

Primera edición.

Un juego prohibido. Trilogía Iris nº1

Dylan Martins. Janis Sandgrouse

ÍNDICE

Capítulo 1



No había nada mejor que disfrutar de mi café favorito en la preciosa y coqueta cafetería de Tiffany, esa ubicada junto a una de las playas de San Francisco y desde donde podía permitirme el lujo de desconectar de la vida, al menos, durante una hora al día.

Me gustaba sentarme allí desde que la descubrí, por casualidad, en una de las peores mañanas de mi vida, siete años atrás.

Pero empezaré por el principio, por deciros quién es esta que habla y cómo llegué a la ciudad, trece años atrás.

Iris Duarte, ese era mi nombre desde que mis padres, Víctor y Carmela, me vieron nacer hacía ya treinta y cinco años, una mañana en la que, tras las lluvias, apareció el arcoíris, fue ese y no otro el nombre que mi padre quiso que llevara.

Cinco años después llegó a nuestras vidas Inés, mi hermana pequeña y a quien siempre quise y amé, y así sería hasta el último de mis días.

Éramos de una familia modesta, pero bien avenida, nunca faltó un plato en la mesa, ropa de abrigo ni algún que otro capricho que nosotras, como niñas, pudiéramos querer. Nuestros padres nos dieron todo y, más allá de lo material, siempre tuvimos su amor y cariño, ese que a día de hoy tanto echábamos de menos.

Tenía quince años cuando conocí al chico más guapo del instituto. Él, era nuevo en Madrid y tenía dos años más que yo. No se fijó en mí, cómo era lógico, puesto que a sus ojos yo era una niña, mientras que las chicas de su clase se mostraban un poco más adultas, o solo era que a ellas les gustaba llamar la atención más que otras chicas, tal como decía David, mi mejor

amigo y a quien siempre consideré un hermano, puesto que era el hijo de los mejores amigos de mis padres, a pesar de que era seis años mayor que yo.

El caso fue que durante un año entero estuve enamorada en silencio de aquel muchacho, y una noche, cuando volvía a casa del cumpleaños de una compañera de clase, tuve la suerte de encontrármelo y lo vi como mi salvador.

Un par de chicos me asaltaron, querían robarme, pero, ¿qué iba a llevar yo en el bolso además de unas pocas monedas? Pues nada, que se empeñaron en que les diera el reloj que debió parecerles la mar de valioso cuando, en realidad, el único valor que tenía era sentimental para mí, puesto que fue un regalo de mis padres.

Como haría Batman en mitad de la noche, mi héroe entró en aquel callejón y con un par de puñetazos a cada uno, se libró de ellos, recuperó mi reloj y me sacó de allí mientras me cobijaba en sus brazos, yo temblaba como una hoja por el miedo a que me hubiesen herido con una de sus navajas.

Le agradecí la ayuda, me secó unas lágrimas que no sabía que cubrían mis mejillas, y sonrió diciéndome que para eso estaban los compañeros de instituto. Y eso seguía siendo porque había repetido curso, los profesores y sus padres lo achacaron al cambio de ciudad y todo eso.

Para eso estaba, claro que sí, y para que yo soñara con que me besara desde que lo vi la primera vez.

No sabría decir cómo ni por qué, pero tras esa noche aquel chico se acercaba más a mí en el instituto, preguntaba cómo estaba y si había vuelto a ser asaltada en mitad de la noche. Lo que más me hizo reír fue el modo en el que dijo que si necesitaba ayuda alguna vez, no dudara en llamar a mi guardaespaldas favorito, y al decirle que ese era mi mejor amigo, se llevó la mano al pecho fingiendo estar ofendido, respondiendo que acabaría por ser él, y que lo vería en apenas unos meses.

Se esmeró en el proceso, desde luego, porque cada día aparecía en el patio durante el recreo y no solo preguntaba, sino que me invitada al desayuno y sin importarle que sus amigos y mis amigas estuvieran por allí merodeando, se sentaba conmigo y charlaba durante unos minutos.

Y me invitó a salir una de esas noches, no cabía en mí de la emoción y acepté, pero no iba a confesarle que me gustaba desde siempre, a tímida y cortada, como decía David, nadie me ganaba.

Aquella primera noche con él fue preciosa, y no me vio como una niña o al menos así lo percibí yo. Me dio un beso suave y tierno en los labios antes de dejarme en casa, y sonrió mientras se apartaba y se iba silbando.

Desde ese momento, todo el mundo supo que era su chica. Y así fue, efectivamente, hasta que la magia del amor se acabó por un embarazo con el que él no contaba, puesto que ya estaba centrado y cursando Derecho en la universidad.

Diecinueve años tenía yo, estaba ya de dos meses y al principio pareció que todo iría bien, hasta que un mes después dijo que no, que no podía abandonar su carrera para ocuparse de mí y del bebé. Que lo sentía, pero no podía hacerle eso a sus padres.

No era él quien hablaba, sino sus padres, concretamente su padre, para quien era más importante el qué dirían que el hecho de que fuera a ser abuelo.

Sentí en ese último beso que me daba que le dolía dejarme, dejarnos, pero aparté aquellos pensamientos de mi mente cuando salió de mi casa sin mirar atrás.

El embarazo en mi familia cayó como una bomba al principio, pero después la alegría y la ilusión llenó cada rincón, y mi madre empezó a comprar cositas para el bebé como hizo para sus dos hijas.

Me aseguraron que nunca nos faltaría nada, y eso lo sabía porque no dejé de trabajar para mantener a mi bebé, ese que llegó al mundo llorando a gritos dejando claro que tenía unos buenos pulmones.

Un niño, un precioso niño a quien llamé Nicolás, pero todos le llamábamos Nico, y que con el paso de los meses vi que se iba a parecer a su padre. Contaba con ello, existía esa posibilidad y sabía que me recordaría a aquel hombre que tantas veces dijo que me amaba, para después dejarme en la estacada.

Nico tenía el cabello castaño, algo que tanto su padre como yo compartíamos, y los ojos azules de él, mientras que los míos eran marrones. Su risa, sus abrazos y esos besitos cargados de babas que me daba, eran lo que me hacía levantarme cada mañana y luchar por él.

Cuando Nico tenía dos años, mi hermana diecisiete y yo veintidós, perdimos a los dos grandes pilares de la familia. Nuestros padres fallecieron en un accidente de tren y nos sumió a las dos en la pena más absoluta.

Vendí la casa, pagué lo que aún quedaba de hipoteca y con el dinero que sobró, decidí hacer lo que David me propuso.

Él se había marchado seis años antes porque quería cambiar de aires, sus padres fallecieron mucho antes que los míos y al quedarse solo dijo que probaría suerte en otro lugar. Lo hizo, arriesgó y, a día de hoy, su empresa de seguridad era la más conocida en el mundo de las estrellas, ya fueran del cine, televisión, cantantes o ministros y senadores.

En cuanto le dije lo que había pasado se vino un par de semanas a Madrid, nos ayudó con la venta y la mudanza, y nos encontró un apartamento para los tres cerca de donde tenía el suyo. Él se encargó de pagarlo durante dos años mientras yo trabajaba para él como recepcionista.

Hasta que le dije que quería lanzarme al mundo empresarial. ¿Qué hice? Poner algo que sabía que a él también le vendría bien, por lo que tras exponerle lo que pretendía, me financió la puesta en marcha del negocio, que consistía en alquiler de limusinas para trasladar a esas personalidades importantes que sus chicos vigilaban, o para gente que quería disfrutar de una despedida de soltera o soltero, para llevar a una cita a restaurantes de lujo y demás.

Y me fue bien, mejor que bien, ya que las ganancias eran magníficas. Pero entonces caí en la trampa de uno de mis mejores empleados, el gerente del departamento de contabilidad.

No sabría decir si me encandiló él o lo hice yo, pero acabamos juntos y durante aquel año, se hizo con una pequeña fortuna a mi costa. Mi empresa era de las mejores del sector, pero las deudas comenzaron a acumularse porque él dejó de encargarse de los pagos y cuando la situación era insostenible y me di cuenta de lo que pasaba, rompimos y tuve que deshacerme de la empresa que durante cuatro años había llevado adelante.

La vendí por un buen dinero, y tras seis meses pensando en qué hacer con mi vida y trabajando para David por el simple hecho de mantener la mente ocupada y no martirizarme por lo ocurrido, puesto que aquel idiota había jugado con el pan de mi hijo, le comenté que quería dedicarme al mundo de la inversión.

Me presentó a algunos conocidos suyos, invertí en sus negocios con los que empezaban a abrirse paso en el mundo de la hostelería, la perfumería y otros sectores, les ofrecí una pequeña cantidad quedándome con dinero suficiente

por si eso fallaba, y al final obtuve unos magníficos beneficios.

David, ese hombre rubio de ojos verdes y metro ochenta y cinco, se convirtió en mi ángel de la guarda.

Le di una cantidad de dinero a él, para devolverle todo lo que había hecho por mí y los míos, y aunque la aceptó a regañadientes, sabía que si la necesitaba en algún momento de mi vida él me la volvería a dar.

En esos siete años, me había convertido en la dueña de una de las mejores empresas de inversión de San Francisco.

Suspiré tras el último sorbo de mi café, me despedí de Tiffany que sonrió mientras se retiraba su preciosa melena pelirroja a un lado, y salí de la cafetería dispuesta a afrontar un nuevo día.

—¿A la oficina, señorita Duarte? —me preguntó Jack, un exmilitar de cuarenta años, rubio de ojos azules, grande y fuerte, que David había decidido asignarme como chófer y guardaespaldas cuando la empresa de inversiones comenzó a subir como la espuma.

David decía que en caso de que otro imbécil quisiera aprovecharse de mí, Jack le haría una pequeña advertencia.

—Sí, pero antes iré a ver a David —sonreí ocupando mi asiento en la parte trasera.

—Perfecto.

Jack para mí era mucho más que mi chófer, era un amigo, un confidente, puesto que en los últimos cinco años me había llevado a lugares de esos en los que se necesita mucha discreción, y sabía que podía contar con él. Otras veces acudía con David, pero eso era historia.

Acabábamos de dar la bienvenida al mes de junio, y mientras iba de camino al trabajo, recibí un mensaje del hombre de mi vida.

Nico: *¡Todo aprobado, mamá! ¿Comemos en Hugh's?*

Sonreí como la madre orgullosa que era, tenía el mejor hijo del mundo, además de que era un joven de lo más responsable en cuanto a estudios. *Hugh's* era su hamburguesería favorita desde los cinco años, imposible decirle

que no cuando cada ocasión especial, así como los cumpleaños, ese era lugar al que quería ir.

Iris: *Nos vemos allí, mi amor. Te quiero, lo sabes, ¿verdad?*

Nico: *Hasta el infinito, igual que yo.*

Se me escapó una risa, porque aquello comenzó a decirlo cuando era un mico y lo escuchó en la peli, *Toy Story*, esa que acabó convirtiéndose en una de sus sagas favoritas, hasta que la cambió por las películas de acción que implicaran persecuciones en coche y demás.

—¿Nico? —preguntó Jack mirándome por el retrovisor.

—Sí, ha aprobado todo.

—Ese es mi chico —hizo un guiño con una sonrisa y me reí.

Así le llamaban todos los empleados de David, puesto que, de algún modo, se había convertido en el sobrino postizo de todos ellos.

La vida nos dio duro desde que no era más que un pequeño guisante en mi vientre, pero con el paso de los años, nos había recompensado, y con creces, ese amor que su padre no quiso seguir dándonos.

Capítulo 2



Cuando bajé del coche frente al edificio en el que David tenía las oficinas, Jack me acompañó y esperó tomando un café junto a la máquina del vestíbulo.

—Buenos días, señorita Duarte —Elisa, la recepcionista, sonrió al verme.

—Buenos días. ¿Está David?

—Sí, aunque está reunido.

—No importa, esperaré fuera.

Caminé hacia el ascensor y subí a la tercera planta, allí era donde tenía su despacho, así como una sala de juntas donde solía reunirse con sus futuros clientes después de que contactaran con él por teléfono.

Me senté en uno de los sofás del recibidor con un café en la mano, y esperé mientras echaba un vistazo a mi correo.

Tenía un par de peticiones para reunirme con los dueños de aquellas empresas que querían que invirtiera en ellas, pero antes, como siempre, echaría un vistazo a cada una de ellas para ver si eran viables y me generarían buenos beneficios.

Mientras daba un sorbo al café escuché que se abría la puerta de la sala de juntas, el despacho de David estaba abierto, pero nunca entraba en él si no estaba, y eso a mi mejor amigo le molestaba sobremanera. Pero era así, no iba a entrometerme en su casa sin ser invitada.

—Estaremos en contacto, David —dijo una profunda y masculina voz.

—James —sonreí al escuchar a mi amigo.

Cuando les vi aparecer por el pasillo, por Dios que me quedé sin aliento. ¿Quién era aquel moreno de ojos grises, alto, y que lucía el traje como si fuera una segunda piel?

Aparté la mirada porque juraría que me había quedado embobada mirándolo más tiempo del realmente permitido, e incluso puse el móvil en silencio y fingí que me llamaban en ese momento, me levanté y caminé hacia el despacho de David, quedándome parada en la puerta mientras murmuraba simples monosílabos y echaba un ojo, disimuladamente, por supuesto, hacia el apuesto hombre que también me observaba.

Se despidieron y me había sorprendido escuchar que ambos hablaban en un perfecto español. David lo dominaba a la perfección después de casi veinte años viviendo allí, y yo con el tiempo lo fui perfeccionando al igual que mi hermana Inés. Pero aquel hombre, a pesar del característico acento americano, lo hablaba de lo más fluido.

—¿Cuántas veces tengo que decirte que me esperes dentro? Esta es tu casa también, pequeñaja —sonrió David, acercándose para darme un beso en la mejilla.

—Sabes que no me gusta hacerlo, es invadir tu espacio —respondí guardando el teléfono.

—Otra vez con lo mismo —volteó los ojos—. ¿A qué se debe tu visita un jueves por la mañana?

—Eso ha sonado como si no viniera todos los días a verte —me senté frente a él.

—También es verdad. Pasas aquí casi el mismo tiempo que en tu propio despacho.

—Venía a invitarte a comer con Nico y conmigo.

—¿*Hugh's*? —arqueó la ceja con una sonrisa.

—Exacto, celebración de notas.

—Tenemos un cerebrito en la familia, qué orgulloso me siento de mi sobrino.

—Y yo, y yo.

—Me apunto a comer. Pero con una condición.

—No sabía que ahora ponías condiciones para comer con nosotros.

—Solo una, y por esta vez. Necesito que me acompañes el sábado por la noche a una fiesta. Uno de nuestros mejores clientes me ha invitado a asistir, y no puedo negarme. El caso es que no quiero ir solo.

—Ya, que necesitas a tu flamante y eterna prometida para la ocasión, ¿no?

—Sí —suspiró.

—Vale, iré. Pero una cosa te voy a decir, el día que aparezca esa mujer capaz de hacer caer tus muros, me reiré de ti.

—No llegará, esa mujer no aparecerá nunca en mi vida. ¿No sabes que tú eres la única que consiguió eso?

—Pero no estamos realmente prometidos, David, llevas jugando con eso en cada fiesta a la que te invitan y me llevas, cuánto, ¿doce años? Y vivo aquí desde hace trece. Deben pensar que no queremos casarnos realmente —reí.

—Oh, no, claro que saben que queremos casarnos, es solo que yo finjo que hasta que tu hijo no cumpla los dieciocho, no me deja casarme con su madre.

—¡Serás! ¿Eres capaz de mentir de ese modo?

—Por supuesto, para que vean que te amo y os respeto a ti y a tu hijo.

—Estás como una cabra.

—Montesa, lo sé, de ahí mi apellido —hizo un guiño y no le tiré el cenicero de adorno que tenía en el escritorio, porque pesaba tanto que podría abrirle la cabeza.

—Me voy a trabajar —suspiré poniéndome en pie.

—¿Alguna nueva inversión?

—Un par de empresas que voy a buscar en Internet, después te cuento —le di un beso y abandoné su despacho.

Cuando regresé al recibidor en el que me esperaba Jack, sonrió al verme y fuimos caminando hacia mi trabajo, ese que estaba a solo unos pocos metros del edificio de David.

—Jack, ¿puedes ir después a recoger a Nico y llevarlo a *Hugh's*? Yo iré hasta allí con David.

—Claro, no hay problema.

—Gracias.

A diferencia de David, yo no necesitaba un edificio completo para mi empresa, por lo que con la primera planta de aquel lugar que albergaba cientos de oficinas y algunas empresas de arquitectos y despachos de abogados, era más que suficiente para mí, mi secretaria, un par de analistas y mi contable.

—Buenos días, Nikki —saludé a mi secretaria, aquella joven de veintiocho años, que lucía una bonita media melena negra azabache, enmarcando sus preciosos ojos azules.

Llevaba trabajando conmigo desde que puse en marcha la empresa, apenas tenía veintiún años cuando llegó en busca de una oportunidad de trabajo, la acababan de despedir en la cafetería donde había pasado dos años mientras estudiaba secretariado por las noches, y se la di. En aquel momento me recordó a mí misma cuando llegué a San Francisco, parecía tan perdida, y tan frágil, que me convertí en algo así como su hermana mayor.

—¡Buenos días, jefa! —sonrió— Tienes café en el despacho, y el informe que Peter ha redactado sobre *Bowman Store* —dijo, refiriéndose a la empresa en la que estaba pensando invertir.

—Genial, echaré un vistazo a eso. ¿Puedes buscar algo de información sobre dos empresas? Están en mi bandeja de entrada, dame algo rápido y se lo paso a Peter y Mike para que analicen pros y contras.

—Me pongo a ello.

Asentí y entré en el despacho, ese que había decorado a mi gusto. Me

encantaban las vistas hacia el puente que tenía desde el ventanal, así como al océano, y solía sentarme allí al anochecer para disfrutar del cielo que lo cubría poco antes de que la noche y las luces le dieran otro tono.

Di un sorbo al café y eché un vistazo al informe. Desde luego que los almacenes de la familia Bowman eran una gran oportunidad para invertir.

No hice esperar más tiempo a Alexis, la única hija del ya jubilado señor Bowman, y darle la noticia.

—¿Diga? —preguntó y noté que parecía algo sofocada.

—Hola, Alexis, soy Iris Duarte. ¿Te pillo bien?

—Sí, sí, hola… ¡Ay, mierda! —escuché un grito y poco después un golpe sordo.

—¿Alexis?

—¡Un segundo! —gritó, y me dio la sensación de que su voz era un poco lejana— Iris, sí, disculpa. Es que estaba buscando un archivador en la librería y… Bueno, acabo de descubrir que las escaleras y los tacones altos, no son compatibles. Menos mal que he caído encima del sofá.

—¿Estás bien? Oye, puedo llamarte más tarde.

—No, tranquila. Ya estoy contigo. Cuéntame.

—Mi equipo ha estado haciendo números y esas cosas estos días —empecé a hablar.

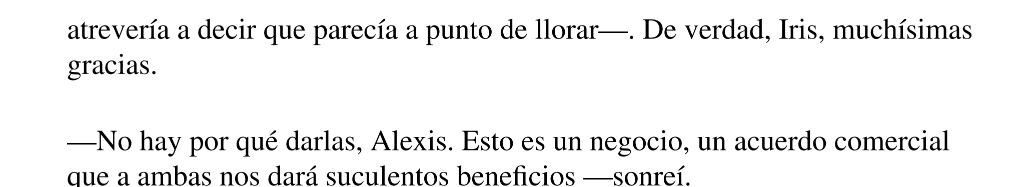
—Ajá.

—Solo quería que supieras que voy a invertir en tu empresa.

—¡Ay, Dios mío! ¿En serio? ¿No me he golpeado la cabeza al caer y esto es un sueño?

—No —reí—. Le pediré a mi secretaria que organice una reunión contigo la próxima semana, ¿de acuerdo?

—Gracias, gracias, gracias —no paraba de repetirlo emocionada, incluso me


atrevería a decir que parecía a punto de llorar—. De verdad, Iris, muchísimas gracias.

—No hay por qué darlas, Alexis. Esto es un negocio, un acuerdo comercial que a ambas nos dará suculentos beneficios —sonreí.

—Cierto. Aun así, no imaginas lo agradecida que estoy. Si no fuera por tu inversión, tendría que cerrar el negocio que mis padres levantaron hace más de treinta años.

—Lo sé. Te llamará Nikki, ¿de acuerdo?

—Sí, claro. Y, gracias, en serio.

No podía evitar seguir sonriendo cuando corté aquella llamada. Alexis había tomado las riendas de los almacenes de su padre hacía poco más de ocho meses, él se jubiló un par de años atrás y todo había quedado en manos de su contable, quien pasó a ser el gerente. Una serie de malas inversiones hizo que cuando ella se vio con fuerzas para dirigir el negocio familiar, descubriera que estaban prácticamente en bancarrota y que tendría que cerrar, con lo que eso conllevaba, el despido de cientos de empleados.

Alexis Bowman no era un caso aislado, muchas mujeres, empresarias como yo, se veían en apuros económicos en algún momento de su trayectoria, o empezaban en el negocio y muchas veces los bancos no confiaban en esas mentes jóvenes y soñadoras, por lo que yo las ayudaba.

También tenía clientes masculinos, pero me veía tan reflejada en muchas de esas mujeres, que quería ayudarlas, y lo hacía. Siempre y cuando los números, los pros y los contras del negocio, fueran factibles.

Eché un vistazo a las notas que me había pasado Nikki sobre esas dos empresas que querían que invirtiera en ellas, me reuní con Peter y Mike y ambos se encargarían de redactar un exhaustivo informe de cada una de ellas. Contaba con que a primeros de la semana siguiente podría darles una respuesta.

—¿Es que en esta empresa no se come, o qué? —preguntó David, asomando la cabeza por la puerta de mi despacho.

—¿Ya es la hora?

—En serio, Iris, te dejas abducir por el trabajo de una manera… —Volteó los ojos— Mueve el culo, o cuando lleguemos a *Hugh's*, no habrá hamburguesas para ninguno. Se las habrá comido nuestro chico.

Sonreí, recogí mis cosas y salimos de las oficinas de *Duarte Inversiones* para ir a reunirnos con el verdadero hombre de mi vida.

Capítulo 3



Nada más aparcar en *Hugh's*, David y yo vimos a Nico en la puerta charlando con Jack.

A pesar de tener solo quince años, mi hijo ya era casi tan alto como mi mejor amigo, igual que su padre. Solo que mi precioso Nicolás tenía ese metro ochenta de puro amor y ternura para conmigo, no como su padre.

—Aquí está el empollón de la familia —dijo David cuando nos acercamos, dándole un abrazo al que mi hijo respondió de igual modo—. Algún día serás un hombre de éxito, querido sobrino.

—Con tener la mitad del éxito de mi madre, me conformo —me explotó el corazón en ese momento.

Mi hijo no lo decía por el mero hecho de regalarme los oídos, ni mucho menos. Lo hacía porque, tal como le confesó una vez a mi hermana Inés, me admiraba por ser la persona fuerte y valiente que era a pesar de todo lo que me había tocado vivir, y de mayor quería ser como yo.

—Mi niño —sonreí abrazándolo, o más bien dejando que él me abrazara a mí porque me perdía entre sus brazos con lo bajita que era a su lado, a pesar de llevar tacones de ocho centímetros.

—No soy un niño, mamá.

—Jovencito, hasta que no cumplas los veintiuno, seguirás siendo un niño —le señalé con el dedo.

—Dieciocho, dijimos que dejaría de ser un niño cuando cumpliera la mayoría

de edad española —arqueó la ceja.

—Olvidas la memoria de nuestro chico, pequeñaja —rio David.

—Da igual, como sea. Porque tengas la edad que tengas, para tu madre, o sea, esta que habla, siempre serás mi niño.

—Lo soy hasta yo, y le llevo seis años —David volteó los ojos.

—Exacto —dije entrando en la hamburguesería.

Jack se fue, le dije que no necesitaría nada más de él hasta el día siguiente, puesto que me cogía la tarde libre para pasarla con mis dos chicos favoritos.

David le preguntó a Nico por las notas, y como venía siendo habitual en él, tenía sobresalientes en todas ellas, por no hablar de lo mucho que estaba destacando en el equipo de fútbol del instituto.

Mi hijo era un gran fan de los partidos de la NFL desde que tenía cinco años, y sobre todo del *San Francisco Warriors*, un equipo que apenas llevaba en la competencia desde hacía unos tres años.

Le gustaba el fútbol, muchos sábados se iba con David a ver algún partido y no llegaban a casa hasta después de cenar. Como decía mi mejor amigo, esos eran momentos para estar con su chico al cien por cien.

Se adoraban, y en esos trece años, David había sido era figura paterna que Nico necesitó, así como Zack, el marido de mi hermana, y entre los dos me ayudaban con esas visita al colegio del día de los padres, o las profesiones, o a asistir a sus partidos o entrenamientos.

—Me han invitado a ir al cumpleaños de un amigo el sábado por la noche, ¿puedo ir? —preguntó mientras comíamos.

—Siempre y cuando te lleve y te recoja Jack, no habrá problema —respondí —. Nosotros tenemos que asistir a una fiesta a la que han invitado a David.

—Vale, de todos modos, no iré muy tarde a casa.

—Chaval, es una fiesta de cumpleaños, puedes llegar más tarde de las once —dijo David.

—¿Desde cuándo eres tú quien pone los horarios de llegada a casa de mi hijo? —Arqueé la ceja.

—Qué fácil es buscarle la lengua tu madre —rio el muy cabrito.

—Tranquila mamá, que a las diez y media estaré en casa. El sábado juegan los *Warriors*.

Sí, sabía que tenía un partido que ver esa noche y como había pasado alguna vez, se quedaba hasta tarde viéndolo, solo que cuando le podía el sueño lo dejaba grabando y veía el final por la mañana mientras desayunaba.

Ay, mi niño se hacía mayor cada día que pasaba. Atrás quedaron los pañales, los biberones nocturnos, las noches sin dormir, los llantos por los cólicos, los gases o los primeros dientes. Antes de que quisiera darme cuenta sería mayor de edad, iría a la universidad, se comprometería con una joven a la que amaría el resto de su vida, y me convertiría en abuela.

Tras la comida llevamos a Nico al centro comercial, quería comprarse un par de conjuntos deportivos nuevos, y es que en los últimos tres meses había dado varios estirones, y sabía que esa era ya su altura definitiva.

David acabó comprándole incluso una mochila nueva para los entrenamientos, y es que ese hombre se encargaba de consentir a mi hijo casi tanto como mi propia hermana y yo.

Y hablando de mi querida Inés, era ella quien me llamaba en ese momento.

—Hola, cariño. ¿Cómo estás? —pregunté al descolgar, dejando a David y Nico en la tienda de videojuegos.

—Nerviosa, Iris, estoy nerviosa —lo sabía, siempre le pasaba cuando se acercaba el día *"I"*.

—Lo sé, pero estoy convencida de que esta vez, mi niña, esta vez será la buena.

—No estoy tan segura. Pero, sea como sea, será la última. No puedo soportar pasar más tiempo por esto.

—Eres joven, Inés, aún tienes tiempo.

—No, en serio. Esta será la última, Iris.

—¿Estás segura?

—Sí.

—¿Qué dice Zack sobre eso?

—Lo mismo que tú, que somos jóvenes y que puede que tardemos más, pero… No, no puedo más. Son tres veces ya, cuatro con la próxima.

—Pase lo que pase, estaré ahí contigo, lo sabes, ¿verdad?

—Lo sé —suspiró.

—¿Solo llamabas para eso?

—No, para invitaros a cenar a Nico y a ti, si os apetece. Hoy le daban las notas a mi sobrino favorito, ¿verdad?

—Así es, ha aprobado todo.

—Sabía que tenía que preparar su pastel de chocolate preferido —rio.

—Vuestro, dirás, porque ese pastel os encanta a los dos.

—Vale, lo de sus notas no era más que una excusa para comerlo yo misma. Pero ya sabes, los nervios y esas cosas de mujer a punto de inseminarse una vez más.

—Sí, lo sé. ¿A las ocho os va bien? Estamos en el centro comercial con David.

—Perfecto. Dile a tu falso prometido que venga con vosotros.

—Le encantará veros —reí.

—Estoy deseando que a ese hombre se le cruce una mujer de esas que le hagan explotar el corazón y no solo la bragueta.

—Y yo, y yo, porque me voy a reír de ver al romántico que lleva dentro

saliendo a flote. Eso sí, espero que la mujer se lo ponga difícil.

—¿Tanto como tú a todos esos que se acercan a ti?

—Ya sabes dónde se me acercan, por eso el ser la falsa prometida de David me viene de perlas a mí también.

—Iris, eres consciente de que no todos los hombres son como esos dos capullos con los que solo tuviste mala suerte, ¿verdad?

—¿Lo dices por la rata de dos patas, como decía Paquita, y Voldemort el innombrable? —sonreí.

—Esos mismos —rio ella al otro lado.

—Lo sé, pero no quiero más idiotas en mi vida ni en la de mi hijo. Ya la cagué una vez, sabes lo mucho que Nico se encariñó con Trevor.

—Era un niño, ahora ya es más mayor y entiende las cosas.

—Sí, las entiende tanto que dijo que más valía que nunca volviera a ver a Trevor, o le daría un puñetazo por robar y hacer llorar a su madre.

—Bueno, al menos no ha dicho nada del hombre que lo engendró.

—Claro que lo ha dicho, a ese le pone el otro ojo morado para que vayan los dos a juego, según sus palabras, aunque creo que es porque David suele decir lo mismo cuando pensamos que no nos escucha.

—Puede ser. Bueno, os veo a las ocho entonces.

—Sí, allí estaremos. Voy a la tienda de videojuegos antes de que estos dos arrasen con ella.

Colgué, eché un vistazo al interior de la tienda y ya estaban los dos en el mostrador de cajas esperando para pagar.

Nico me miró y sonrió, le devolví el gesto y esperé a que terminaran.

En ese momento, y como tantas otras veces que echaba la vista atrás y pensaba en lo que había sido mi vida desde que me quedé embarazada, volví a reafirmarme en la decisión que tomé, consciente de que volvería a tomar la

misma, siendo madre soltera porque él era lo mejor que pudo dejarme aquel desamor.

Capítulo 4



En el camino a casa de mi hermana pensé en ella y en Zack, su marido. Se conocieron en una de las fiestas de cumpleaños de David, ellos eran amigos desde que un cliente de David se vio envuelto en un escándalo y le contrató a él como abogado.

Tanto él como yo fuimos conscientes de que con aquella primera mirada que compartieron, estarían juntos toda la vida.

Y sí, de eso hacía ya nueve años, y seis que llevaban casados.

En ese tiempo mi hermana quiso ser madre, igual que él, pero cuando les dijeron dos años atrás que no podían tener hijos, pensaron directamente en la inseminación artificial, por lo que habían pasado ya por tres intentos y este sería el cuarto.

Tanto Inés como Zack adoraban a mi hijo, y muchos fines de semana se habían quedado con él cuando no era más que un niño.

Sabía la ilusión que les hacía a los dos tener un bebé, y en alguna ocasión me planteé hablarles de la posibilidad de que yo misma gestara ese bebé tras los tres intentos fallidos que tanto afectaron a mi hermana.

Nada más abrir la puerta de su casa, Inés sonrió y me dio uno de esos abrazos de oso que tanto le gustaban.

—Hola, hermanita —dije frotándole la espalda.

—Hola —susurró y noté que quería llorar, pero se lo prohibí.

—Nada de lágrimas, o me llevo el pastel de chocolate ahora mismo.

Sonrió y tras asentir, abrazó a nuestro amigo y a mi hijo.

Ella era idéntica a mí, cinco años menor y con algún rasgo diferente, pero en cuanto a físico, ambas éramos de cabello castaño, lucíamos una preciosa y sedosa lisa melena, teníamos los ojos marrones y medíamos metro sesenta. En ocasiones incluso nos confundían con gemelas.

—Así que mi sobrino favorito ha aprobado todo este año también —dijo Zack, saliendo en ese momento a recibirnos.

—Sí, solo espero que la universidad se me dé igual de bien —rio mi hijo.

—Seguro que sí, ¿sabes ya qué quieres estudiar? —preguntó Zack, pasándole un brazo por encima de los hombros.

Mi cuñado era moreno, alto, y tenía unos preciosos ojos verdes, por no hablar de lo cariñoso y simpático que era, no me extrañaba que mi hermana se enamorara de él.

Los tres hombres de la familia se fueron hacia el salón y yo seguí a Inés a la cocina, donde me ofreció una copa de vino.

—¿Tinto o blanco?

—Tinto —respondí.

Asintió y llenó una para cada una. No dudé en levantar mi copa y brindar por ella y mi futuro sobrino, ese que estaba convencida de que llegaría pronto.

—Sí que lo tienes claro —dijo volteando los ojos.

—Por supuesto, hermanita. Pocas veces cuando digo algo con certeza, me equivoco.

—Chica, pues ya podías tener ese mismo ojo para los hombres —rio.

—Calla, que lo he pensado muchas veces —reí también.

—Menos mal que tienes a David.

—Oye, que no nos hemos acostado nunca —fruncí el ceño.

—¿Seguro? Porque, en serio, si fuera soltera, me lo tiraría.

—Dime que esas que hablan son tus hormonas por la medicación esa que te dan antes de inyectarte los soldaditos de Zack, el cañón de marido que tienes —arqueé la ceja.

—No, es que siempre he pensado que David está muy bueno. Pero también que haríais una magnífica pareja.

—Pues esa barrera es la única que no cruzaríamos nunca jamás. Sabes que somos como hermanos, y le debo todo lo que tenemos desde que llegamos a San Francisco.

—Lo sé, por eso creo que es hora de buscarle novia.

Escupí el sorbo de vino que acababa de dar y empecé a toser, no me ahogué ante aquellas palabras de purutito milagro, en serio.

—¿Qué has dicho?

—Lo que has oído. Hay una enfermera majísima en la clínica donde vamos Zack y yo, que estoy segura que sería el tipo de David.

—Define, el tipo de David —hice las comillas al igual que ella en esas palabras.

—Pues simpática, sonriente, pizpireta, no muy alta, así como nosotras, morena y de ojos color miel.

—Joder, qué bien sabes la clase de mujer que le gusta, ¿no?

—Lo ha dicho millones de veces, ¿es que no lo escuchas? —rio.

—Sí, solo que no le hago caso, porque luego a la hora de la verdad, se lleva a la cama a la primera que le cae en gracia —me encogí de hombros.

—Bueno, imagino que donde soléis hacer esas cosas, no es que sea el sitio adecuado para encontrar al amor de vuestra vida, ¿no?

—No, supongo que no —sonreí y di un nuevo sorbo al vino.

La ayudé a llevar la cena al salón donde los chicos seguían charlando, solo que lo hacían de fútbol puesto que en la televisión tenían puesto el canal de deportes favorito de los tres, donde ponían las mejores jugadas de cada equipo de la NFL y las comentaban.

—Hora de cenar, niños —dijo mi hermana, haciéndome soltar una carcajada en cuanto la vi dar palmadas.

—Por Dios, Inés, pareces una institutriz —no podía parar de reír.

—Cariño, das miedo cuando sacas a la profesora en casa —comentó Zack.

—¿Miedo u otras cosas, casi cuñado? —preguntó David— Porque con la falda de tubo y una regla en la mano, tiene que estar de lo más sexy.

—A ver, a ver, que tenemos ropa tendida en casa —protesté señalando a Nico con la cabeza, que seguía viendo la televisión.

—Tranquila, mamá, si mis compañeros de clase dicen lo mismo.

—¿Cómo? —preguntamos Inés, Zack y yo al unísono, mientras David se reía.

—Pues eso, que me dicen que mi tía es muy guapa y sexy —se encogió de hombros.

—Sobrino, más vale que defiendas el honor de tu única tía en esos momentos, o no vuelvo a hacerte pastel de chocolate —le advirtió Inés.

—No te preocupes, tía, que tu único sobrino les da collejas cuando hablan de ese modo de ti —le aseguró abrazándola.

—Ay, si es que más mono… —Ella se derretía cuando la abrazaba, y es que desde que nació, cuidó de él como una auténtica madre, al igual que yo, y eso que solo tenía quince años.

Inés era profesora, impartía clases de español tanto a los más pequeños como a los adolescentes. Zack, por su parte, era uno de los mejores abogados de su bufete.

Nos sentamos a cenar y les pregunté cuándo era el día de la próxima inseminación, esa que ella aseguraba que sería la última, quería anotarlo en mi

agenda para poder acompañarla, por mucho que eso fuera cosa solo de ellos dos. Pero era mi hermana pequeña, la persona que se había encargado de ayudarme con mi hijo desde el minuto uno, y siempre estaría ahí para ella.

En cuanto sacó el pastel de chocolate, Nico sonrió y la abrazó, diciéndole que era la mejor tía del mundo mundial, como solía hacer desde que era pequeño.

Esos eran mis momentos favoritos, en los que estábamos los cinco juntos como la familia que éramos. Faltaban mis padres, pero sabía que desde donde estuvieran, se sentirían orgullosos de sus hijas, de lo que habíamos conseguido, y de su nieto. Ese al que adoraron y amaron hasta el último día de sus vidas.

La felicidad que se veía en sus caras durante esos dos años y los meses de mi embarazo, era otro de los motivos por el que volvería a tener a mi hijo una y mil veces si volviera a tener diecinueve años.

Capítulo 5



Esa mañana de sábado fui a la boutique de Mabel, una de las chicas en las que invertí hacía ya cinco años, cuando supe ver el talento de aquella joven diseñadora, y no me equivoqué.

—¡Iris! Qué alegría verte por aquí —dijo dándome un abrazo.

—Hola, Mabel.

—¿Qué te trae por la boutique?

—¿No es evidente? Necesito un vestido para esta noche.

—Has venido al lugar indicado. ¿Tenías algo concreto en mente?

—No, me pongo en tus manos por completo.

—¿Segura? —Arqueó la ceja.

—Absolutamente.

—Pensé que nunca escucharía eso de mi inversora favorita —sonrió dando palmadas.

Me dio un recorrido por la boutique mostrándome algunos de sus diseños, todos preciosos y exclusivos, como era lógico, pero dijo que ninguno de ellos resaltaría mi belleza.

La vi ir hacia la parte de atrás, donde tenía su taller de diseño y confección, y cuando regresó con un vestido de gasa en color morado, con un magnífico

diseño a modo de túnica griega, con un broche plateado en el tirante izquierdo, me enamoré.

Entré a uno de los dos probadores, me lo puse y también las sandalias plateadas que me dio a través de la cortina.

—¿Cómo te queda? —preguntó unos minutos después.

—Juzga tú misma —respondí y retiré la cortina.

—¡Dios mío! Sabía que era ese, Iris. Es como si lo hubiera diseñado para ti —sonrió.

—Eso iba a decir —reí—. Me lo llevo, y las sandalias también. ¿Tienes algún bolso a juego?

—Claro que sí, uno de mano perfecto —fue hacia el mostrador y cogió el bolso, cuando regresó, me lo entregó y eché un vistazo a mi reflejo—. Estás como una auténtica diosa griega.

—Sé que lo digo a menudo cuando hablamos de negocios, pero en serio, Mabel, tus diseños son una maravilla.

—A ver si algún día me dices que quieres que te diseñe el vestido de novia —sonrió.

—Puede que algún día, sí —le devolví el gesto a través del reflejo.

Mientras ella empaquetaba mis compras volví a vestirme y cuando salí de la boutique, llamé a Inés para que se pasara después de comer a tomar café en casa y me ayudara a arreglarme. Además de una excelente maestra, mi hermana pequeña hacía magia con el maquillaje y el pelo, y sabía que podía contar con ella para la fiesta de esa noche.

—Jack, ¿te ha dicho Nico a qué hora tienes que llevarle a esa fiesta de cumpleaños? —pregunté cuando regresábamos a casa.

—A las siete lo recojo, lo llevo al cumpleaños, y a las diez vuelvo a por él.

—Perfecto. Si pasa cualquier cosa…

—…Te llamo —sonrió al tiempo que acababa la frase por mí.

Asentí y miré por la ventana. Jack era mi chófer, David le pagaba por ese trabajo, y solía llamarme, señorita Duarte, cuando estábamos en la calle o delante de otras personas, mientras que cuando nadie más nos rodeaba, era simplemente Iris.

Jamás negaría que aquel hombre era sexy y que alguna vez había imaginado cómo sería que me hiciera suya durante un encuentro rápido, pero no, no cruzaría esa línea de nuevo. No volvería a liarme con un empleado en mi vida.

Incluso Inés solía decirme que le diera una alegría al cuerpo con ese fornido marine, solo que cuando lo hacía era producto de las hormonas tan revolucionadas que tenía durante el tratamiento de fertilidad.

Llegamos a casa y encontré a Brenda, esa mujer de cincuenta años que trabaja para mí, limpiando y cocinando, así como cuidando de Nico desde hacía ya once años.

La casa en la que vivíamos ahora la compré al año de haber puesto en marcha mi primera empresa, creí que tendría que venderla también, pero David se negó en rotundo y él pagó lo que faltaba, alegando que era su regalo para el futuro de mi hijo, puesto que algún día esa sería su casa.

No podía con él, le quería mucho, pero le debía tanto…

—Ah, ya has vuelto, niña —dijo ella, cuando me vio entrar en la cocina—. ¿Qué te has comprado al final?

—Un vestido precioso, Brenda —sonreí dándole un beso.

Aquella mujer era lo más parecido a una madre que habíamos encontrado Inés y yo desde que perdimos a la nuestra.

—¿No me lo vas a enseñar?

—Claro, ven a la habitación —la cogí de la mano y se echó a reír.

—Cada vez que me llevas allí, vuelvo a tener dieciséis años y revivo el baile del último año de instituto —dijo.

—Pues estabas muy guapa ese día. El chico que te llevó fue un tonto por dejarte por aquella rubia sin cerebro —volteé los ojos.

—Bueno, pero eso sirvió para que conociera a mi difunto esposo.

—También es verdad. Como solía decir mi madre: no hay mal que por bien no venga —me encogí de hombros—. ¿Lista para verlo, mamita?

—Sabes perfectamente que podría ser tu hermana mayor, no tu madre, descarada —volteó los ojos—. Dale, quiero verlo.

Sonreí, lo saqué de la caja y me lo puse por encima para que echara un vistazo.

—Si así te sienta bien, no quiero ni pensar cuando lo lleves puesto de verdad. Es precioso, Iris.

—¿Verdad que sí? Me he enamorado nada más verlo.

—¿Vendrá Inés a maquillarte?

—Sí, tomará café aquí.

—Pues voy a preparar pastel de chocolate. ¿Cómo está?

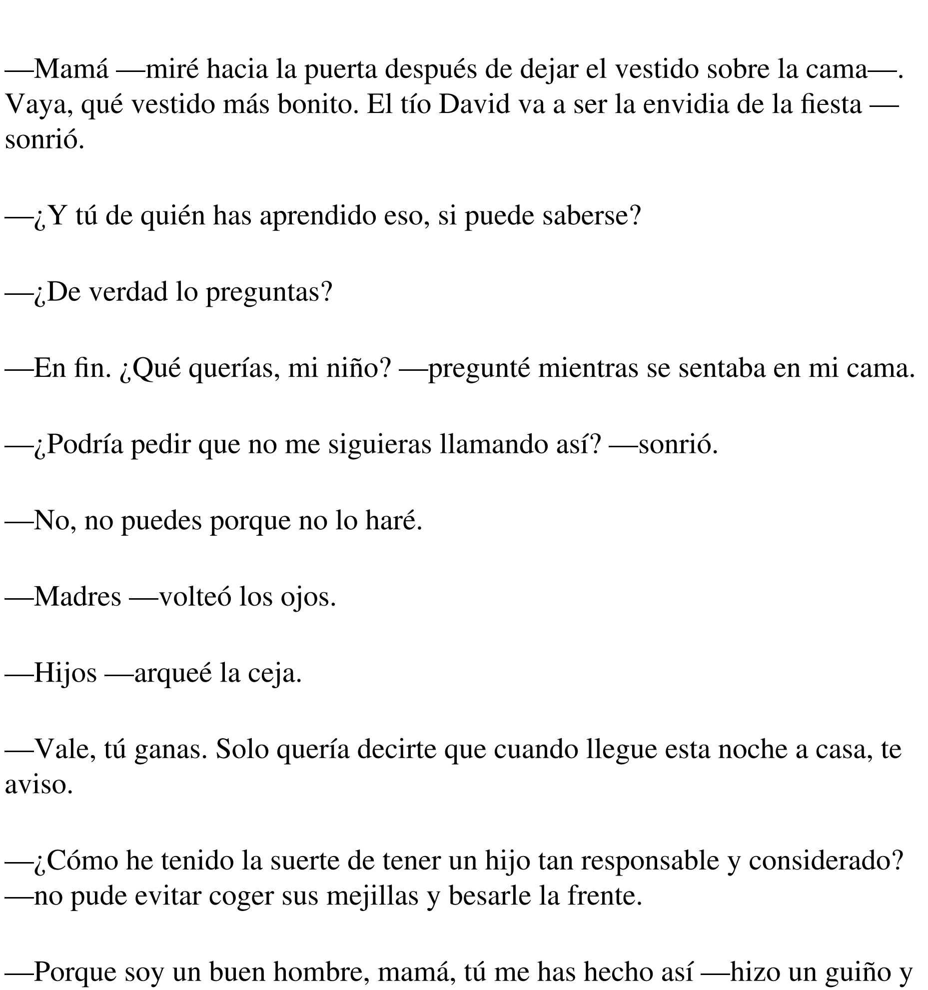
—Ya sabes cómo se pone los días previos, por eso le he pedido que viniera, a ver si se anima un poco. Está nerviosa, y dice que esta será la última vez.

—Pobre mía, cómo la entiendo —suspiró al tiempo que se levantaba para ir a la cocina y preparar ese pastel.

Brenda era viuda desde hacía quince años, su marido era piloto en el ejército y falleció durante unas maniobras, la pobre quedó destrozada tras eso y siempre nos contaba que lo único que le quedaba de su gran amor, eran esos bonitos recuerdos que habían construido juntos.

No pudieron tener hijos y era algo que le habría encantado, de modo que siempre tendría un pedacito de él con ella. Al igual que Inés había pasado por varios intentos, y cuando entendió que no podrían ser padres, ambos tomaron la decisión de no intentarlo una vez más.

Sin duda ella también había tenido una vida dura, pero como solía decirnos: llegamos nosotros tres para que pudiera entregarnos todo ese cariño que llevaba dentro desde que se había quedado sola.



—Mamá —miré hacia la puerta después de dejar el vestido sobre la cama—. Vaya, qué vestido más bonito. El tío David va a ser la envidia de la fiesta —sonrió.

—¿Y tú de quién has aprendido eso, si puede saberse?

—¿De verdad lo preguntas?

—En fin. ¿Qué querías, mi niño? —pregunté mientras se sentaba en mi cama.

—¿Podría pedir que no me siguieras llamando así? —sonrió.

—No, no puedes porque no lo haré.

—Madres —volteó los ojos.

—Hijos —arqueé la ceja.

—Vale, tú ganas. Solo quería decirte que cuando llegue esta noche a casa, te aviso.

—¿Cómo he tenido la suerte de tener un hijo tan responsable y considerado? —no pude evitar coger sus mejillas y besarle la frente.

—Porque soy un buen hombre, mamá, tú me has hecho así —hizo un guiño y sonreí.

Se levantó para abrazarme y me derretí un poquito más. El día que mi niño se enamorara, iba a ser el mejor hombre del mundo y la trataría como a una reina, estaba convencida de ello.

Puntual como un reloj suizo, Inés llegó justo para el café y en cuanto vio el pastel de chocolate se le hizo la boca agua.

Nos lo tomamos con Brenda, que no dudó en animarla y decirle que estuviera tranquila. El martes era el gran día y ella sonrió.

Nico fue a su cuarto a prepararse para el cumpleaños, y mi hermana y yo nos encerramos en el mío. Mientras me daba una ducha ella fue buscando entre su maletín de maquillaje el que mejor combinara con el vestido.

Cuando salí ya tenía preparado hasta los esmaltes de uñas y el móvil con la música puesta.

Durante las dos horas siguientes volvimos a ser aquellas dos jovencitas recién llegadas a la ciudad que se pasaban el fin de semana en casa pintándose las uñas, viendo películas y comiendo chuches mientras mi hijo jugaba en su parque infantil.

Una melodía de lo más animada hizo que ambas nos miráramos y comenzamos a cantar junto a Don Omar su *Taboo*, una versión moderna de la mítica *Lambada*.

"Llorando estará recordando el amor que un día no supo cuidar..."

Cuando la escuchábamos, siempre decía que eso era lo que el padre de Nico debería pensar, al menos en los primeros años. Yo también lo pensaba, incluso llegué a imaginar que alguna vez volvería a buscarme arrepentido por habernos dejado, pero eso no pasó mientras estuve en Madrid. Mucho menos iba a pasar ahora, que llevaba trece años viviendo en otro país.

Nico se pasó a despedirse cuando se marchaba y me pidió que me hiciera alguna foto para que pudiera verme con el vestido. Nos dio un beso a cada una y se marchó.

Manicura francesa, sombra de ojos violeta, tono natural en el color de las mejillas y un gloss de labios rosa que me gustó cómo combinaba con el vestido. Me hizo un precioso recogido a base de trenzas y cuando me puse el vestido, ambas sonreímos al ver mi reflejo en el espejo.

—Estás preciosa, hermana —dijo abrazándome—. Esta noche triunfas.

—Claro que sí —volteé los ojos.

Recogimos todo, salimos de la habitación y en ese momento llegó David a buscarme.

—Madre mía, estás preciosa.

—Gracias, tú también vas muy guapo.

—Lo que hay que escuchar. La llamo preciosa, y yo solo voy muy guapo —volteó los ojos.

—Es lo que hay, David, las mujeres siempre vamos preciosas, espectaculares, impresionantes, y vosotros, muy guapos —Inés se encogió de hombros.

—Claro que sí, tú anímame más, renacuaja.

—Me voy, que me espera Zack para llevarme a cenar —Inés se despidió y quedé en ir a la clínica el martes con ella.

Se negó, pero me impuse como hermana cinco años mayor y no hubo nada que ella pudiera decir al respecto.

Brenda nos hizo varias fotos y salimos de mi casa para ir a esa fiesta en la que sabía que no conocería a nadie, salvo a David y, como mucho, me sonaría alguna cara de verla en televisión o en prensa.

Capítulo 6



La fiesta tendría lugar en uno de los hoteles más lujosos de San Francisco, apenas llevaba diez años en funcionamiento, pero se había ganado poco a poco y a pulso su fama.

Muchos de los estrenos del cine se llevaban a cabo allí, por lo que los turistas no dejaban pasar la oportunidad de hacerse alguna que otra foto en la entrada, y tomar un refrigerio en la preciosa cafetería con la que contaba.

Un empleado se hizo cargo del coche de David y cuando se unió a mí, me ofreció el brazo para que entráramos juntos como la pareja que todo el mundo creía que éramos.

Dio su nombre a la chica que había en la puerta, comprobó que estaba en la lista de invitados y sonrió dándonos la bienvenida, al tiempo que deseaba que disfrutáramos de la noche.

Caminamos siguiendo las indicaciones de la cartelería que habían colocado hasta llegar a uno de sus amplios salones, y al entrar vi que aquella estancia contaba con un precioso jardín trasero.

—Esto está lleno —dije mirando a un lado y a otro—. ¿Qué celebran?

—Es el lanzamiento de un nuevo perfume femenino, y la marca cuenta con la mujer de un jugador de fútbol como imagen, ella es modelo. El jugador es cliente mío, a través de su representante. Y me invitó a asistir.

—Vaya, sí que debes tener buena relación con los dos.

—La verdad es que sí. Mira, ahí está el representante —señaló a un hombre

que estaba de espaldas.

Vestía un traje negro y lo primero en lo que se podía fijar una persona era en el culo de aquel tío. Al tener la mano en el bolsillo del pantalón, la tela se pegaba a esas nalgas de tal modo, que no dejaba oportunidad a la imaginación.

Y esa espalda ancha, esos hombros, Dios mío, todo él era grande. Bueno, imaginaba que todo porque, como diría Nikki, sería un desperdicio que un espécimen semejante tuviera chiquito el pajarito.

Procuré no reírme ante mis pensamientos, y por suerte lo conseguí.

Según avanzábamos vi que era moreno, y me pareció que ese pelo debía ser suave y sedoso. Por el modo en que se sacudía su cuerpo, era él quien acababa de reírse y, me gustó cómo sonaba aquella carcajada.

—Buenas noches —David saludó en general a los cuatro hombres que estaban en el corrillo, y cuando el destinatario de mis miradas se giró, abrí los ojos con sorpresa durante unos breves segundos.

Era el mismo que vi en las oficinas de mi amigo unos días antes, y ahora que lo tenía más de cerca, podía decir con certeza que era muy atractivo. Sus ojos se clavaron en mí sin el más mínimo pudor, y tuve que apartar la mirada porque notaba que empezaba a sonrojarme.

—David, me alegra que hayas podido venir —dijo el hombre estrechándole la mano—. Y tan bien acompañado.

—Sí —sonrió él, mirándome con aprecio—. Ella es Iris Duarte, mi prometida.

Ahí íbamos de nuevo, con la mentira de siempre en cuanto pasó por su lado una mujer mirándolo con descaro.

—Buenas noches, caballeros —sonreí y saludé.

No tardaron los tres que acompañaban al moreno en excusarse e irse, dejándolo a solas con nosotros.

—Iris, él es James Benson, el representante del que te hablaba.

—Encantada —le tendí la mano para estrechársela y él la cogió, por supuesto

que lo hizo, solo que para acercarla a sus labios y dejar un beso en el dorso.

El contacto hizo que notara una ligera descarga eléctrica, esa misma que él pareció notar, puesto que sus ojos se abrieron ampliamente y reflejaban sorpresa.

—El placer es mío, señorita Duarte.

Me mordí el labio al escuchar aquel tono que había empleado para dirigirse a mí, ronco y grave, pero con un leve rastro de sensualidad que… Madre mía, me acababan de temblar las piernas.

—Por favor, llámeme Iris —le pedí.

—En ese caso, yo soy solo James.

—Muy bien, solo James —sonreí, y a él se le formó una media sonrisa de lo más canalla en el rostro.

—¿Queréis beber algo? —preguntó.

—Vino estaría bien —respondió David, James asintió y nos llevó hacia una de las barras que habían instalado.

Pedimos tres copas de vino, y ellos se enfrascaron en una charla sobre posibles nuevos fichajes en los diferentes equipos de la liga de la NFL. Yo, por el contrario, eché un vistazo a la sala y no me equivoqué al pensar que allí conocería a algunos tan solo de vista por ser famosos o parientes de famosos.

Actrices, modelos, actores, algún diseñador de moda y un conocido perfumista, quien supuse que era quien hacía la presentación de su nuevo perfume.

Y entonces vi una cara que me sonaba de la televisión, sí, pero también porque mi hijo no dejaba de hablar de él, así como de otro jugador de su equipo favorito.

—David, ¿aquel no es Nick Jacobs, el jugador de la NFL? —pregunté sin haberme molestado en disculparme antes ni después por la interrupción.

—Sí, ¿le conoces? No me asustes, pequeñaja, porque ese está casado con la modelo que será imagen del perfume.

—De verlo en televisión y de que Nico no para de hablar de él —volteé los ojos.

—Joder, ¿cómo no caí antes? Nick Jacobs y Adam Smith, sus jugadores favoritos. Y son clientes míos. James es su representante.

—¿Qué dices? Pues no se lo digas ahora o dejará de hablarte para toda la eternidad —sonreí.

—¿Puedo preguntar quién es Nico? —la voz de James me devolvió a la realidad, esa en la que yo era la prometida de David.

—Es su hijo, tiene quince años y le encanta el fútbol —contestó él.

—¿No es tuyo también? Lo digo porque como estáis prometidos —entrecerró los ojos, suspicaz, como si no lo creyera.

—No, para mí es como un sobrino, lo conozco desde que nació —sonrió David—. Iris y yo somos amigos desde que ella no era más que una niña, nuestros padres eran muy buenos amigos. Con el tiempo no dimos cuenta de que había algo más que amistad, lo intentamos y aquí estamos, prometidos.

—¿Desde hace mucho?

—Pues sí, varios años, pero como le digo a todo el mundo, adoro a su hijo y él también a mí, pero no quiero arrebatarle a su madre hasta que cumpla los dieciocho.

—Vaya, eso es raro, David —dijo él con una sonrisa.

—Puede ser.

Fuimos interrumpidos por la entrada de varios camareros y camareras con bandejas llenas de canapés de todo tipo, la charla volvió de nuevo a centrarse en los fichajes, así como en eventos para los que ambos jugadores necesitarían los servicios de la empresa de seguridad de David.

Una hora más tarde el perfumista subió a la tarima que habían colocado a modo de escenario, saludó, dio un breve discurso y agradeció la asistencia de todos, así como de la prensa que efectivamente había estado pululando por la sala durante la velada, y dio paso al vídeo que se emitiría a partir del día

siguiente en todas las televisiones del mundo como campaña publicitaria.

La modelo estaba preciosa en cada toma que habían rodado, y mostraba el frasco del perfume dejando bien visible el nombre y la firma del perfumista.

Cuando acabó la emisión, los aplausos resonaron por toda la sala, y se intensificaron al ver a la modelo junto a él, llevando el frasco de perfume en las manos.

Algunas azafatas comenzaron a dar pequeños frasquitos de muestra del nuevo perfume a todas las mujeres, sonreí al coger el mío y no pude evitar olerlo.

Era fresco, delicado y con un aroma frutal que me encantaba.

—Acabo de ver a un conocido, enseguida vuelvo —dijo David.

Miré a mi amigo y me quedé atónita al ver cómo se alejaba, por el rabillo del ojo comprobé que James me observaba y cuando abrió la boca para decir algo, ambos escuchamos que sonaba su móvil.

—Disculpa, tengo que atender la llamada —asentí al mirarlo y cuando se alejó con él móvil en la mano, aproveché para salir al jardín.

La noche estaba preciosa y aquel lugar era una maravilla, parecía sacado de un cuento de hadas.

Una enorme fuente en la que había peces de colores y algunas flores flotando, presidía ese rincón donde se respiraba una paz de lo más reconfortante.

Arbusto, pequeñas zonas ajardinadas con flores, y varios bancos de piedra estratégicamente colocados, completaban la estancia.

Me senté en uno de ellos, cruzando una pierna sobre la otra, apoyé el codo en la rodilla y dejé caer la cabeza sobre mi barbilla.

Miré al cielo y sonreí, me encantaba observarlo por la noche.

—¿Cansada de tanta gente? —me sobresalté al escuchar la voz de James, miré en su dirección y caminaba despreocupadamente con ambas manos en los bolsillos.

—No, solo quería ver el jardín, me gusta —sonreí apartando la mirada.

—¿Puedo? —señaló el banco, a mi lado, y me encogí de hombros.

—No es mío, puedes disponer de él cuanto quieras.

—No suelo apropiarme de algo que tenga dueño —respondió mientras se sentaba.

—Seguimos hablando del banco, ¿cierto? —arqueé la ceja, porque durante un segundo me pareció que ambos nos referíamos a otra cosa.

—Del banco, del banco, por supuesto.

Aquellos ojos grises debían ser la perdición de todas las mujeres que se fijaran en ellos, y no solo eso, el rostro de James Benson era una delicia para la visa.

Mentón definido, facciones masculinas de lo más varoniles y, ¡anda!, un hoyuelo cuando sonreía. Un momento, ¿por qué lo hacía ahora?

—¿Ocurre algo? —Fruncí el ceño.

—No, solo que te has quedado mirándome como si en mi rostro fueras a encontrar las respuestas al misterio más grande de la humanidad.

—Lo siento —aparté la mirada.

—No llevas anillo —dijo.

—¿Disculpa?

—Tu mano, no veo anillo de compromiso —las miré y efectivamente, no lo llevaba.

—No es necesario, los dos sabemos lo que hay, y listo.

—¿Es por tu hijo? Tal vez no acepte la relación.

—No es por él, es que no lo necesitamos —me encogí de hombros.

—No sabía que David estuviera prometido.

—¿De qué lo conoces, además de por su empresa de seguridad? —curioseé.

—Digamos que además de eso, compartimos ciertos gustos.

—¿Por ejemplo?

—No sé si debería hablar sobre ellos, al fin y al cabo, eres su prometida.

—Y por encima de eso, su mejor amiga. Siempre nos lo hemos contado todo, no creo que me sorprenda saber cuáles son esos gustos, quién sabe, quizás soy conocedora de ellos.

—En ese caso, que sea él quien te lo cuente —susurró tan cerca de mí, que noté su aliento acariciándome el cuello.

Tragué con fuerza y noté la yema de su dedo acariciándome el brazo, por un momento me quedé paralizada y entonces, lo miré.

Tenía los ojos puestos sobre mí, observándome atentamente, y el muy descarado sonrió.

Normal, ¿cómo no iba a hacerlo si acabábamos de notar los dos que se me erizaba la piel ante ese leve gesto?

—¿Qué haces? —apenas lo murmuré, estaba nerviosa.

—Comprobar una cosa, solo eso.

—¿El qué?

—Si tu piel era tan suave como imaginaba.

—¿Y?

—Lo es.

—Ah, estás aquí pequeñaja.

Me puse en pie al escuchar la voz de David, sonreí y noté que James se colocaba a mi espalda. no tardé en sentir esa suave y lenta caricia en la parte de mi espalda que quedaba descubierta.

—Sí, yo… Quería ver el jardín —me estremecí de nuevo, y eso no era bueno.

Se suponía que mi prometido estaba delante y aquel hombre al que acababa de conocer no dejaba de tocarme. ¿Por qué lo hacía? Y peor aún, ¿por qué yo misma me estremecía de ese modo?

—¿Haciendo el trabajo de mis hombres, Benson? —sonrió David dirigiéndose a él.

—Tu prometida es una mujer demasiado bella como para que la dejes sola por ahí. ¿Qué tal si aparece un hombre dispuesto a tentarla y te manda a la mierda, Montes?

—Confío en ella, nunca me mandaría a la mierda. Me quiere demasiado como para hacer eso —David sonrió, pero vi algo en su mirada que me hizo ponerme más nerviosa aún.

Eché un vistazo a James y, ¿estaban en medio de una pelea silenciosa en plan macho Alfa? No me lo podía creer. ¿Pues no se suponía que eran amigos?

—¿Vamos dentro? Quiero una copa —dije, David se centró en mí, sonrió y me tendió el brazo.

Antes de que me alejara por completo de James, noté una mano apretando mi cintura, lo miré por encima del hombro y ahí estaba ese hoyuelo.

David y yo entramos en la sala, preguntó de qué habíamos hablado y dije que solo de la fiesta. No quería entrar en la conversación sobre ciertos gustos de mi amigo que James Benson había mencionado. Yo conocía algunos de sus gustos, pero no estaba segura de que los dos hablábamos de los mismos.

Después de un par de copas y de que él charlara con algunos asistentes, nos marchamos. Me dejó en casa y quedamos en vernos el lunes para tomar café.

Eché un vistazo a la habitación de Nico y allí estaba él, dormido como un bebé, un bebé de quince años, pensé con una sonrisa.

Mientras me desnudaba, recordé las caricias de James, el modo en que me había estremecido y por un momento me pregunté cómo sería tener a ese hombre en una habitación, a mi merced. Solo que algo me decía que él no era de los que claudicaban sino de los que dominaban la situación.

Me metí en la cama, y cuando me abrazó Morfeo para llevarme a su mundo, tuve el sueño más ardiente de toda mi vida con el dueño de aquellos abrasadores y feroces ojos grises.

Capítulo 7



Aquel sueño se había repetido la noche del domingo y también la del lunes. ¿Es que acaso aquel hombre era una especie de brujo o de demonio capaz de meterse en la mente de las personas y conseguir que soñaran con él?

Por Dios, si hasta me había despertado con las braguitas mojadas después de aquellos sueños.

Pensé en esos gustos que comentó sobre David, esos que no iba a negar que yo descubrí gracias a él y que también tenía, pero, ¿sería que ellos habían estado en un mismo lugar alguna vez?

No quise pensar más en ello pues aquella mañana de martes era importante para mi hermana y yo estaría con ella.

Cuando llegué a la clínica ya estaban Inés y Zack esperando dentro.

—Mira que eres cabezona —dijo al verme, se puso en pie y la abracé.

—¿Quién estaba en la sala de espera haciendo compañía a mamá mientras papá entró conmigo el día que nació Nico?

—Yo, pero esto es distinto.

—Distinto, y un cuerno. Te van a inyectar los soldaditos de mi cuñado y esta vez de ahí sale un sobrino.

—¿Por qué siempre te refieres al bebé como un niño? —Frunció el ceño.

—Porque vas a tener un niño, alguien a quien Nico cuidará, como tú cuidaste

de él —sonreí volviendo a abrazarla—. Inés, si esta vez no sale como esperas, y estás convencida de que es la última, quiero que penséis en la posibilidad de que yo tenga vuestro bebé.

—¿Qué dices? —Me miró con los ojos muy abiertos.

—Hermanita, lo he pensado mucho y mira, me atrevo a decírtelo. Puedo ser la gestante.

—Dios mío —se echó a llorar de la emoción y me abrazó. Zack, que me había escuchado, sonrió, pero vi que también tenía una lagrimilla—. No, no podría pedirte esto.

—No me lo pides, yo me ofrezco. Pero como estoy convencida de que ahora sí vamos a tener un pequeño Zack corriendo por las casas, no hará falta que me inyecten vuestras semillitas.

—¿Inés? —la voz de la enfermera hizo que los tres miráramos hacia el pasillo — Es la hora, cariño.

Asintió, me abrazó por última vez y cuando Zack la cogió de la mano para acompañarla a la sala, mi hermana pequeña preguntó si yo podía entrar también. A modo de excepción se lo permitieron puesto que tanto la enfermera como el médico, sabían que ese sería su último intento.

Me quedé en un segundo plano, junto a la puerta, mientras el ginecólogo, que por cierto era un rubio alto de ojos marrones muy atractivo, le hablaba sobre que ya sabía cómo era el procedimiento, y una vez que le inseminó salió de la estancia para que se vistiera tranquila.

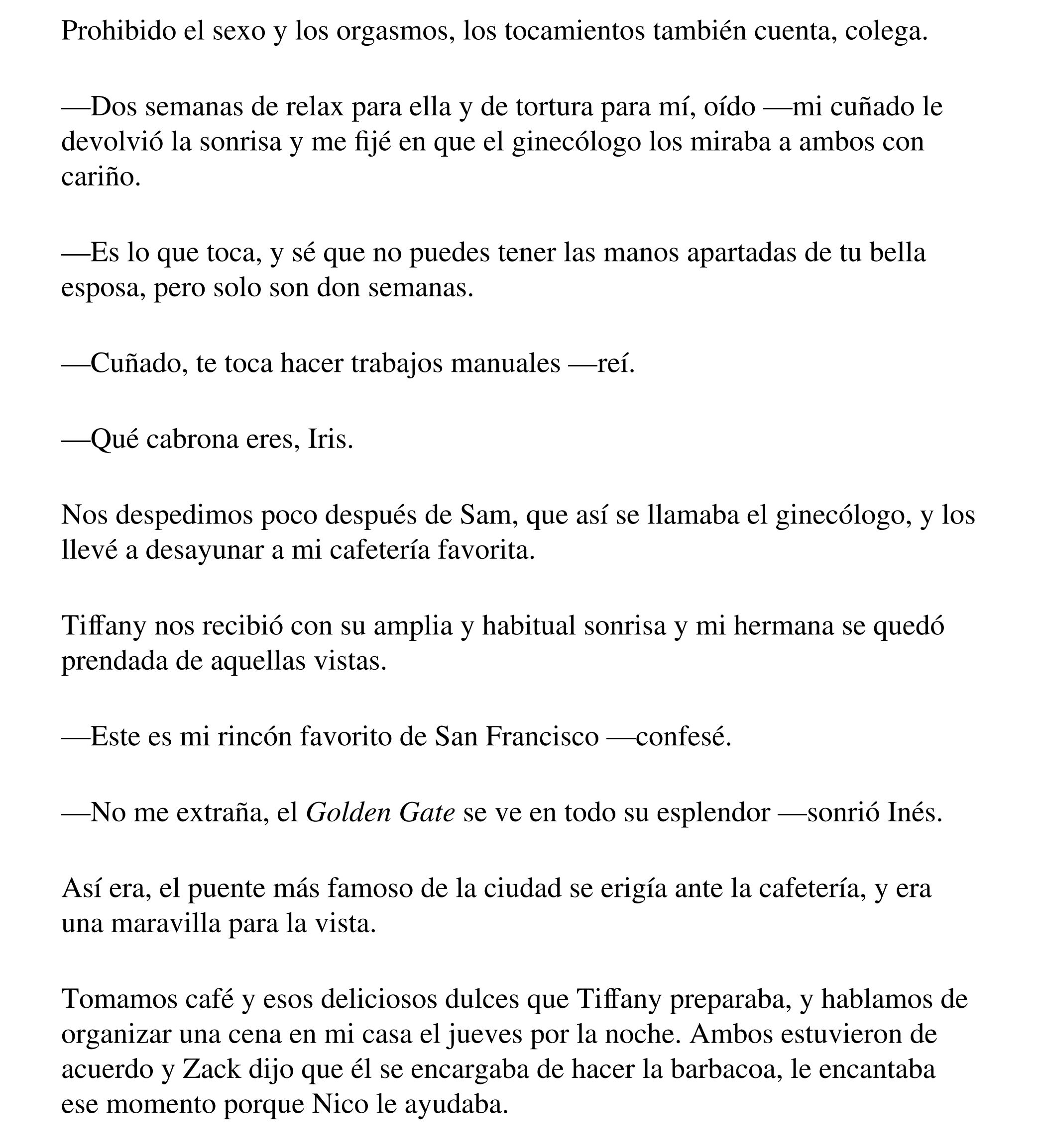
—Bueno —dijo mi hermana tras un largo suspiro cuando fuimos a esperar al ginecólogo en la consulta—. La suerte ya está echada.

—Verás como ahora sí, amor —le aseguró Zack, cogiéndole la mano con cariño.

—Ya estoy aquí —anunció el ginecólogo—. ¿Cómo te encuentras, Inés?

—Como las tres veces anteriores.

—Ya sabes, ahora durante dos semanas, nada de esfuerzos, cero estrés, mantente tranquila y sin excitarte. Eso va por ti también, Zack —sonrió—.



Prohibido el sexo y los orgasmos, los tocamientos también cuenta, colega.

—Dos semanas de relax para ella y de tortura para mí, oído —mi cuñado le devolvió la sonrisa y me fijé en que el ginecólogo los miraba a ambos con cariño.

—Es lo que toca, y sé que no puedes tener las manos apartadas de tu bella esposa, pero solo son don semanas.

—Cuñado, te toca hacer trabajos manuales —reí.

—Qué cabrona eres, Iris.

Nos despedimos poco después de Sam, que así se llamaba el ginecólogo, y los llevé a desayunar a mi cafetería favorita.

Tiffany nos recibió con su amplia y habitual sonrisa y mi hermana se quedó prendada de aquellas vistas.

—Este es mi rincón favorito de San Francisco —confesé.

—No me extraña, el *Golden Gate* se ve en todo su esplendor —sonrió Inés.

Así era, el puente más famoso de la ciudad se erigía ante la cafetería, y era una maravilla para la vista.

Tomamos café y esos deliciosos dulces que Tiffany preparaba, y hablamos de organizar una cena en mi casa el jueves por la noche. Ambos estuvieron de acuerdo y Zack dijo que él se encargaba de hacer la barbacoa, le encantaba ese momento porque Nico le ayudaba.

Sabía que sería un buen padre, había visto durante todos esos años cómo se comportaba con mi hijo, y no tenía la menor duda al respecto.

Nos despedimos y Jack me llevó a la oficina, tenía que revisar el contrato de Alexis Bowman antes de firmarlo, y eso sería en apenas un par de horas.

Nikki me recibió con una sonrisa mientras hablaba por teléfono, entré en el despacho y encontré un post-it sobre mi portátil, tenía que llamar a David.

Me senté en el sillón, cogí el móvil y mientras encendía el portátil y sacaba la copia impresa del contrato de los almacenes Bowman, marqué su número.

—Buenos días, pequeñaja. ¿Cómo ha ido en la clínica? —preguntó nada más descolgar y sonreí, él siempre tan pendiente de mi hermana como de mí.

—Buenos días. Todo bien, ahora toca esperar dos semanas, y ella sigue nerviosa.

—Normal, pero seguro que esta vez sí que es la definitiva. Cambiando de tema, me ha llegado una invitación.

—¿Otra fiesta para la que necesitas a tu falsa prometida?

—Ha sido un e-mail, ya sabes, lugar, fecha, hora, contraseñas…

—Oh. ¿Cuánto ha pasado desde la última vez?

—Unas seis semanas. ¿Te apuntas? Puedo ir solo, si no te apetece.

—No, claro que voy. Seguro que alguno de los habituales está por allí.

—Seguro.

—Oye, ya que hablamos de esto. James Benson me comentó que compartíais ciertos gustos. ¿Quería decir que sabe tu pequeño secreto, señor, "voy a casarme"?

—Ajá, lo sabe. Alguna vez hemos estado juntos. Fue él quien me llevó la primera vez, como invitado.

—¿Y cómo es que nunca lo he visto?

—Digamos que me dejas solo antes de que él llegue —sonrió—. ¿Acaso te sientes interesada por él, pequeñaja?

—¿Qué? No, no, era solo porque como mencionó eso, tenía curiosidad.

—Mejor, porque ese hombre es como yo, domina, no se deja dominar.

—Lo imaginaba. Oye, tengo que dejarte, voy a revisar un contrato que firmo antes de comer. Por cierto, se me olvidada. El sábado por la noche, barbacoa en mi casa.

—¿Zack se pone al mando?

—Ya sabes que sí, le encanta esa parte —reí.

—Perfecto, allí nos vemos. Te quiero, mi preciosa y falsa prometida.

—Dios, el día que encuentres a la mujer que te robe hasta el aliento, me voy a reír de lo lindo.

—No pasará, pequeñaja, ya lo sabes.

Cortó la llamada antes de que insistiera, pero lo haría una y mil veces porque sabía que sí pasaría.

Antes o después, el escurridizo David Montes encontraría una mujer a su altura, una capaz de hacer que se pusiera absolutamente a sus pies.

Y cuando eso pasara, sabía que mi mejor amigo se entregaría en cuerpo y alma, se enamoraría como nunca antes lo había hecho, y ella sería su más absoluta perdición.

Eché un vistazo al contrato y a la hora prevista, Alexis Bowman entró por la puerta de mi despacho.

—Buenas tardes, Iris —sonrió.

—Hola, Alexis. Por favor, siéntate.

Asintió y disimulé la sonrisa cuando la vi hacerlo mientras se colocaba un mechón de cabello tras la oreja, nerviosa, y después alisaba su falda.

Me recordaba tanto a mí hacía unos años.

Le expuse lo que habíamos redactado, comentamos algunos puntos que no tenía claros y se los expliqué al detalle, no me importó estar con ella casi una hora y cuarto hasta que no le quedó ninguna duda.

Ella temía poder acabar perdiendo los grandes almacenes que sus padres habían levantado años atrás, y le dejé claro que eso no ocurriría, explicándole que me limitaba a invertir en nuevos negocios potencialmente fructíferos que se abrían paso en el mercado, así como en otros ya consolidados, como el suyo, pero que por falta de liquidez y ayuda por parte de los bancos, yo sí

podía dársela.

—El fondo para la universidad de mi hijo tiene que crecer un poco todos los años —acabé con una sonrisa y un guiño.

—¿Ese es tu hijo? —preguntó señalando la foto que tenía con él en mi escritorio, bueno, tenía varias, pero ella miraba la más reciente.

—Sí.

—Dios mío, ¿cuántos años tiene? ¿Y tú? —me miró con los ojos muy abiertos y me eché a reír, por su cara, bien podría pensar que yo era lo más parecido a una vampira o algo así que no envejecía— Es que, mira la altura de ese niño.

—Lo sé, es más alto que yo —respondí cuando conseguí calmarme un poco, aquella era la reacción típica que solía ver—. Tiene quince años, lo tuve a los veinte.

—Pues bien podrías decir que es tu hermano, te ves muy joven. Habría apostado todo mi dinero a que eras de mi edad.

—Y lo habrías perdido, soy siete años mayor que tú.

—¿Cómo sabes…? Nah, olvida la pregunta. Te dedicas a investigar a tus clientes potenciales —sonrío.

En ese momento se abrió la puerta y entró David como si estuviera en mi casa, mirando el móvil.

—Pequeña, tú siempre haciéndome esperar.

—Pasa, pasa, como si el despacho fuera tuyo —volteé los ojos.

—Prácticamente lo es —dijo con una sonrisa canalla en los labios y al fin levantó la vista—. Lo siento, no sabía que estabas ocupada.

—Si entraras mirando hacia adelante, en vez de al móvil.

—Yo me marcho —dijo Alexis con cierta timidez poniéndose en pie—, ya te he robado demasiado tiempo y solo se trataba de una firma.

—Tranquila, nunca se trata solo de una firma, Alexis. Siempre hay dudas,

preguntas.

—Claro.

—¿No vas a presentarme a esta encantadora mujer? —preguntó David con una ceja arqueada.

—Alexis, él es, David Montes, dueño de la empresa de seguridad privada que está en el edificio contiguo, y mi prometido —la mirada de ambos fue digna de enmarcar, en serio—. David, ella es Alexis Bowman, dueña de *Bowman Store*.

—Encantada —Alexis le estrechó la mano y él se quedó mirándola un poco más tiempo de lo que debería, pero no dije nada al respecto.

—Un placer. ¿Así que mi prometida acaba de invertir en tus almacenes?

—Así es —sonrió—. Y nunca le estaré lo suficientemente agradecida. Me voy, estamos en contacto, Iris.

—Claro. Mañana te llegará el dinero a la cuenta.

—Genial, gracias. Tengo muchas cosas por hacer en los almacenes —estaba feliz, y me alegraba de ser la responsable de aquello—. Oh, lo olvidaba. La próxima semana inauguramos una nueva zona en los almacenes. Será el miércoles, y estás invitada —miró a David—. Los dos lo estáis, por supuesto. De cara al verano, pensé que sería buena idea instalar un chiringuito con una pequeña piscina para los niños, lo hemos montado todo en el pequeño jardín exterior, allí los padres podrán tomar algo mientras los más pequeños juegan. Es una piscina de esas desmontables, pero… —Se encogió de hombros.

—Una buena idea, seguro que a los más pequeños les encantará.

—Eso espero. Será un lugar donde podrán ir después de pasar una larga tarde de compras —sonrió.

—¿El miércoles, has dicho? —pregunté.

—Ajá, sí.

—Allí estaremos. Cuenta con nosotros para tomar un cóctel tropical, aunque sea sin alcohol.

—Genial. Bueno, me voy, o al final no os dejaré comer. Adiós —agitó la mano al tiempo que se alejaba— Encantada de conocerlo, señor Montes.

Me quedé observando a David mientras él miraba a Alexis, el contoneo de caderas de aquella mujer era firme, pero a la vez sensual sin pretenderlo. Había visto a muchas mujeres sexys y despampanantes pavonearse delante de mi mejor amigo, queriendo llamar su atención, y él ni siquiera les dedicaba una mirada de soslayo. En cambio, a la menuda mujer que salía de mi despacho, la observaba con mucha, mucha atención.

—¿Tierra a David? —lo llamé.

—¿Eh?

—¿Te ha gustado lo que has visto, amorcito? —sonreí.

—Parece simpática, y tímida.

—Lo es. Me recuerda a mí hace siete años.

—¿Tiene veintiocho?

—Ajá —me crucé de brazos arqueando la ceja.

—Bueno, ¿no piensas salir a comer o qué? —cambió de tema, radicalmente, pero yo sabía que no me engañaba, esa mirada… Esa mirada era de las que mostraban interés.

—Claro que se come, pero yo firmo contratos de miles de euros y eso lleva tiempo —respondí mientras recogía mis cosas—. ¿Dónde vas a llevar a comer a tu prometida esta vez?

—Hablando de eso, ¿por qué le has dicho que soy tu prometido a ella? — Frunció el ceño.

—Todos mis clientes cuando nos han visto aquí, lo han sabido. ¿Qué tiene de malo que ella lo sepa?

—Nada, es solo que me ha pillado por sorpresa. Venga, vamos a comer que me muero de hambre.

—¿Y cuándo no? —reí saliendo del despacho.

—*Touché*.

Capítulo 8



Ese jueves estaba en casa esperando a que llegaran Inés y Zack mientras me tomaba un té helado en el jardín y revisaba un informe que me había hecho llegar Mike, sobre una constructora que buscaba financiación por mi parte.

Querían construir un par de edificios de apartamentos cerca de la playa y la verdad es que los beneficios serían cuantiosos.

Cuando la constructora se puso en contacto conmigo me envió un boceto de cómo serían esos apartamentos, y me había gustado tanto que se me pasó por la cabeza invertir y, además de pedir mi porcentaje de beneficios, que en el acuerdo entrara uno de esos apartamentos para mí. A fin de cuentas, mi pequeño algún día querría independizarse y ese lugar sería perfecto para él.

Escuché el timbre y no tardaron en aparecer Inés y Zack cargados con un par de bolsas.

—Hola, hola —dijo ella la mar de sonriente mientras se inclinaba para darme un beso.

—Hola, cariño. ¿Cómo estás?

—Bien —seguía sonriendo—. Tengo un presentimiento, hermana.

—¿Sobre mi sobrino? —arqueé la ceja y asintió— Pues me alegro —sonreí acariciándole la mejilla—. ¿Qué hay en esas bolsas?

—La cena.

—Pero si hay comida de sobra, Brenda salió a comprar hoy.

—¿Cuántos somos? —interrogó Zack.

—Los cinco de siempre.

—No hay suficiente. Tu hijo se come las hamburguesas de cuatro en cuatro.

—Desde luego, es bueno que haya niños pequeños en la casa —dijo Nico, haciéndonos reír—. ¿Era así como lo decía la abuela, tía?

—Sí, así mismo —sonrió mi hermana.

—Chaval, ¿cada día que pasa creces más o me lo parece a mí? —interrogó mi cuñado.

—Yo creo que eres tú el que encoge, tío Zack.

—Ten sobrinos para esto —suspiró él yendo hacia la barbacoa seguido por Nico.

Mi hermana se sentó a mi lado en el balancín, con las piernas cruzadas a estilo indio, y siguió con la mirada a su marido. Iba en vaqueros, camiseta y deportiva, y estaba de lo más sexy, al igual que con los trajes de abogado despiadado.

—Cariño, la baba —dije pasándole a mi hermana la mano por la barbilla, ella se rio.

—¿Sabes la suerte que tengo de tenerlo?

—Y él, de tenerte a ti, mi niña —la abracé e hice que se recostara en mi hombro—. Así que, tienes un presentimiento, ¿eh? —Puse mi mano sobre su vientre y ella la cubrió con la suya.

—Sí, Iris. Creo que esta vez sí voy a ser mamá.

—Y ese bebé será el más querido por toda la familia. ¿Estás más tranquila entonces? —asintió y sonreí, le di un beso en la frente y nos quedamos allí sentadas en el balancín mientras los hombres de nuestras vidas preparaban la barbacoa.

—Ah, menos mal, aún no habéis empezado —miramos hacia la puerta y

vimos a David.

—No, están asando la carne —respondió Inés.

—Voy a echarles una mano —David dio una palmadita y fue hacia ellos.

—Siempre creí que acabaríais juntos —dijo mirando a nuestro amigo—. Habría estado bien.

—Pero sería raro de narices, es como un hermano mayor para mí.

—Seríais como los de Juegos de Tronos.

—¿Sigues viendo las reposiciones? Tienes que saberte los diálogos de memoria.

—¿Qué puedo decir? Me chifla Jon Nieve —se encogió de hombros.

—¿Dónde está la carne, pequeñaja? —preguntó David.

—En la nevera.

—Oye, ¿por qué no venís los tres a cenar a casa el sábado? —propuso mi hermana.

—No podemos, David y yo tenemos planes.

—Oh, vaya. ¿Ese tipo concreto de planes?

—Ese —sonreí.

Mi hermana era conocedora de los lugares a los que David me llevaba, tenía la suficiente confianza con ella como para contárselo, y a veces me decía que le encantaría verme por un agujerito en esos sitios donde dejaba de ser Iris la dulce, para convertirme en la exigente y fiera mujer subida a un par de tacones de doce centímetros.

No, nunca dejaría que ella me viera en esa versión, nadie que me conocía la había visto, salvo David.

—¿Sigues con la idea de ser la soltera de oro de San Francisco? —preguntó.

—No, hermanita, supongo que algún día aparecerá el hombre adecuado.

—Uno que no sea gilipollas como el primero, ni un desgraciado como el segundo.

—Exacto —sonreí dándole un beso en la frente.

—Iris, ¿crees que seré buena madre?

—La mejor, cariño, vas a ser la mejor madre del mundo. No tienes más que ver a Nico. Ese chico es como es, no solo gracias a mí o a David, sino a ti y a tu marido.

—Tengo miedo.

—Yo también lo tenía, los bebés no vienen con un manual de instrucciones de cómo ser una madre perfecta, pero se aprende día a día.

—No me dejarás sola en esto, ¿verdad?

—Jamás, mi niña. Nunca voy a dejarte sola.

Abracé a mi hermana pequeña y noté que se relajaba entre mis brazos. Podría tener el presentimiento de que esa vez sí sería mamá, pero los nervios seguían latentes y si a eso le añadía el miedo, el cóctel era de lo más explosivo para la mente. Y lo que necesitaba era tranquilidad, así que decidí mostrarle los planos de los apartamentos mientras los chicos cocinaban para nosotras.

Cuando la carne estaba lista, Brenda apareció con una ensalada y unas patatas chips para acompañar. No pude evitar mirar a mi hijo y comprobé las palabras de Zack, aquel adolescente se hacía las hamburguesas con cuatro de carne entre el pan, añadiendo queso y bacon.

—¿Dónde demonios lo echas, sobrino? —preguntó mi hermana— Si yo me comiera eso, tendría que estar a base de lechuga un mes.

—Hermanita, nosotras no jugamos al fútbol —respondí.

—No hacemos ningún deporte, que no es lo mismo. Vamos a tener que plantearnos salir a caminar, Iris.

—En eso estaba yo pensando, en pasarme las tardes cuesta para arriba y cuesta para abajo por las calles de San Francisco —volteé los ojos.

—Amor, tú poco ejercicio puedes hacer, que estás embarazada —dijo Zack con un guiño.

—¿Lo tenemos confirmado entonces, pareja? —interrogó David.

—No, solo es un presentimiento que tengo —sonrió ella.

—Entonces ahí dentro tenemos un bollito cocinándose —aseguró mi mejor amigo.

Todos habíamos pasado por el largo proceso que habían llevado a cabo Inés y Zack para ser padres, David al igual que yo fue testigo de cada lágrima de mi hermana pequeña cuando le decían que ninguno de los embriones había conseguido salir adelante.

Incluso la última vez que se sometió a la inseminación, se tumbó con nosotras en la cama, dejándola a ella en medio, y la abrazamos con fuerza mientras lloraba.

La noche se pasó rápida entre risas y tonterías varias, como solía pasar cuando nos reuníamos los cinco. Cuando mi hermana y Zack se marcharon, Nico se fue a la cama y David y yo nos quedamos allí tomando una copa de vino sentados en el balancín.

—Entonces, ¿quieres venir el sábado? —preguntó.

—Claro, casi siete semanas sin sexo debe ser un suplicio para ti —reí.

—Joder, ni que fuera un obseso, pequeñaja.

—Sé que no lo eres, tonto —apoyé la cabeza en su hombro.

—Me voy a casa, que mañana tengo una reunión a primera hora. Te recojo el sábado a las nueve, ¿sí?

—Perfecto —sonreí y acepté el beso que me daba en la frente.

Ese gesto fraternal me encantaba, era como volver a ser esa chiquilla de veintidós años asustada que se presentó en su puerta con una adolescente y un

niño de dos años.

—¿Cómo debo ir esta vez? —pregunté.

—De rojo, yo de negro, como siempre —sonrió.

—Vale.

Si había algo que no me importaba de aquellos sitios, era la ropa. Las mujeres siempre debíamos acudir de blanco, negro o rojo, y los hombres de negro. Por eso tenía tres vestidos de cada color que usaba únicamente para esos eventos.

Cuando me quedé sola comencé a mecerme en el balancín, con los ojos cerrados, mientras sostenía la copa de vino vacía en la mano.

Disfrutaba de ese momento de soledad y de la leve brisa rozando mi cara.

Suspiré, pensando en que, tras más de seis semanas, el sábado volvería a salir de nuevo esa faceta mía que David me hizo conocer.

Porque no estaba reñido ser una mujer dulce y exitosa, con una mujer liberal en el sexo.

Capítulo 9



Tras un último vistazo en el espejo, salí de la habitación dispuesta a encontrarme con David en la puerta de casa.

—Joder, mamá, estás impresionante —dijo Nico al verme, cuando entré en el salón.

—Esa boca, Nico. Acabaré por lavártela con lejía —protestó Brenda.

El vestido rojo que había escogido era largo hasta los pies, entallado y con la falda de una tela bastante ligera y suave que parecía mecerse con cada paso que daba. De tirantes anchos y apertura con cremallera en la espalda.

—Gracias, mi niño —sonreí y le besé en la frente—. No me esperes despierto, ¿de acuerdo?

—Tranquila, me quedaré dormido a mitad del partido —suspiré al ver aquella sonrisa que le salía en ocasiones, esa que me recordaba a su padre.

Salí de casa y ya estaba David esperándome en su coche, nos saludamos con un beso en la mejilla y puso rumbo hacia esa localización que solo los clientes de esa web conocían.

Siempre en lugares diferentes, incluso alguna vez David había salido de la ciudad durante el fin de semana para acudir a uno de esos eventos exclusivos donde el lujo y el sexo eran los principales protagonistas de la noche.

Sí, eventos privados donde los socios de la página web disfrutaban de una noche de desenfreno dando rienda suelta a muchas de sus fantasías.

Jamás me hubiera imaginado que me vería metida en ese mundo, pero lo estaba, y no, yo no era como otras muchas mujeres que entraban en la sala acompañando al dominante, yo era quien llevaba las riendas de la situación.

Había conocido a tres hombres en aquellas primeras noches acompañando a David, y se convirtieron en mis habituales, pero uno destacaba más que los demás y me gustaba pasar el tiempo con él.

Me respetaba como mujer, se amoldaba a mis peticiones y a veces, solo a veces, había permitido que nuestra noche fuera una fantasía más romántica que sexual. Toda mujer por muy fuerte que sea necesita un abrazo de vez en cuando, una caricia que la haga sentir relajada y una mirada que diga que todo está bien.

Llegamos a las afueras de San Francisco y nos adentramos en una de las urbanizaciones más lujosas de la ciudad. David aparcó el coche y tras ponernos los antifaces negros, salimos para ir hacia la entrada.

—Buenas noches —saludaron dos hombres con pintas de leñador que había en la puerta y luciendo cada uno un traje negro.

—Buenas noches —respondimos.

—¿Contraseña? —preguntó uno de ellos.

—Monet —contestó David, ambos hombres asintieron y nos dieron paso hacia la casa.

Tenía dos plantas y se veía que era una propiedad grande.
Cuando entramos la música relajante resonaba por todo el lugar, en el salón se concentraban muchos de los miembros de la web donde David estaba registrado como socio, y los camareros se mezclaban por allí con bandejas llenas de copas de champán.

—Hoy las contraseñas son nombres de pintores impresionistas —susurró mientras cogía un par de copas de vino.

—Vale, pero ya sabes que yo a las salas no entro. Me voy a una habitación, y ya.

—Pequeñaja, te pierdes tantas cosas en estos sitios…

—Me vale con un poco de buen sexo, ya lo sabes.

—¿Estará alguno de tus chicos esta noche? —interrogó echando un vistazo a la sala mientras daba un sorbo a su copa.

—Enseguida lo sabré —sonreí mientras me retiraba el cabello dejando visible mi cuello.

A modo de distintivo, solo para que mis tres habituales pudieran reconocerme, a cada uno de los eventos que asistía con mi supuesto prometido, acudía con una gargantilla de oro ajustada de la que colgaba una cadena y en el centro de mis pechos podía verse una estrella no muy grande.

Sí, deberían acercarse mucho para reconocerme, pero en esos sitios todo el mundo merodeaba cuanto más cerca de los demás mejor.

En ese momento se acercaba una rubia cuyo vestido dejaba poco a la imaginación. No tardó en pavonearse delante de David y eso que ni siquiera se le veía la cara. Le dedicó una mirada de lo más lasciva y sonrió al pasar por su lado.

—Ahí tienes una posible sumisa, querido maestro —susurré.

—Tomo nota —sonrió.

Nos mezclamos con el resto y cuando llegamos a la barra que habían instalado en el salón, junto a la puerta que daba al jardín, me estremecí al reconocer la figura de una persona. ¿Cómo era posible que le hubiera reconocido?

Cuando David dejó nuestras copas allí y pidió un whisky y más champán para mí, el hombre que estaba apoyado en ella se giró para mirarlo.

—¿Montes? —preguntó, y mis sospechas se confirmaron en cuanto escuché su voz.

—Benson, qué sorpresa —sonrió David, cogiendo su vaso y ofreciéndome la copa.

—Ya sabes, a veces no puedo resistirme a acudir —me dedicó una mirada que hizo que me mordiera el labio y me centré en mi copa, nerviosa—. ¿Iris? —murmuró mi nombre y cuando volví a mirarlo, vi que tenía el ceño fruncido.

Por suerte, antes de que pudiera contestar, noté una presencia a mi espalda y en cuanto sentí la mano sobre mi cadera, con ese agarre suave, pero ligeramente firme, supe quién era.

—Buenas noches —dijo Steven con su voz varonil y sensual.

—Buenas noches, cielo —sonreí tras girarme y, poniéndome de puntillas tan solo un poco para darle un beso en la mejilla.

—Ya me vas a dejar solo, mi amor —dijo David con esa sonrisa canalla de quien sabe lo que ocurriría entre mi chico y yo en la habitación.

—Ajá. Diviértete, y no hagas nada que yo no haría.

Di un pequeño sorbo a mi copa de champán y mientras la dejaba en la barra observé por el rabillo del ojo cómo me miraba James Benson en ese momento. Posiblemente pensaría que mi prometido estaba loco por dejar que me fuera con otro hombre a la cama, pero, ¿no eran así las parejas modernas y liberales de hoy en día?

—¿Vamos? —invité a Steve a marcharnos y sonrió al tiempo que asentía— Nos vemos después, amor —le dije a David, que levantó su vaso de whisky a modo de saludo.

Mi chico no apartó la mano de mi cadera en ningún momento, caminamos hacia el pasillo por el que había visto a muchas otras parejas desparecer y accedimos por una puerta lateral hacia las escaleras que daban a la segunda planta.

—Estás preciosa esta noche, pero eso ya lo sabes porque siempre te lo digo —susurró mientras me daba un leve apretón en la cadera.

—Exacto, siempre me lo dices porque sabes que me gusta escucharlo —sonreí.

—¿Cómo han ido estas semanas?

—Con mucho trabajo —suspiré—. Pero es lo que tiene ser una empresaria de éxito en San Francisco.

—Siéntete orgullosa de lo que has conseguido, Iris.

¿Había dicho que nadie en esos eventos sabía quién era, a excepción de David? Pues mentí, lo siento, pero debía guardarme un pequeño secreto solo para mí.

Steve, de los tres hombres con los que habitualmente entraba en una habitación, era el único que sabía quién era y a lo que me dedicaba. Y, ¿por qué, os preguntaréis?

Pues porque a veces los secretos salen a la luz cuando menos lo esperamos, y el mío salió durante una reunión con una joven diseñadora de zapatos que buscaban financiación y no quería aceptar la de su hermano mayor. ¿Sospecháis quién era ese hermano? Efectivamente, Steve, quien solo dos días antes había tenido el placer de conocerme y para quien mi voz le resultó tan familiar que, cuando mi nueva clienta salió a atender una llamada, él se atrevió a caminar hacia mí, llamarme como estuvo llamándome esa noche, y pedirme que susurrara su nombre como si acabara de correrme.

A la mierda mi secreto, pensé, pero no, él me lo guardaba desde ese momento y sabía que podía confiar en él.

En la primera puerta abierta que encontramos nos miramos, sonreímos y la traspasamos juntos. Steve la cerró a nuestra espalda y el chip de ambos cambió en ese mismo momento.

—¿Por dónde desea que empiece esta noche, señora? —preguntó pegado a mi espalda, besándome el hombro.

—Desnúdame, arrodíllate, y dame placer como tú sabes.

Capítulo 10



Iris Duarte en esos eventos se convertía en la señora, en la parte exigente y dominante de la pareja que compartían juegos en esa habitación.

Como dije, yo no era sumisa, me había dado cuenta en la primera noche que pasé con un hombre que cuando me ordenaba algo, yo le rebatía, por lo que acabamos por limitarnos a simplemente hablar y me ayudó a entender que me gustaba estar al mando de lo que ocurría, no a que me dieran órdenes.

Cuando se lo conté a David silbó sorprendido y dijo que para mi próximo cumpleaños me regalaría unas botas de cuero y tacón, hasta las rodillas, y un látigo. Tremenda bofetada le di por aquella gracieta.

Lo que no dudó en ningún momento era que eso de mandar se me daba bien, y llegamos a pensar que el hecho de haber sido ninguneada dos veces me había forjado el carácter de ese modo, pero no, lo mío era sencillamente que no sabía ni quería recibir órdenes, sino darlas.

Steve empezó a bajarme la cremallera del vestido, despacio, mientras sus labios dejaban suaves besos en mi cuello. Cuando acabó, deslizó los tirantes por mis brazos y la tela acabó en el suelo, alrededor de mis pies.

—¿El antifaz también? —preguntó, y asentí.

¿Qué importaba ya? Nos conocíamos y prácticamente nos habíamos hecho amigos, incluso alguna que otra vez solíamos hablar por teléfono y si hacía un hueco en su apretada agenda como magnate del petróleo para ir a la empresa de su hermana, me invitaba después a tomar un café rápido.

Se deshizo del antifaz y apenas unos segundos después noté sus pulgares

cogiendo ambos laterales del tanguita que llevaba y fue bajándolo al tiempo que se arrodillaba.

Me separó las piernas y no tardó en lamer mi sexo desde atrás, agarrando con fuerza mis nalgas. Un par de lamidas y después fueron sus dedos quienes se hicieron cargo de la situación.

Comenzó a deslizarlos entres mis húmedos pliegues mientras jugaba con su lengua en la entrada de mi vagina. Cerré los ojos, dejé caer la cabeza ligeramente hacia atrás y llevando la mano a mi espalda, enredé los dedos en su cabello y tiré de él.

No me llevó al orgasmo, aquello era solo el principio. Steve se detuvo y tras hacerme girar hasta quedar frente a él, hundió el rostro entre mis piernas para devorarme con ese deseo que veía reflejado en sus ojos.

Si había aprendido algo en aquellos eventos, era que me gustaba mirar a los ojos al hombre que tenía a mi merced. Los de Steve eran de un color miel impresionante, que contrastaba a la perfección con el rubio de su cabello.

Aún no se había quitado el antifaz y seguía vestido, no podía desnudarse a menos que yo se lo dijera, o que lo hiciera yo misma.

Le quité el antifaz y se aferró con más fuerza a una de mis nalgas mientras me lamía el clítoris y me penetraba con dos dedos.

—Más rápido —exigí tirando de su cabello, aumentó el ritmo y arqueé la espalda preparándome para el clímax.

De mis tres habituales, Steve era el que más rápido, y más veces, me llevaba al orgasmo.

Aquel hombre se bebió mi esencia por completo, mientras mi cuerpo se sacudía una y otra vez con cada nueva lamida de su juguetona lengua y me mantenía en pie agarrada a sus hombros.

Tras mi primer orgasmo, y como siempre hacía cuando llegaba a uno nuevo, le recompensé con un beso en los labios.

—Desnúdate, y siéntate en el sofá —susurré.

—Sí, señora.

Sonreí, y cuando Steve se puso en pie y comenzó a desnudarse, me deleité con las vistas que me ofrecía su cuerpo definido y la suave piel que encontraban las yemas de mis dedos mientras le acariciaba el torso.

Una vez estuvo sentado en el sofá, cogí uno de los vibradores que había en el cajón y me situé frente a él con las piernas muy abiertas.

—Fóllame con él —le ordené entregándoselo.

—Sí, señora.

Steve lo cogió y tras ponerlo en marcha con una velocidad baja, comenzó a pasarlo despacio por entre mis pliegues, deslizándolo por mi clítoris y haciendo que mis gemidos resonaran en la habitación.

Cuando vio que me agarraba al sofá con fuerza, fue cuando me penetró con él y en una vibración más fuerte.

Minutos después, el grito que salió de mis labios le dejó claro que me había corrido por segunda vez. Le recompensé con un beso cuando recuperé el aliento.

Lo cogí de la mano y lo llevé a la cama, cuando se recostó le inmovilicé las muñecas con las cuerdas que colgaban directamente del cabecero y comencé a jugar con él, a excitarlo con pequeños mordiscos en sus pezones mientras deslizaba la uña por su cuerpo. Cuando llegué a su miembro erecto me recibió con un leve salto antes de que lo envolviera en ella.

—Sabes lo que voy a hacer, ¿verdad?

—Sí, señora —respondió con la voz ronca, cargada de deseo y excitación.

—Y que no puedes correrte, hasta que yo te dé permiso, ¿cierto?

—Sí, señora.

—Buen chico —susurré antes de besarlo.

Y mientras lo hacía, comencé a mover la mano arriba y abajo escuchando cómo sus gemidos morían en mis labios.

Fui más rápido, mucho más, poniéndolo a prueba como siempre y llevando a mi chico hasta el límite de su resistencia, esa que noté en mi mano que se iba al traste cuando comenzó a aumentar de grosor su erección y a palpitar aún más.

Me detuve de inmediato, le di un mordisquito en el labio tirando de él, en el proceso mientras me apartaba, y sonreí cuando vi su rostro contraído por el control que debía tener para no correrse hasta que le diera permiso. El desobedecer aquello supondría un castigo, uno que hasta el momento no había tenido que llevar a cabo, pero en nuestra primera noche le aseguré que, si desobedecía, le cubriría el pecho con la cera de una vela y en nuestra siguiente vez, no me podría follar tal como le gustaba.

Le mantuve inmóvil en la cama y decidí torturarlo un poco más. Steve sabía que me encantaba jugar con él, que me sentía cómoda y libre de poder hacer lo que me apeteciera en cada momento, con los otros dos me limitaba a pedirles que me masajearan todo el cuerpo, que me hicieran correr con sus manos y sus bocas, y alguna vez les pedía que me follaran, pero pocas, no como a Steve, que con él era diferente. No sabría explicarlo, pero había una conexión entre nosotros que no sentía con los otros.

Le separé las piernas, me situé entre ellas de rodillas y mientras llevaba su erección a mis labios para acogerla en mi boca, masajeé sus testículos.

Gemía, cerraba los ojos de vez en cuando y a modo de castigo le arañaba ligeramente con la uña en el muslo. Entonces volvía a mirarme y gemía mientras sus ojos me pedían que parara o lo dejara correrse.

Ocurriría, sí, y sería justo en ese momento.

Cogí un preservativo de la mesita, se lo puse y no dudé en colocarme sobre él para penetrarme con su erección.

—Joder —exclamó Steve, y yo gemí mientras me estremecía al sentirme tan llena por él.

Me movía sin parar, rápido, manteniéndome sujeta con ambas manos sobre su pecho mientras lo veía cerrar las suyas con fuerza. Quería tocarme, lo sabía, pero esa noche no tenía permiso para hacerlo mientras era yo quien le follaba a él.

Comencé a moverme más rápido y unos minutos después ambos gritamos liberando el placer.

Caí sobre su pecho y noté la fuerza con la que le latía el corazón, la misma que podía sentir en mi propio pecho.

Cuando ambos pudimos recobrar el aliento le recompensé con un beso largo y profundo, le liberé las manos y no tardó en cogerme por las caderas al tiempo que nos hacía rodar por la cama y quedaba él sobre mí.

Movió las caderas, entrando y saliendo de nuevo a pesar de que estaba semi erecto, llevó una mano entre nuestros cuerpos y comenzó a jugar con el pulgar sobre mi clítoris. Acabé corriéndome de nuevo con la espalda arqueada y gritando con todas mis fuerzas.

—Ese de regalo, señora —el muy descarado me hizo un guiño y acabamos los dos riéndonos.

—Debería castigarte por ser un sumiso indisciplinado.

—No he desobedecido ni una sola orden.

—Pero te has tomado una licencia que no te correspondía —entrecerré los ojos.

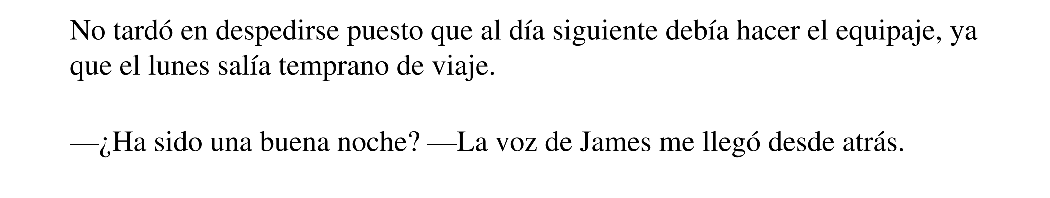
—Te he visto necesitada esta noche, solo quería que te relajaras después de tanto trabajo —me dio un beso en los labios y sonreí.

Ese hombre era un amor, y a veces me preguntaba cómo era posible que a un hombre de treinta y cinco años le gustara recibir órdenes de una mujer, en vez de darlas él.

Cuando se lo pregunté me dijo que, su placer era poder dárselo a la mujer del modo que fuera, y que, dado que nadie conocía las necesidades de una mujer mejor que ella misma, quería hacerles a sus señoras todo lo que quisieran.

Me derretí, porque sí, muchos hombres solían decir que conocían bien las necesidades de una mujer en la cama, pero esos mismos se equivocaban de tal modo que sus compañeras en el sexo fingían los orgasmos.

Nos dimos una ducha rápida, volvimos a vestirnos y ponernos el antifaz, y regresamos al salón donde nos tomamos una copa sentados en aquella improvisada barra que habían instalado.


No tardó en despedirse puesto que al día siguiente debía hacer el equipaje, ya que el lunes salía temprano de viaje.

—¿Ha sido una buena noche? —La voz de James me llegó desde atrás.

—Ajá. ¿Y la tuya? —le di un sorbo a mi copa.

—También —sonrió—. No sabía que David fuera la clase de prometido al que no le importa que otros se acuesten con su futura esposa.

—Bueno, en cuanto nos casemos pasaremos el resto de nuestra vida compartiendo cama, ¿qué hay de malo en probar con otras personas antes?

—Vaya, me sorprende ese modo de pensar que tienes. Pocas mujeres lo compartirían. Su hombre es suyo y de nadie más.

—David es mío, lo que no quita que otras puedan saborear lo que solo yo me comeré en un futuro —le hice un guiño y me levanté cuando vi a mi falso prometido acercándose.

Me uní a él, sonrió dándome un beso en la mejilla y dimos por terminada la noche.

Eché un vistazo por encima del hombro a James y aquellos ojos grises me observaban por encima del borde del vaso con el deseo instalado en ellos.

Como solía decir mi madre: se mira, pero no se toca.

Capítulo 11



Aquella mañana de domingo mi hijo tenía un partido de fútbol y ninguno de los cuatro nos perdíamos ese evento desde que llevaba jugando.

Me encantaba verle preparando la mochila, se mostraba tranquilo, pero yo, como su madre que era, sabía que en el fondo estaba nervioso como aquel primer día que disputó un partido.

David nos esperaba en la puerta para llevarnos al campus del instituto, Brenda le dio un abrazo a su niño y le deseo suerte.

—Pensaré en ti cuando marque un tanto, mamita —le dijo, y ella se derritió.

—Ay, niño, ¿cómo no voy a quererte? —lo abrazó y él sonrió al tiempo que me miraba haciéndome un guiño.

Sí, mi hijo desplegaba sus encantos desde que tenía cinco años. Nos tenía a todos en el bote.

—¿Listo para machacarlos, colega? —le preguntó David en cuanto nos subimos al coche.

—Listo.

—Por Dios, que solo es un partido entre institutos, no es la *Super Bowl* —protesté.

—Pequeñaja, cuando los jugadores tienen talento, los entrenadores se ponen en contacto con representantes y ojeadores, ¿quién sabe cuándo podría aparecer uno de esos en el campus y querer fichar a nuestro chico?

—Eso pasa más en la universidad, tío David —rio Nico desde su asiento.

—Cierto, pero tú tienes madera para ser uno de los grandes.

Por el retrovisor vi a mi hijo sonreír levemente mientras desviaba la mirada por la ventana. Todos se lo decíamos, al igual que su entrenador, su sueño era llegar a ser profesional en ese deporte y que yo me sintiera orgullosa de él y sus logros, pero no quería hacerse ilusiones porque en el camino hasta llegar a un gran equipo, podían ocurrir muchas cosas, como solía decirme.

Lo que no le entraba en la cabeza a mi niño era que ya me sentía muy orgullosa de él. Había crecido sin un padre, David y Zack se encargaron de ser esa figura paterna que a veces necesitaba, pero eso no le marcó a pesar de que todos sus amigos tuvieran a su padre al lado. Mi hijo supo afrontar que lo crie sola, con la ayuda de mi hermana y mi mejor amigo, así como la de mis padres en sus dos primeros años de vida, y a sus quince años era mucho más maduro y responsable que otros chicos de su edad.

Cuando llegamos al campus ya estaban Inés y Zack esperándonos, habían comprado palomitas y refrescos, saludaron a mi hijo deseándole suerte, y él fue hacia el vestuario para cambiarse.

Ocupamos los asientos en las gradas más altas, como siempre, para poder disfrutar bien de cada segundo del partido, y mi hermana sonrió cuando la miré.

—¿Qué pasa? ¿Tengo algo?

—Sí, una cara de orgasmo que me da envidia en estos momentos.

—Joder, ¿tanto se me nota que ayer me hicieron ver las estrellas? —reí.

—Sí, hija, sí. Sobre todo, cuando pasan semanas sin que tengas sexo.

—Dios, qué conversaciones tenemos en el campus de un instituto, donde hay cientos de adolescentes —protesté.

—A ver si crees que la mayoría de estos adolescentes no saben de dónde vienen los bebés.

—Calla, que mi hijo es un niño todavía.

Poco antes de que los dos equipos salieran al campo, llamaron a David por teléfono, se disculpó un momento y se alejó.

Estaba echando un vistazo a mi correo cuando escuché una voz saludar.

—James, ellos son Inés y Zack, la hermana pequeña y el cuñado de Iris —le dijo David.

—Encantado de conoceros —David estrechó sus manos, pero mirándome a mí por el rabillo del ojo.

Pero, ¿qué narices hacía James aquí? Debía admitir que aquel hombre en traje estaba muy sexy, pero en vaqueros, con una camiseta y gafas de sol, madre del amor hermoso, estaba jodidamente sexy.

Aparté aquellos pensamientos de mi mente, fruncí el ceño mirando a mi mejor amigo y él, tan solo se encogió de hombros.

—Pequeñaja, ya te dije que muchos representantes y ojeadores suelen ver los partidos en busca de futuras estrellas. Y nuestro chico lo es.

James sonrió y no tuvo otro lugar donde sentarse, más que a mi lado, quedando entre David y yo.

Aquello no podía estar pasando, ese hombre no estaba realmente allí. ¿Es que además de meterse en mis sueños para follarme hasta el agotamiento, iba a estar en mis momentos en familia?

—Ya salen —anunció Zack, y en cuanto los jugadores de ambos equipos pisaron el campo, todo el mundo se puso en pie para recibirles entre aplausos.

—¿Cuál de ellos es tu hijo? —me preguntó James inclinándose para estar más cerca de mi oído.

—El número veinte, Duarte.

Echó un vistazo al campo y al verlo, tomó asiento.

Sonreí al recordar el día que me contó que había podido escoger el número que llevaría en la espalda. Según me dijo, lo hizo por mí, porque quería llevarme en cada partido cerca de él. El veinte era por la edad que yo tenía

cuando él nació.

Comenzó el partido y en ese momento se me encogió el corazón, como siempre.

No era una gran aficionada a ese deporte, a ninguno de hecho, pero había visto suficientes repeticiones de jugadas de los partidos disputados en televisión como para temer que a mi niño le ocurriera algo.

Caídas con lesiones, golpes en el pecho con demasiada fuerza, en la cabeza, pérdida del conocimiento, por no hablar de fracturas en el cuello, por Dios esas eran mortales.

Y a los cinco minutos de partido ya estaba nerviosita perdida y con el pie bailando, de modo que me temblaba toda la pierna, por no hablar de que me llevaba la uña a la boca, sin morderla, pero me castañeteaban tanto los dientes que parecía un castor mordiendo madera.

—¿Qué te ocurre, preciosa? —La mano de James, esa mano grande y firme, se posó sobre mi muslo y lo miré con los ojos muy abiertos.

No la retiró, la dejó ahí como queriendo conseguir que me calmara, incluso notaba que lo acariciaba por encima de mis vaqueros con el pulgar. Frunció el ceño y con una sonrisa de medio lado, apartó mi mano de la boca con la que tenía libre.

Dios mío, de nuevo esa descarga eléctrica que estaba convencida que a él tampoco le había pasado desapercibida.

—¿Estás nerviosa?

—Me pasa siempre que le veo jugar. Sé que no tiene por qué pasar nada, pero he visto cosas en los partidos profesionales que asustan, en serio.

—Sé de lo que hablas —respondió mientras seguía sin soltarme—. Algunos de mis representados han pasado a lo largo de su carrera por caídas, lesiones, bajas durante meses con posterior recuperación. Pero por lo que veo, tu chico sabe moverse en el campo —echó un vistazo y siguió con la mirada a Nico. En los ojos de James vi admiración—. Es como si bailara, como si flotara, ¿lo ves?

Miré a mi hijo, que en ese momento llevaba el balón en las manos. Corría

esquivando un jugador tras otro y cuando llegó a la zona de anotación, todos los seguidores de su equipo se pusieron en pie.

—*Touchdown* del número veinte, Nico Duarte —gritaba el comentarista por los altavoces.

—¿Sabes cuántos de esos ha marcado tu hijo en los últimos tres meses? —preguntó James y negué al tiempo que fruncía el ceño, la verdad que yo de eso no entendía, y por más que Nico me lo explicara, seguía sin saber distinguir un *Touchdown* de cualquier otro tanto que marcara él o alguno de sus compañeros—. Cincuenta —respondió—. Eso es una media de dieciséis por mes, lo que significa cinco por partido, puesto que juegan tres domingos al mes.

—¿Y eso es mucho?

—Iris, algunos de los mejores jugadores profesionales, marcan una media de tres, cuatro, por partido. Tu hijo llegará lejos, si le damos la oportunidad —contestó mirándome.

Yo se la daría, por supuesto que sí, haría lo que fuera por él y por ayudarlo a conseguir su sueño de ser jugador profesional en la NFL, pero, ¿por qué se interesaría James en eso?

El partido continuó, James no perdía de vista a Nico, incluso vi que hacía un par de vídeos con el móvil. Yo miraba a David y él se limitaba a sonreír y encogerse de hombros.

Inés, como siempre, gritaba animando a los chicos, más a su sobrino obviamente, y cuando marcó otro tanto, que en esa ocasión resultó ser un *Gol de campo* por lo que escuché por los altavoces, mi hermana se puso en pie gritando nuestro apellido, no tardaron en corearlo los demás espectadores de nuestra grada.

Vi a Nico pararse y mirarnos, por cómo negaba con la cabeza sabía que estaba sonriendo. ¿Qué le íbamos a hacer? Aquello era amor de tía en su máximo esplendor.

Mi hijo era de los más altos del equipo, y a pesar de sus quince años tenía hombros anchos y fuertes. ¿Quién hubiera imaginado el día que nació, con lo pequeño que era, que en quince años sería tan grande y fuerte como su tío David? Yo, no, desde luego.

El partido acabó, el equipo de Nico ganó con treinta y ocho puntos frente a los veintinueve del contrario, y antes de entrar al vestuario, nos saludó con una sonrisa.

—Hora de comer, damas y caballeros —dijo David poniéndose en pie—. ¿Te apuntas, James? —le preguntó, y yo volví a fulminarlo con la mirada.

No, no, no podía apuntarse, aquella era nuestra comida familiar del domingo post partido. ¿Qué pintaba James allí?

—Claro, me apunto —respondió con esa media sonrisa mientras me observaba por el rabillo del ojo.

Pensaba matar a David, buscaría formas sencillas para mí, dolorosas para él.

Capítulo 12



Estábamos esperando en el aparcamiento a que saliera Nico, y mientras David y Zack hablaban con James, mi hermana se acercó a mí con una sonrisilla.

—No imagines cosas, que no hay —le advertí, señalándola.

—Oye, he visto cómo ponía su mano en tu pierna temblorosa y, deja que te diga, que paraste de moverla.

—¿Qué dices? No paré de… —Un momento, ahora que lo mencionaba, sí había dejado de mover la pierna.

—¿Ves? Sí hay cosas ahí, hermana —hizo un guiño—. ¿Quién es ese hombre?

—No se te ocurra ponerte a cantar: “que te mira y te desnuda…”, porque te doy una colleja —la muy descarada se echó a reír.

—Pero si es que es verdad, ¿no ves cómo te mira con esos ojos grises?

Eché un vistazo rápido y sí, mientras James conversaba con los chicos, me miraba con un ligero disimulo. Sonrió, el muy canalla sonrió al darse cuenta de que lo estaba mirando.

—¿Y bien? ¿Vas a decirme quién es?

—James Benson, representante de un par de futbolistas que le gustan a Nico, además de cliente de David, porque su empresa da servicio de vigilancia a esos futbolistas, y… —respiré hondo y después, solté la bomba— Resulta que James metió a David en nuestro mundo de lujuria hace tiempo, y anoche

coincidimos con él en el lugar donde era esa fiesta privada.

—¡No me jodas! —gritó, y tuve que taparle la boca porque estábamos rodeadas de adolescentes.

—Inés, por Dios, controla esa boquita, cariño —reí.

—Lo siento, pero es que me has dejado… O sea, estoy en shock. ¿Te has acostado con él?

—¡No! ¿Qué dices? Yo me subí con Steve, no sé con quién se iría James, y tampoco me importa. Quizás estuvo con la misma chica que David, al parecer alguna vez ellos han… ya sabes.

—¿Un trío? —murmuró y asentí— He leído sobre eso, tiene que ser una experiencia, no sé, ¿excitante? Es decir, tener a dos hombres dándote atenciones al mismo tiempo. Pero eh, que yo a mi marido no lo cambio por dos tíos —sonrió.

—¡Mamá! —miré hacia el frente y sonreí al ver a Nico corriendo tras despedirse de sus compañeros. En cuanto llegó a mí, me abrazó y acabé flotando en el aire— ¿Has visto mis tantos?

—Sí, mi niño, los he visto —le cogí ambas mejillas y le besé la frente, en esos momentos me daba igual que sus amigos lo vieran, estaba orgullosa de él y me alegraba por verlo así de feliz—. Eres el mejor, cariño.

—¡Duarte, tu madre mola! —gritó uno de los chicos en español puesto que el instituto de Nico era bilingüe, miré y me eché a reír.

—¡Es mi chica favorita, tío! —respondió mi hijo, y aquello me hizo explotar el corazón, en serio.

—Bájame, que quien no me conozca, pensará que soy tu novia —le pedí muerta de risa.

—Mejor, así se mueren de envidia por la chica tan guapa que tengo en brazos —me hizo un guiño y le di un leve manotazo en el hombro.

Me encontré con la mirada de James en ese momento y estaba sonriendo, parecía encantado con la escena que mi hijo y yo ofrecíamos al público en ese momento.

—Nico, quiero que conozcas a alguien —le dijo David, por lo que me dejó al fin en el suelo y se giró cuando él y Zack se acercaron a nosotros junto con James—. Nico, él es James Benson.

—Es un placer conocerte, Nico. David me ha hablado muy bien de ti, de tu forma de jugar, pero te aseguro que se quedó bastante corto —comentó James mientras le estrechaba la mano a mi hijo.

—¿James Benson? —preguntó Nico con los ojos muy abiertos— ¿El James Benson que representa a jugadores de la NFL?

—El mismo —sonrió él.

—Joder, no me lo puedo creer.

—Nico, esa boca —le reprendí.

—Lo siento, perdona mamá, pero, ¿sabes quién es este hombre? El representante de Nick Jacobs y Adam Smith, los jugadores del *San Francisco Warriors*.

—Veo que David tenía razón, me tienes fichado.

—Señor, le aseguro que el que está encantado de conocerlo, soy yo. ¿Qué hace aquí, tío David? —le preguntó.

—Como te ha dicho, le he hablado de ti, y quería comprobar por sí mismo si eras tan bueno como decía.

—Ha superado mis expectativas. Como le he comentado a tu madre tras el primer *Touchdown* que has marcado, he echado un vistazo a la web del instituto y las estadísticas de los partidos son increíbles. Tienes una media de cinco tantos de esos por partido. Los jugadores profesionales se mueven en torno a…

—…Tres o cuatro, lo sé —sonrió mi hijo con orgullo—. Soy fan de sus chicos.

—Cierto. Nico, aún eres joven, pero si sigues así, te aseguro que algún día llegarás a ser uno de los mejores.

—Sería un sueño, la verdad.

—Y jugar con los *San Francisco Warriors*, ¿qué sería para ti? —preguntó sonriendo de nuevo.

—Genial, pero inalcanzable. Ese es un sueño demasiado grande —rio encogiéndose de hombros.

—Nunca pienses que un sueño es demasiado grande, ni te consideres un soñador demasiado pequeño —respondió James, dándole un leve apretón en el hombro.

Nico sonrió aún más ampliamente y asintió. Aquellas palabras, sabía que se le quedarían grabadas a mi niño para siempre.

—Bueno, hora de pizza, ¿no os parece? —anunció David con una palmada.

Nico y yo subimos al coche de David, tal como habíamos llegado, y quedamos con los demás en la pizzería de siempre, esa que estaba cerca de *Baker Beach*, desde donde las vistas al *Golden Gate* eran una maravilla.

En el camino mi hijo no dejó de hablar de James, ni de sus jugadores favoritos. Fue entonces cuando al preguntar de qué lo conocía David, cuando se sorprendió al saber que era uno de sus clientes.

—¿Me estás diciendo que trabajáis como seguridad privada para Jacobs y Smith, y me entero ahora? Tío, qué fuerte es eso.

—Lo siento chaval, de haber caído antes, habría intentado que los conocieras.

—Lo sé, no pasa nada —sonrió.

Llegamos a la pizzería y ya estaban esperando Inés y Zack. James, por su parte, seguía dentro del coche hablando por teléfono. En cuanto nos vio se despidió y salió para unirse a nosotros.

Entramos y pedimos la mesa de siempre, por suerte era una de las redondas más grandes que había en la pizzería y tenía capacidad para seis personas, de modo que ese domingo estaba completa.

Pedimos vino, refrescos y agua, y después cuatro pizzas familiares variadas. James no dejaba de observarme de vez en cuando mientras comíamos y yo me

ponía de los nervios. Ese hombre tenía algo, en serio, me atraía como la miel a los osos.

¿Era así el dicho? Ahora mismo no estaba segura, pero me daba igual, yo me entendía, o no, porque ni siquiera era capaz de saber qué tenía aquel hombre para que me hubiera gustado al punto de soñar con él, soñar cosas prohibidas.

—Así que, fan de mis chicos —dijo James durante el café, sonriendo a Nico.

—Sí, no me pierdo un solo partido.

—Cariño, pero si a veces te quedas dormido —sonreí.

—Joder mamá, me acabas de dejar mal —protestó con un resoplido.

—Tranquilo, a mí también me pasa —rio James—. Veo el final del partido a la mañana siguiente mientras desayuno.

—Igual que yo —contestó Nico con los ojos muy abiertos.

—Ni siquiera busco los resultados, voy directamente a poner el final.

—Yo también —rio mi hijo, al tiempo que negaba de un lado a otro—. Somos un par de tramposos, señor Benson.

—Si vuelves a llamarme así, tendremos un problema, campeón. Soy James, por favor, no tengo tanta edad como para que me llamen señor Benson.

—Cierto, tienes cuarenta y un años como el tío David, y según él, no es un pobre anciano con un pie en el asilo.

—No, no lo somos —admitió James.

Cuando miré a Inés vi una sonrisa en sus labios y una mirada que me indicaron que mi hijo se encontraba a gusto con aquel hombre al que acababa de conocer. Parecía que ellos habían conectado de un modo que ni siquiera David había tenido.

Mi mejor amigo sonreía, disfrutando de lo mismo que todos observábamos en ese momento, y no era otra cosa que Nico siendo Nico, el adolescente de quince años al que le encantaba hablar de su pasión, el fútbol americano.

Nico fue un momento al servicio antes de que nos marcháramos y cuando regresó preguntó si podíamos dejarlo en casa de su amigo Harry, él y otros tres amigos más iban a ver un partido en su casa y no pude negarme. Le dejaríamos allí y después le pediría a Jack que fuera a buscarlo.

Sí, mi chófer tenía los fines de semana libres, pero siempre insistía en que, si tenía que llamarlo, que no me diera pena hacerlo, estaba disponible a cualquier hora. Era un buen empleado además de amigo.

—Gracias por venir a verlo jugar —le dijo David a James una vez estuvimos en el aparcamiento.

—Ha sido un placer, este chico tiene potencial, le auguro un buen futuro —respondió al tiempo que le daba un apretón en el hombro.

—Gracias por la confianza, James —Nico se lo agradeció con una amplia sonrisa.

—Oye, ¿te apetecería conocer al equipo? —propuso.

—¿Qué? —los ojos de mi hijo se abrieron tanto que temí que acabaran por salírsele de las cuencas— Eso sería una pasada. Me encantaría.

—Bien. Lo organizo y hablamos en estos días.

—Claro, joder, gracias, James —Nico le dio un abrazo y James sonrió mientras le correspondía. Aquel hombre acababa de hacer realidad uno de los sueños de mi hijo, y ahora yo estaría en deuda con él.

—Debo irme, me esperan para una reunión de urgencia. Ha sido un placer compartir este día con vosotros —dijo mirándonos a todos, y tras estrechar la mano a los demás, cogió la mía y se la acercó a los labios para besarme en el dorso—. Iris —sonrió de medio lado y sentí que me fallaban las piernas. Dios mío, ese hombre iba a ser un pecado para mí.

Subimos al coche de David, llevamos a Nico en casa de su amigo Harry y le pregunté a qué hora quería que le recogiera Jack y me dijo que, a las diez, por lo que le mandé un mensaje pidiéndole que estuviera a esa hora en la dirección que le mandaba.

—¿Cuándo has hablado con James Benson de tu sobrino, si puedo saberlo? —pregunté en cuanto David y yo nos quedamos solos.

—Un par de días después de que os conocierais. Se mostró interesado en conocerlo, y le invité a venir hoy que tenía la mañana libre.

—En el futuro, agradecería que me informaras de estas cosas.

—Mujer, solo quería que Nico supiera que no le decimos todas esas cosas porque le queramos o sea nuestro chico, sino porque es cierto y llegará lejos, muy lejos. Por cierto, James tiene tu número, te llamará a ti para organizar la visita al equipo.

—¿Qué has dicho? Pero, ¿cómo se te ocurre darle mi número?

—Espera, que replanteo lo que he dicho. James tiene tu número de la oficina para llamarte. ¿Mejor así? El personal no se lo doy a nadie, ni bajo tortura.

El resto de camino a mi casa lo hicimos en silencio, y lo agradecí, porque me pude permitir esos minutos para pensar en James, en la llamada que me haría y en cuándo tendría lugar.

Y sobre todo para pensar en qué narices me pasaba con ese hombre para que, de pronto, tuviera ganas de que se produjera esa llamada.

Capítulo 13



Eran las once de esa mañana de martes, estaba revisando los puntos que quería hablar con el dueño de la constructora con el que me reuniría en media hora en mi despacho, cuando sonó el teléfono.

—Dime, Nikki.

—Tienes una llamada de James Benson, ¿te la paso? —dijo y me quedé en shock—. ¿Iris?

—Sí, sí, pásamela, por favor.

Unos segundos de silencio, y entonces…

—Buenos días, Iris —se me dibujó una sonrisa tonta en los labios al tiempo que cerraba los ojos y notaba que mi cuerpo parecía relajarse. ¿Tanto había deseado que me llamara ese hombre?

—James, buenos días. ¿A qué debo tu llamada?

—Quería comentar contigo la visita al equipo. ¿Os va bien el jueves por la tarde a Nico y a ti?

—El jueves… —Cogí la agenda y eché un vistazo, no tenía nada para esa tarde, así que sí, nos venía bien— Ajá, sí. ¿A qué hora?

—¿Sobre las siete?

—Claro, perfecto. A Nico le va a encantar conocerlos.

—Lo sé —noté por su tono de voz que estaba sonriendo.

—Después de esto, supongo que estaré en deuda contigo, ¿me equivoco?

—No, no te equivocas.

—¿Y qué querrá usted a cambio, señor Benson? —Me recosté en el sillón mientras cruzaba las piernas.

—Podemos empezar con una cena, los dos solos.

—¿Debo recordarle que soy una mujer prometida?

—No, no se me olvida ese pequeño detalle, a pesar de que no lleves anillo.

—Tendré que pedirle a David que me compre uno, para hacerlo más formal y visible —sonreí, pensando en que, si supiera la verdad, se reiría de mi amigo por fingir de ese modo solo porque huía de las mujeres y el compromiso real.

—Entonces, ¿aceptas esa cena conmigo como primer pago?

—¿Acaso habrá más de un pago por mi parte?

—Al menos, uno más.

—¿Y en qué consistiría ese segundo pago?

—Te lo diré durante la cena.

—Qué misterioso —sonreí.

—Nos vemos el jueves, Iris.

—A las siete.

—A las siete —corroboró.

En cuanto corté la llamada cerré los ojos pensando de nuevo en él. En serio, ¿qué tenía para que me tuviera así?

Bueno, el jueves no pasaría nada, llevaría a mi hijo a conocer a su equipo de

fútbol favorito y ya, nada más. Solo que James quería cenar, quería una cena a solas conmigo y después un segundo pago. ¿Qué tendría en mente el dueño de esos ojos grises que se paseaban por mis sueños observándome hambriento de mí?

Hice a un lado aquellos pensamientos y me centré en el trabajo. Le pedí a Nikki un café y cuando lo trajo, dijo que ya estaba el dueño de la constructora esperando fuera.

—Hazlo pasar, por favor —sonreí y ella asintió.

Di un sorbo al café antes de ponerme en pie, y lo hice justo en el momento en el que entraba mi posible cliente.

—Señorita Duarte —sonreí al tiempo que le estrechaba la mano.

—Señor Sanders, bienvenido —alto, rubio, ojos marrones, cuarenta años, divorciado y con una hija de seis años, siguió los pasos de su padre en la empresa familiar y era un constructor de éxito, pero siempre buscaba financiación externa cuando el proyecto que tenía entre manos era de gran envergadura—. Por favor, siéntese. ¿Quiere un café?

—Sí, gracias, solo y sin azúcar —asentí y le pedí a Nikki que se lo trajera.

Nos centramos desde ese momento en todos y cada uno de los puntos que había redactado para negociar el contrato, Sanders necesitaba una buena suma de dinero y yo quería obtener beneficios cuantiosos dado el dinero que iba invertir en su nuevo proyecto.

—Además de esto, me gustaría obtener uno de los apartamentos —dije finalmente.

—Es buena negociando, señorita Duarte —sonrió, al tiempo que cruzaba una pierna sobre la otra y apoyaba el codo en el reposabrazos, rascándose la barbilla de manera distraída.

—Bueno, digamos que, al igual que usted, pienso en el futuro de mi hijo —eché un ligero vistazo a nuestra foto, él miró también y asintió.

—Me gusta el acuerdo, no tengo ninguna objeción ante sus peticiones.

—En ese caso, redactaré el contrato y podremos firmarlo la próxima semana.

—Perfecto, cuanto antes pueda empezar con la construcción, antes obtendrá sus beneficios —respondió poniéndose en pie.

—¿Puedo hacerle una pregunta, señor Sanders?

—Por supuesto —respondió mientras se abrochaba el botón de la chaqueta.

—¿Por qué se puso en contacto conmigo? Me consta que hay muchas otras empresas con fondos de inversión, incluso más grandes que la mía, con más dinero.

—Un amigo es cliente suyo y me habló bien de usted. Y sí, hay muchas otras empresas como la suya y, efectivamente, con más dinero. Pero por experiencia propia puedo decirle que esas empresas suelen tener exigencias que apenas me aportarían beneficios a mí. Y como usted ha dicho, pienso en el futuro de mi hija —sonrió.

—Ha sido un placer llegar a un acuerdo con usted —le estreché la mano para despedirme de él en la puerta del despacho—. Mi secretaria lo llamará para concertar la reunión para la firma.

—Nos vemos entonces. Que tenga un buen día, señorita Duarte.

—Igualmente.

Me quedé allí de pie viéndolo caminar hacia el ascensor, cuando entró, se despidió con un leve movimiento de mano antes de que se cerraran las puertas y en cuanto Nikki y yo nos quedamos de nuevo a solas, me miró con la pregunta instalada en sus labios.

—Sí, voy a ser la dueña de uno de esos preciosos e impresionantes apartamentos —le hice un guiño.

—Dios, de mayor quiero ser como tú —rio—. Y yo viviendo con mi hermana en un pequeño apartamento que prácticamente es una cajita de cerillas —volteó los ojos.

—¿Por qué no buscas otra cosa? —Fruncí el ceño.

—Ya sabes por qué. Parte de mi sueldo se va en sus estudios.

—Nikki, sabes que yo podría…

—No, no, y no. Ni se te ocurra volver a decirme que me adelantas el dinero para que vaya más desahogada. No puedo aceptarlo, y lo sabes, jefa —me advirtió señalándome con el dedo.

—Sabes que puedo invertir mi dinero en lo que me dé la gana, y Amy ha mostrado interés por trabajar como contable en esta empresa. Eso para mí sería invertir en mi beneficio de futuro —sonreí.

—No me presiones, jefa, que estoy en esos días sensibles y lo mismo hasta acabo aceptando —dijo mientras cogía una carpeta.

—Es bueno saber que es mi oportunidad para aprovecharme de ti —reí cuando me miró con los ojos muy abiertos.

Regresé al despacho y le mandé un mensaje a Nico.

Iris: *Buenos días, mi niño. No hagas planes para el jueves por la tarde, tenemos cosas que hacer.*

Nico: *¿Qué cosas? No me digas que toca tarde de tiendas porque me muero, sabes que me da pereza comprar.*

Me eché a reír mientras tecleaba.

Iris: *No, no voy a hacerte pasar por ese terrible sufrimiento. Me ha llamado James Benson, y hemos quedado en ir esa tarde para que conozcas al equipo.*

Nico: *¡¡¿¿Qué??!! No estás bromeando, ¿verdad? Dios mío, los SFW. Vale, nada de planes, toca tarde con mi madre.*

Iris: *Menos mal que te acuerdas de que voy contigo. Nos vemos en casa, te quiero mi niño.*

Nico: *Y yo a ti, mamá.*

Estaba feliz, mi hijo estaba feliz por poder ver uno de sus sueños cumplido desde que era niño. ¿Eso suponía que tenía que cenar con el hombre que lo había hecho posible? Pues bien, no tenía problema por ir a esa cena.

La felicidad de mi niño era la mía propia, y ya se sabe que, los padres, por los

hijos, harían cualquier cosa que estuviera en sus manos por verles sonreír.

Capítulo 14



Había pasado la mañana estudiando algunas empresas que apenas llevaban un año en funcionamiento y necesitaban un inversor, concretamente, me necesitaban a mí.

Una tienda de ropa que quería hacer una ampliación porque sus prendas estaban teniendo mucho éxito, una pequeña floristería y una agente inmobiliaria cuya cartera parecía estar creciendo como la espuma, pero no obtenía la financiación necesaria de los bancos para adquirir ciertos inmuebles.

Todas tenían algo, y tras los informes de mis analistas, las tres aportarían buenos beneficios.

Incluso podría poner en contacto a la agente inmobiliaria y al dueño de la constructora con la que firmaría el contrato en unos días, para que ella llevara esas ventas, de ese modo, ganaríamos todos. Cadena de favores, lo llamaban.

Comí algo rápido en el despacho puesto que David tampoco tenía tiempo para salir conmigo, había estado reunido toda la mañana con varios de sus clientes ultimando los trabajos que debían hacer sus chicos desde el viernes hasta el domingo, al parecer había un evento grande en la ciudad y todas esas celebritis necesitaban protección.

Eran las seis y media cuando estaba entrando por la puerta de casa, y lo único que me apetecía era quitarme los zapatos de una vez y darme un baño de espuma relajante, acompañado de una copa de vino blanco.

Pero mis deseos se fueron al garete en cuanto vi a mi hijo.

—Estaba a punto de llamarte, mamá, pensé que no llegabas a tiempo —dijo y fruncí el ceño puesto que no sabía a qué se refería.

—¿A tiempo?

—A las siete tenemos que estar en el estadio de los *SFW*.

Oh, mierda, lo había olvidado. Era jueves, y esa tarde mi hijo iba a conocer a todos los jugadores de su equipo de fútbol favorito.

—Se te había olvidado, ¿a qué sí? —arqueó una ceja y suspiré.

—Lo siento, mi niño, pero sí, lo olvidé. He estado tan liada en el trabajo que se me fue el santo al cielo. Pero ya estoy aquí —sonreí, olvidándome del dolor de pies y de la jaqueca que llevaba amenazando toda la tarde—. ¿Ya estás listo?

—Sí —sonrió y asentí mientras dejaba las cosas en el recibidor.

—Bien, dame un momento para que hable con Brenda y nos vamos.

—Te espero en el coche. ¿Jack está fuera?

—Pues…

—Voy a llamarlo para que dé la vuelta —me besó en la mejilla y suspiré mientras lo veía salir a la calle.

—Te olvidaste, ¿verdad? —me giré al escuchar a Brenda.

—Sí, ha sido un día largo. ¿Puedes prepararme un sobre milagroso para la jaqueca? Me está matando la cabeza, y no quiero que Nico lo note.

—Ahora mismo, tú ve a refrescarte el cuello un poco, que tienes una carita…

Mientras ella se iba a la cocina hice lo que me había aconsejado, y por absurdo que pudiera parecer, ese simple y sencillo gesto alivió un poco la tensión del cuello.

Eché un vistazo al reflejo que me devolvía el espejo y estaba bastante aceptable.

Cabello suelto y decente, maquillaje intacto, camisa sin arrugas, ni una sola marca de sudor, falda tubo a la altura de las rodillas también sin arrugas, perfecto. Solo había que dar un retoque al gloss de labios, así que lo saqué del bolso y, *¡voila!* Lista para ir a ver a James.

No, un momento, ¿qué? No, no, no. Yo no iba a para ver a James, iba para que mi hijo conociera a su equipo favorito.

—Iris, ya tienes el sobre, mi niña —dijo Brenda desde la cocina, así que fui a tomármelo—. Cómete esa galleta, no es bueno tomar medicamentos con el estómago vacío.

—Vale, mamita —sonreí y ella volteó los ojos.

—Menos mal que te quiero como si fueras una hija —suspiró.

—Lo sé —le hice un guiño, eché un vistazo al reloj y vi que había pasado en casa diez minutos, al final llegaríamos tarde.

Me despedí de ella y cuando salí a la calle, Nico y Jack estaban charlando junto al coche, ese hombre también había sido una buen influencia para mi niño.

—¿Nos vamos? —pregunté.

—Claro. ¿Estás bien? Has tardado un poco y, no sé, te vi mala cara, mamá —al final lo había notado.

—Estoy bien, cariño. Nada que un sobre milagroso no quite —le besé la frente y subimos al coche—. Jack, siento que hayas tenido que volver, me olvidé por completo.

—Tranquila, estaba cerca —sonrió, le devolví el gesto y cerró la puerta.

Durante el camino, Nico no dejó de hablar del equipo, Jack sonreía y comentaban algunas jugadas del último partido. Si el exmilitar que tenía como chófer había aprendido algo en esos años, era que al menos tenía que ver las mejores jugadas de todos los partidos de fútbol para comentarlas con mi hijo.

Eché un vistazo al reloj y vi que eran las siete, miré a Nico por el rabillo del ojo, pero como iba charlando sobre su gran pasión, no pareció darse cuenta de que llegaríamos al menos diez minutos tarde. Suspiré y me reprendí

mentalmente por haberme olvidado de algo tan importante para él.

A veces me concentraba tanto en el trabajo que dejaba mi vida personal a un lado. ¿Aparte de porque tenía un hijo, alguien se preguntaba por qué no tenía pareja? Vale, sí, obviemos las dos únicas relaciones desastrosas que tenía a mis espaldas.

Pues por el trabajo, porque, aunque me permitiera el haber salido una noche con mi hermana a cenar y tomar una copa, eran contadas las ocasiones que lo habíamos hecho en los últimos años desde que tenía la empresa de inversiones.

Y hablando de la princesa de la casa, en ese momento me envió un mensaje para proponerme justo eso, una noche de viernes las dos solas. Sonreí y dije que sí, lo necesitaba realmente. ¿Sería que Inés tenía alguna especie de poder psíquico y sabía cuándo una servidora quería distraerse?

—Hemos llegado —anunció Jack, justo diez minutos después de la hora a la que habíamos quedado—. ¿Quieres que me espere? —preguntó cuando salí del coche.

—No sé lo que tardaremos.

—Vale, iré a tomar algo por ahí. Llámame cuando acabéis.

Asentí, me uní a Nico que estaba a unos metros de nosotros observando el estadio, y sonrió en cuanto llegué a su lado.

—Es enorme —dijo observando las instalaciones.

Estaba buscando el móvil en el bolso para llamar a James y avisarlo de que habíamos llegado, cuando escuché su voz llamándome.

Miré hacia el frente y juraría que me acababan de fallar las piernas.

—¡Mamá! —exclamó Nico que se acercó para ayudarme.

No, no me habían fallado las piernas, o igual sí y por eso había dado un mal paso con tan mala suerte que el tacón se enganchó en el único hueco que había en el suelo. Había que joderse, qué manera más tonta de hacer el ridículo.

Porque sí, eso había hecho yo. Tropezar y perder ligeramente el equilibrio mientras mantenía los brazos extendidos hacia adelante por si me daba de bruces con la acera. Dios mío, hazme desaparecer.

—¿Estás bien? —preguntó James que parecía que había venido corriendo, mientras me sostenía con ambas manos por los brazos.

Otra descarga eléctrica y por partida doble. Como esa fuera la dinámica de nuestros cuerpos al entrar en contacto, me veía chamuscada cualquier día.

—Solo ha sido un tropiezo, tacones y huecos en el suelo, no son una buena combinación —respondí con la mejor de mis sonrisas, mientras me alisaba la falda que no tenía ni una sola arruga y fijaba en ella la mirada, cualquier cosa con tal de no mirarlo a él y que viera la vergüenza en mis ojos.

—Ya pensé que no veníais —dijo.

—Tuve un día de mucho trabajo, llegué tarde a casa —me excusé, mirándolo al fin, y en qué hora lo hice.

Sus ojos grises me observaban con atención, pero también con deseo. Fue un vistazo leve, un movimiento rápido por su parte, pero al ver dónde se había dirigido su mirada, eché un vistazo y, ¡zas! Mi escote en todo su esplendor a la vista. Llevaba un par de botones desabrochados y claro, se veía más de lo que debería.

—Se olvidó que nos habías invitado a venir hoy —soltó Nico de pronto, haciendo que se me escapara un leve grito de sorpresa y lo mirara con los ojos muy abiertos—. Aparte de que tuvo mucho trabajo —añadió.

—Ten hijos para que te dejen así de mal. Muchas gracias, cariño —volteé los ojos.

—Nico, tu madre es una mujer de negocios muy ocupada, así que este pequeño retraso, no se lo vamos a tener en cuenta —le dijo haciéndole un guiño y mi hijo sonrió al tiempo que asentía—. Y ahora, ¿listo para conocer a los chicos?

—Sí.

—Pues vamos, nos están esperando en el campo.

Nico avanzó primero y James aprovechó para dejar su mano sobre la parte baja de mi espalda. Lo miré por el rabillo del ojo y él sonreía, más aún cuando aquellos dedos, atrevidos y juguetones, comenzaron a acariciarme el trasero.

¿Cómo podía ser ese hombre tan descarado?

—James Benson, estás tocándole el culo a una mujer prometida —susurré para que mi hijo no pudiera escucharme.

—Iris Duarte, no es solo esto lo que deseo hacerte, puedes creerme —respondió de igual modo, en un susurro con esa voz ronca y pecaminosamente sexy que hizo que se erizara cada rincón de mi cuerpo.

Este hombre iba a ser mi perdición, una dulce tortura y la mayor de las tentaciones que jamás había sentido.

Capítulo 15



James nos guio hasta el campo por los pasillos del estadio, Nico tenía razón al decir que era enorme, y eso que había estado allí viendo algún partido con David.

En cuanto salimos por la zona de vestuarios del equipo, vimos a todos esos hombres grandes y fornidos charlando, mirando el móvil o lanzándose el balón unos a otros, con la equipación aún puesta. Supuse que acababan de terminar sus entrenamientos.

—No me lo creo, todavía no me creo que vaya a conocerlos —me susurró Nico, quien por un momento había vuelto a ser aquel niño que una vez fue.

—Chicos —dijo James para llamar su atención—. Este es Nico, fan del equipo y una futura estrella de la NFL.

—Hola —saludaron todos al unísono, sonriendo.

—Hola —respondió Nico, un poco cortado—. Con lo de futura estrella, te has pasado, James —sonrió.

—No, ni un poquito. Ellos han visto los vídeos que grabé durante tu partido, y esas fueron las palabras de todos y cada uno de los hombres que ves aquí.

—Es cierto, chaval. Tienes todo lo que se necesita para estar donde estamos nosotros —comentó uno de ellos—. Ganas, ilusión, un sueño, y madera para este deporte. Eres muy bueno, créeme.

—Si, Mich Graham dice eso, puedes estar convencido de que es cierto —aseguró otro.

Nico se sonrojó, sonrió y fue estrechando la mano de todos ellos. Acabé reconociendo a sus favoritos en el momento en el que charló con ellos sobre un par de jugadas. Los demás se mostraron un poco celosos, por supuesto bromeando, por saber que aquellos dos hombres eran sus ídolos.

Yo permanecí en un segundo plano, dejando que mi hijo disfrutara de su momento, y feliz por ver que aquel era el primero de muchos sueños que vería cumplidos tarde o temprano.

Le propusieron hacer algunos pases, unas cuantas carreras a ver cómo se las arreglaba para esquivarles, y aceptó. Se puso las protecciones que le ofreció Adam Smith, uno de sus favoritos, y el casco, y salió al campo a practicar como todos ellos.

James me llevó hasta unos asientos y allí observé a mi niño con la más amplia de las sonrisas que jamás se había dibujado en mi rostro.

—Es muy bueno, y solo es un crío. En unos años, será un gran jugador —dijo James sin apartar la vista de Nico.

—¿Lo crees en serio? —pregunté mirándolo.

—Absolutamente, Iris. Tu hijo tiene madera, tal como ha dicho Graham. Soy el representante de Jacobs y Smith, pero he ojeado a suficientes futbolistas a lo largo de los años como para saber quién llegará lejos. Muchos de esos chicos que vi en la universidad, ahora mismo están en negociaciones con los *Dolphins*, los *Boston Celtics* y muchos otros. Nico llegará lejos, y podrá jugar en el equipo que quiera —me aseguró mirándome al fin.

—Me arriesgaré a decir que este será el equipo en el que quiera jugar.

—Si es lo que quiere en unos años, me encargaré de que lo fichen.

—James, hablas del futuro con una facilidad —sonreí—. Queda mucho para que eso pase, es solo un crío.

—¿Y si te dijera que los dueños del equipo están interesados en él ahora mismo?

—¿Qué? —exclamé volviendo a mirarlo.

—Le han visto, saben que tiene potencial y quieren contar con él. En seis años, se plantean ficharlo.

—No sé qué decir.

—De momento nada, y a él tampoco. Como dices, es un crío todavía, imagino que querrá ir a la universidad, estudiar una carrera, y aún tiene mucho que vivir.

Asentí y ambos volvimos a mirar hacia el campo, donde un más que concentrado Nico corría esquivando a aquellos jugadores profesionales como si estuviera en uno de sus partidos de instituto.

—Cenamos el sábado —dijo unos minutos después, lo miré sin entender y él sonrió—. No me digas que te habías olvidado de mi pago, preciosa.

—Ah, eso. No, no lo había olvidado. El sábado me va bien, has tenido suerte.

—Aunque me hubieses dicho que tenías planes, te habría obligado a cancelarlos.

—Muy atrevido a la vez que presuntuoso por tu parte. ¿Y si esos planes hubieran sido con mi prometido?

—Cancelados de igual modo.

—Jamás cancelaré los planes que haya hecho con mi prometido, tenlo claro.

—Discutible —sonrió de medio lado.

—No veo por qué habría que cancelarlos por otro hombre.

—Pues para cenar y tener un sexo alucinante con otro hombre.

—Eso no ocurrirá, James —dirigí de nuevo la mirada al campo.

—¿Y si te llevara como acompañante a uno de esos lugares a los que nos invitan, pero tu prometido no puede ir?

—Solo voy con él a esos lugares. Además, dudo que seas el tipo de hombre que suelo llevar a las habitaciones.

—¿Qué tipo de hombre es ese? —preguntó acercándose un poco más, y noté la palma de su mano sobre la parte baja de mi espalda una vez más, de modo que sus dedos me acariciaron el trasero juguetonamente.

—En términos del mundo BDSM, esos hombres son sumisos. Yo prefiero decir que son complacientes con mis peticiones.

—¿Eres una mujer dominante? —interrogó con la voz ronca.

—Podría decirse así, sí. No soy de las que acatan una orden, me rebelo un poco —susurré y se echó a reír.

—Yo soy muy dominante, y te aseguro que conmigo no podrías rebelarte —susurró mientras comenzaba a subir la mano muy despacio por mi espalda.

Lo miré por el rabillo del ojo y no dejaba de observarme con atención, incluso juraría que sus ojos se habían oscurecido ligeramente, lo que me indicaba que me deseaba más en ese instante.

—Lo haría.

—Una lucha de poderes por llevar el control durante toda una noche —su voz parecía una octava más ronca, y eso era jodidamente sexy—. Iris Duarte, ese será el segundo pago al que tendrás que hacer frente después de esta tarde.

Miré a James con los ojos muy abiertos, sorprendida ante aquella petición. No podía estar hablando en serio, ¿verdad? Pero lo hacía, lo veía en sus ojos. La determinación a hacer que aceptara aquel pago que me exigía, estaba en ellos.

—Estoy prometida, no puedo hacer eso.

—Lo haces cuando vas a esos lugares.

—Es distinto, siempre voy con él.

—¿Tienes que decírselo? ¿Pedirle permiso? —Arqueó la ceja— Me parece que no, puesto que he visto a David en muchas ocasiones ir sin ti. Y si me permites un pequeño apunte —susurró y noté la yema de sus dedos acariciándome la nuca—, quieres hacerlo conmigo, Iris.

Me estremecí, porque James tenía razón. No sabía por qué, pero ese algo que tenía el hombre que acariciaba mi nuca con delicadeza y provocación al

mismo tiempo, me hacía desearlo, querer saber cómo sería pasar una noche de sexo con él.

De algún modo que no lograba entender, mi cuerpo reaccionaba a él. No era sumisa y obediente en el sexo, era más bien exigente y de pedir lo que quería que me hicieran en cada momento o provocar y excitar hasta llevar a los hombres al límite, para después darme el orgasmo que yo misma quería.

Pero, ¿cómo haría eso con James si aseguraba ser un hombre dominante y acostumbrado a tener el control?

Dudaba que pudiéramos llegar a un acuerdo, uno en el que ambos tuviéramos nuestro momento de peticiones y recibir la satisfacción de vernos complacidos por el otro.

—Podemos hacerlo en mi casa, si lo prefieres. Si eso te hace estar más tranquila y asegurarte de que nadie que os conozca a David y a ti, pueda verte con otro hombre —propuso.

—¿Estar más tranquila en tu casa? ¿En serio? —reí— Dudo que eso ocurriera, estaríamos a solas. Espera, ¿acaso estás diciéndome que tienes un cuarto de juegos en tu casa?

—Ah, eso tendrás que averiguarlo, preciosa —hizo un guiño y se puso en pie, abandonando mi nuca, haciendo que sintiera un frío vacío en esa parte delicada de mi piel.

Los chicos del equipo y Nico se acercaban a nosotros, habían acabado con las carreras y los pases. Mi hijo lucía una sonrisa de oreja a oreja cuando se quitó el casco, y yo sonreí al verle.

Estaba feliz, emocionado, y se emocionó aún más cuando sus dos jugadores favoritos le entregaron una camiseta suya firmada cada uno, y una bandera del equipo con las firmas de todos ellos. Se hicieron infinidad de fotos, y antes de marcharnos, Mich Graham que era el capitán del equipo, le dio un regalo que no esperábamos ninguno.

—¿Esto es en serio? —preguntó Nico.

—Muy en serio —respondió él con una sonrisa.

—Dios, muchas gracias.

Tenía un pase VIP para uno de los palcos y era de por vida. Con él podía acceder al estadio y ver todos los partidos que el equipo jugara en San Francisco, acompañado de las personas que quisiera.

Miré a James, sonreí y le di las gracias. Aquello era un detalle por su parte, sin lugar a dudas.

Cuando nos despedimos de los jugadores, James nos acompañó al aparcamiento, llamé a Jack y dijo que nos recogería en cinco minutos. En ese tiempo mi hijo habló con James y ambos quedaron en verse en lo partidos, incluso se ofreció a ir a recogerlo y llevarlo de vuelta a casa sin que yo tuviera que preocuparme de nada.

En cuanto Jack apareció, Nico se despidió de James con un afectuoso abrazo y fue corriendo al coche para contarle todo.

—Es un gran chico, Iris. ¿Dónde está su padre?

—No tiene, desapareció de nuestras vidas cuando estaba embarazada de tres meses —me encogí de hombros—. No le hemos necesitado nunca.

—La cena del sábado sigue en pie. Y el segundo pago, también.

—No estoy segura de que esa sea una buena idea.

—Piénsalo, y si aceptas, podemos ir a mi casa ese mismo día —susurró mirándome fijamente mientras me acariciaba la mejilla.

—Cenaré contigo el sábado, pero no te prometo que pase algo más después.

—Mándame tu dirección, pasaré a recogerte a las ocho.

Asentí, me aparté y fui hacia el coche donde Nico seguía hablando con Jack emocionado por lo vivido esa tarde.

Cuando me senté, observé a James a través de la ventana y sentí un leve estremecimiento.

Iba a cenar con él, pero, ¿estaba dispuesta a algo más?

Capítulo 16



Después de tres llamadas de trabajo y un café bien cargado, pude dar por finalizada la jornada de trabajo para ir a hablar con David, a quien la noche anterior le dije que pasaría a visitarlo esa tarde de viernes, en cualquier momento.

—Ah, ya estás aquí. Pensé que al final me tendría que quedar a cenar en el despacho, hasta que su eminencia tuviera un huequito para visitarme —dijo cuando entré.

—Lo que te gusta exagerar —reí.

—¿A qué se debe la audiencia? —El muy jodido me hizo una reverencia y todo, era para darle en ese mismo momento una buena colleja.

—Quería hablar contigo sobre James.

—¿Qué James? —preguntó al tiempo que nos sentábamos.

—Bond, no te digo —suspiré—. ¿Qué James va a ser? Benson.

—¡Ah, ese James! —Le quitó importancia con la mano— ¿Qué pasa con él?

—Ayer por la tarde estuvimos Nico y yo en el estadio.

—¿Ya conoce nuestro chico a su equipo favorito?

—Sí, y fue una pasada, en serio. Pero ya te llamará él esta noche para contarte.

—¿Por qué no lo hizo ayer?

—Le pedí que esperara hasta esta noche porque eres un empresario ocupado igual que su madre.

—*Touché*. ¿Qué hay de Benson, entonces?

—Quiere que cene mañana con él, como pago por presentarle a Nico al equipo.

—Eso es una excusa hasta para él —rio—. Le gustas.

—¿Qué dices?

—Bueno, como poco, le atraes físicamente.

—¿Sabes que parece importarle un bledo que sea tu prometida?

—¿Y por qué crees eso?

—No lo creo, estoy segura al cien por cien. Me quiere como acompañante en uno de esos eventos a los que a veces tú has ido sin mí. Eso, o mañana en el cuarto de juegos que insinuó tenía en su casa.

—Lo tiene —sonrió con picardía.

—No sé si quiero saber cómo conoces tú ese dato.

—Pequeñaja, ya te dije que él me adentró en ese mundo y en la web. ¿Cómo no iba a saber que tiene un cuarto específico en su casa para esos juegos?

—David, ¿no crees que hemos llevado esa mentirijilla tuya de que soy tu prometida demasiado lejos? —pregunté, porque a causa de esa información, muchas buenas mujeres que podían ser su pareja no lo habían sido.

—¿Te arrepientes de que lo decidiéramos? Con eso nos asegurábamos también que tú pudieras hacer lo que quisieras en esos lugares, sin que nadie intentara ir a más.

—Lo sé, pero, ¿y si por esta mentira, por llevarla adelante hasta dentro de tres años, pierdes la oportunidad de ser feliz?

—Sabes que una vez casi lo fui, casi.

Suspiré, a sabiendas de que ese casi sonaba tan doloroso como siempre.

David conoció a una chica al poco de que me mudara a San Francisco con mi hermana y mi hijo, durante cuatro largos años fueron la pareja ideal, de lo más idílica, pero ella solía quejarse porque no entendía que dejara todo por nosotros si alguna vez le necesitaba.

El último año fue el peor, David le dijo que tenía que entender que éramos su familia y no iba a dejarnos de lado. No quiso entenderlo ni aceptarlo, y cuando le propuso matrimonio ella dijo que se casaba con la condición de que no acudiera a mi llamada en cuanto la recibía.

Me sentí mal durante meses por su ruptura porque él estaba muy enamorado de ella, desde ese momento se cerró al amor.

—Nico ya no es un niño, y tengo a Jack y a mi cuñado si necesitamos algo.

—Lo sé. ¿Qué vas a hacer con James?

—¿A qué te refieres?

—¿Cenarás con él?

—Sí, le dije que aceptaba la cena, pero nada más.

—A ti te apetece probar a ese hombre, tanto como le gustaría a él —sonrió.

—No.

—Iris, que nos conocemos desde que eras una mocosa. ¿Quieres una noche de sexo con él? Adelante, no te cohíbas. Deja claro los puntos básicos como con tus chicos habituales, y listo. A follar que la vida son dos días.

—Dios mío, espero que nunca le des ese consejo a mi hijo —fingí estar horrorizada.

—A él le daré otros —sonrió—. ¿Necesitabas mi permiso para acostarte con James?

—No, no lo iba a pedir, solo… Bueno, quería que supieras cómo estaba la

situación.

—Pequeñaja, eres una mujer madura y libre, no le debes nada a nadie, tu hijo ya no es un niño y tampoco es que vayas a llevar a James a tu casa y poneros a follar en la cocina o el porche, ¿no? —me reí porque se le podía llegar a ocurrir cada cosa— Cena con él, toma una copa, y si te invita a la última a su casa, y eso conlleva que conozcas su cuarto de juegos, entra, estoy seguro que te gustará.

—Sabes que no soy de las que obedece —me crucé de brazos.

—Ni él tampoco, por eso creo que sois perfectos el uno para el otro —sonrió.

—¿En serio? Podemos pasarnos toda la noche discutiendo quién usará la fusta, y quién estará atado a la cama.

—Suena muy divertido. Ya me contarás qué tal la experiencia.

—No puedo contigo, David, de verdad que no —sonreí y me puse en pie—. Me voy a casa, quiero darme una ducha y tirarme en la cama como una estrella de mar, sin moverme, hasta que me tenga que arreglar para salir con Inés.

—¿Noche de chicas?

—Sí, para una vez que la pobre está más animada tras la inseminación —me encogí de hombros.

—Pasadlo bien, y si me necesitáis, ya sabes, una llamadita y vuestro caballero de brillante armadura irá a buscaros, como siempre.

—David, necesitas salir con una mujer, en serio. Todo ese potencial romántico y encantador que llevas dentro, debes entregarlo.

—Ya lo hago, con mis dos chicas favoritas —hizo un guiño y me dio un beso y un abrazo antes de que me marchara.

Tenía que hablar con Inés sobre la cabezonería de nuestro mejor amigo con respecto a las mujeres y el amor. Era un buen hombre, y por mucho que disfrutara de su soltería y del amor libre y todo eso que yo misma decía, le había visto mirar a mi hermana y su marido en más de una ocasión prácticamente embelesado.

Era un hombre duro, fuerte y podría parecer frío, pero en el fondo deseaba tener de nuevo lo que una vez tuvo y perdió. Me aseguró que no había sido culpa mía, ni de los míos, sino de ella por no entender que, para él, lo primero era la familia y esa éramos nosotros.

¿Podría encontrarle una mujer tan dedicada a la familia como él, que le entendiera y aceptara que nosotros también seríamos siempre una prioridad en su vida?

Ojalá, porque estaba convencida de que David Montes sería el marido perfecto.

Capítulo 17



Salí de casa en cuanto Jack me envió un mensaje avisando de que había llegado con mi hermana. Le pedí que pasara a buscarla primero y después me recogiera a mí para llevarnos al restaurante.

Al mismo tiempo me llegó un mensaje de Alexis Bowman, la inauguración de la nueva sección que iba a tener lugar esa semana se había tenido que retrasar, de modo que me enviaba la nueva fecha y la hora para acudir. Sería el viernes siguiente, justo en una semana, y me recordaba que mi prometido estaba invitado.

—Qué guapa te has puesto, hermana —dijo Inés, nada más subirme al coche.

—Tú tampoco te quedas corta —sonreí.

Ambas llevábamos vestido, el mío en azul marino con tirante ancho y a la altura de las rodillas, y el suyo en rosa pastel y de manga corta. Le sentaba muy bien ese tono, y resaltaba el color de sus ojos, además que la veía mucho más feliz que otras veces.

—¿A dónde, señoritas? —preguntó Jack desde su asiento.

—Al restaurante de Carlo —respondí y asintió.

Inés y yo llevábamos yendo a cenar al restaurante italiano de Carlo desde que ella cumplió los dieciocho.

Le encantaba la pasta fresca que cocinaban allí, así como la pizza casera al horno de piedra.

—¿Sabes quién se ha pasado toda la tarde hablando por teléfono? —dijo Inés poco después de emprender camino al restaurante.

—¿Quién?

—Tu hijo, con mi marido. Qué feliz estaba de haber conocido a los jugadores de su equipo favorito.

—Ah, eso —sonreí—. Sí, esta noche le toca escuchar la charla a David.

—La verdad es que James ha hecho el sueño de Nico realidad.

—Sí.

Dejé a un lado a James porque, aunque pensaba hablar con ella sobre la cena y la otra propuesta, no quería hacerlo delante de Jack. Él sabía todo lo que había alrededor de David y mío, alguna vez llevó a David en el pasado a uno de esos eventos clandestinos, y a pesar de que contaba con su discreción y confianza, no hablaba de sexo con él, me moriría de vergüenza.

Nos dejó y fue a tomar algo, el bar donde iríamos después estaba cerca y podíamos ir andando.

Cuando Carlo nos vio, después de varios meses sin ir por allí, nos abrazó con entusiasmo y nos llevó a su mejor mesa, la que tenía unas preciosas y privilegiadas vistas de la playa.

—¿Vino? —preguntó dejándonos la carta.

—No, solo agua —respondió Inés con una sonrisa.

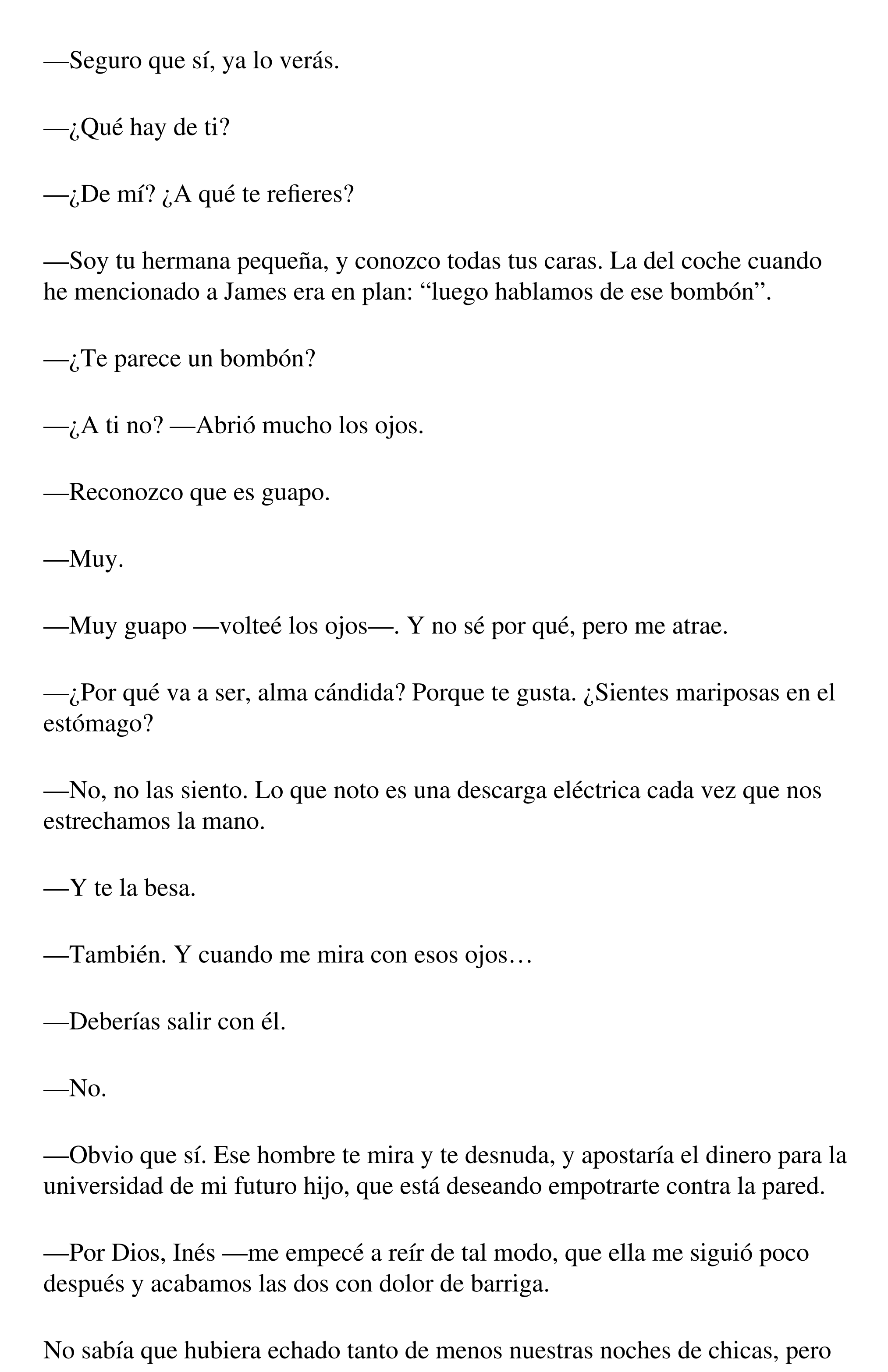
—Llévate la carta, que pediremos lo de siempre —dije.

—Ah, mi famosa pasta.

—Exacto —reímos las dos.

Carlo fue por una jarra de agua con hielo y tras dejarnos solas, le pregunté a mi hermana cómo se encontraba.

—Bien, deseando que me digan si nuestros presentimientos son ciertos —sonrió.



—Seguro que sí, ya lo verás.

—¿Qué hay de ti?

—¿De mí? ¿A qué te refieres?

—Soy tu hermana pequeña, y conozco todas tus caras. La del coche cuando he mencionado a James era en plan: "luego hablamos de ese bombón".

—¿Te parece un bombón?

—¿A ti no? —Abrió mucho los ojos.

—Reconozco que es guapo.

—Muy.

—Muy guapo —volteé los ojos—. Y no sé por qué, pero me atrae.

—¿Por qué va a ser, alma cándida? Porque te gusta. ¿Sientes mariposas en el estómago?

—No, no las siento. Lo que noto es una descarga eléctrica cada vez que nos estrechamos la mano.

—Y te la besa.

—También. Y cuando me mira con esos ojos…

—Deberías salir con él.

—No.

—Obvio que sí. Ese hombre te mira y te desnuda, y apostaría el dinero para la universidad de mi futuro hijo, que está deseando empotrarte contra la pared.

—Por Dios, Inés —me empecé a reír de tal modo, que ella me siguió poco después y acabamos las dos con dolor de barriga.

No sabía que hubiera echado tanto de menos nuestras noches de chicas, pero

así había sido.

Ella era mucho más tímida que yo, pero conmigo tenía la confianza de poder hablar de ese modo.

—Hablemos de David —dije dando un sorbo a mi copa de agua.

—¿Qué ocurre con él?

—Quiero que deje de ser el hombre duro y asqueado con el amor y el compromiso en el que se convirtió, después de que aquella mujer lo rechazara cuando le propuso matrimonio.

—Eso lo dejó marcado, Iris.

—Lo sé, y fue porque es un hombre de palabra y me prometió que siempre estaría para nosotros. Me gustaría tanto que encontrara una mujer que compartiera ese amor por la familia que él siente.

—¿Estamos ante una especie de misión? —Entrecerró los ojos.

—Sí, una súper secreta de la que él no puede saber nada.

—Vale, tengo algunas compañeras en el colegio, además de la enfermera de la clínica. Quizás haya alguna que encaje con él.

—Perfecto —sonreí.

—¿Y qué se supone que vamos a hacer? ¿Organizarle citas a ciegas?

—Pues sí, justo eso.

—Nos va a odiar por el resto de nuestras vidas.

—Nah, nos quiere demasiado para eso —le quité importancia con la mano y ambas sonreímos a sabiendas de que David se enfadaría un poquito por esas pequeñas encerronas.

Carlo nos trajo la pasta y mientras dábamos buena cuenta de ella, le conté lo de la cena que tenía con James al día siguiente. Sonrió del mismo modo que lo hizo cuando le hablé de Trevor, el que me robó el corazón durante un año mientras fingía estar completamente enamorado de mí.

Después de un mes juntos y de haberle conocido, dijo que podríamos estar ante el hombre de mi vida, aparte de Nico, por supuesto, cuánto nos equivocamos las dos por aquel entonces.

—¿Y qué vas a hacer? Porque ese hombre se marcó un Romeo Santos en toda regla —sonrió después de que le contara la invitación a meterme en su cama.

—¿Qué dices de Romeo Santos, enana? —reí.

—Ya sabes, por su canción, *Propuesta indecente* —sonrió—. O sea, no le importa que estés prometida ni quién es tu prometido, te invita a cenar y a una copa, y lo que surja después.

—Pues se quedará con las ganas.

—¿Él, o tú? Porque yo creo que te apetece probar esa fruta prohibida.

—Qué soy ahora, ¿Eva en el Paraíso?

—Qué buen título para una peli —rio.

—Inés, que esto es serio.

—Estoy hablando en serio, Iris. Ese hombre te gusta, tú le gustas.

—Creo que es más atracción física —aclaré.

—¿Qué se supone que sentiste con esos hombres desconocidos la primera vez que los viste, para que ahora seáis amigos de cama?

—Me atrajeron.

—Ahí tienes tu respuesta. Puedes acostarte con James Benson si te atrae. ¿O tienes que pedirle permiso a alguien?

—Por supuesto que no, pero ese hombre sabe que solo hago eso cuando voy con David.

—Pues pídele a tu supuesto prometido que te lleve al restaurante donde vais a cenar, ya tienes la solución.

—¿Seguro que estás bebiendo agua? ¿No llevas una de esas petacas de plata con alcohol en el bolso?

—Sí, me la estoy bebiendo a escondidas —volteó los ojos—. Iris, ¿qué hay de malo en que te apetezca acostarte con un tío en su casa, y no en uno de esos eventos donde vais con máscaras y tenéis que dar una contraseña en la puerta para entrar? ¿Te has parado a pensar que ahí fuera, en la calle, puede estar el hombre que quiera convertirte en el centro de su mundo? No puedes pedirme que tratemos de encontrar el alma gemela de nuestro querido David, si ni siquiera tú misma te planteas encontrar la tuya.

Sabía que tenía razón y no iba a llevarle la contraria en ese asunto, pero después de los dos fiascos, no quería pasar por otro. Llevaba quince años centrada en mi hijo, tan solo me permití una vez dejar que alguien entrara en nuestras vidas y fue la peor de las decisiones.

No quería que mi hijo tuviera que ver pasar a un hombre tras otro por mi vida, por eso ir con David a esos eventos donde todo el mundo buscaba lo mismo, era la mejor opción para permitirme disfrutar de un poco de buen sexo sin ataduras.

¿Estaría en la calle ese hombre que quisiera convertirme en la reina de su mundo tal como decía mi hermana? Podría ser, pero no estaba preparada aún para descubrirlo.

Terminamos de cenar y fuimos caminando hacia el bar donde la música nos hizo dejarnos llevar como habíamos hecho en otras ocasiones. A golpe de cadera y parando para tomar un cóctel sin alcohol de vez en cuando, pasamos las siguientes dos horas.

Llamé a Jack para que nos recogiera y llevamos a Inés a casa. Zack salió a la puerta en cuanto escuchó el coche y sonrió al vernos.

—Aquí traigo a tu esposa, querido cuñado, sana y salva.

—Ya lo veo —le dio un beso en los labios y la miró de ese modo tan suyo.

Mi hermana cerró los ojos, acomodándose en su pecho, y suspiro. Les di las buenas noches y mientras Jack me llevaba de vuelta a casa me di cuenta de que la mirada de mi cuñado representaba las palabras de mi hermana. Ella para Zack era la reina de su mundo.

Aparte del de mis padres, no había conocido un amor tan verdadero y tan puro

como el de ellos.

Una vez pensé que yo lo tenía, pero nos dejó a mi pequeño Nico y a mí.

Capítulo 18



Sábado, y solo faltaban quince minutos para que James me recogiera en casa.

Estaba vestida y lista para irme, y lo habría hecho de no ser porque se empeñó en pasar por mi casa en vez de quedar directamente en el restaurante.

No quería acudir a esa especie de cita vistiendo muy formal ni en plan ejecutiva, por lo que acabé decantándome por un vestido negro entallado a la cintura, con falda de vuelo y a la altura de las rodillas, acompañado de unos zapatos de tacón y el bolso de mano del mismo color.

—Mamá, ¿puede venir Caroline a cenar y ver una peli? —preguntó Nico asomándose por la puerta de mi habitación.

Sonreí antes de girarme. Caroline era una de sus compañeras de clase, se llevaban muy bien desde que tenían cinco años y sus padres se acababan de divorciar hacía seis meses. La niña se pasaba los fines de semana yendo de una casa a otra, vivía con su madre y su padre se mudó a un apartamento en el distrito de *Union Square*, cerca de su trabajo.

—¿No le tocaba este fin de semana con su padre?

—Sí, pero ha tenido que salir de viaje por trabajo y no podía llevarla.

—¿Su madre la deja?

—Bueno, ella… —Se pasó la mano por el pelo, nervioso.

—¿Qué pasa, Nico?

—Se ha ido a Boston con su nuevo novio, a una boda.

—¿Caroline se ha quedado sola?

—Sí.

—Voy a llamar a su padre —dije sacando el móvil del bolso. Un tono, dos, tres, cuatro…

—¿Iris? —respondió al fin.

—Hola, Jeff, ¿cómo estás?

—Camino de una cena de trabajo en Georgia. ¿Ocurre algo?

—Verás, Nico me ha preguntado si podía cenar Caroline con él, y como sé que este es el fin de semana que le toca contigo…

—Sí, pero tuve que salir anoche para Georgia.

—Lo sé, es que, tu exmujer se ha ido a Boston.

—¿Cómo? ¿Caroline se ha quedado sola?

—Eso parece. Mira, no quiero llamarla a ella, sabes que no le caigo especialmente bien. ¿Estarías de acuerdo si traigo a Caroline a pasar el fin de semana a mi casa? Hoy tengo una cena, pero sabes que Brenda es como una abuela para Nico.

—Te estaría muy agradecido si mi hija se queda en tu casa. No es la primera vez que Caroline se queda sola. No sé en qué piensa su madre, la verdad.

—Bueno, estate tranquilo, enviaré a Nico y a Jack a recogerla.

—Perfecto, mañana por la tarde pasaré a buscarla. Muchas gracias Iris.

Corté la llamada, miré a mi hijo y le dije que llamara a Caroline para que preparara una mochila con ropa, se quedaría en casa el fin de semana. Acto seguido llamé a Jack para pedirle que pasara a buscar a Nico y fueran por la niña, y cuando colgué vi que tenía un mensaje de James avisando que estaba en la calle.

Fui hacia la puerta y cuando la abrí, lo encontré allí parado a punto de llamar al timbre.

—Ya estoy, lo siento por la espera, es que…

—Estás preciosa esta noche, Iris —sonrió el muy descarado al tiempo que se inclinaba, con una mano en el bolsillo y apoyando la otra en mi cintura, para besarme en la mejilla.

—¡Hola James! —lo saludó Nico detrás de mí— ¿Vas a llevar a cenar a mi madre?

—Así es.

—Pensé que ibas con el tío David —mi hijo frunció el ceño.

—¿No te había dicho que salía con James? Lo siento, cariño, se me pasaría.

No, no se me había pasado, es que no sabía cómo decírselo. Nico sonrió y me dio un beso en la mejilla antes de volver a hablar.

—Pásalo bien mamá. James, haz que mi madre disfrute, que lleva toda la semana estresada con el trabajo.

—Tranquilo, haré todo lo que esté en mi mano para que se relaje unas horas —contestó mientras llevaba la mano a la parte baja de mi espalda.

De nuevo esa corriente eléctrica por todo mi cuerpo ante ese simple contacto. ¿Y por qué me parecía que en su voz había promesas sucias y pecaminosas que solo yo podía distinguir? Lo miré por el rabillo del ojo y ahí estaba su sonrisa. Maldita sea, tenía planes pecaminosos conmigo.

—Brenda, cualquier cosa que pase con los chicos, me llamas —le pedí cuando salió a despedirme.

—Tú vete tranquila que, con Nico y Caroline, yo me las sé arreglar sola —sonrió ella.

—Vale, bueno, entonces… Adiós.

James me llevó hasta su coche con la mano en mi espalda, lo que hizo que me pusiera aún más nerviosa porque Nico lo estaba viendo. Se trataba de un

simple gesto de cortesía, pero no a mis ojos, y no quería que mi hijo pensara lo que no debía.

Me senté, James cerró la puerta y caminó hasta su asiento con esa seguridad que desprendía en cada paso que daba.

En cuanto se sentó, me pareció que el interior del coche se volvía ligeramente más pequeño que de costumbre.

—¿Por qué no quisiste que nos encontráramos en el restaurante? Sabes que tengo chófer.

—Lo sé, pero esta noche te quiero toda para mí —hizo un guiño y tras poner el coche en marcha, salió de la urbanización en dirección a donde fuera que íbamos a cenar.

Una melodía de lo más relajante resonaba por los altavoces, y conseguí calmar un poco esos nervios que arrastraba desde por la mañana, esos que habían sido aún más intensos según se acercaba el momento.

Llegamos hasta un precioso restaurante en la costa. Cuando entramos y la camarera nos llevó a nuestra mesa, me enamoré de inmediato de las vistas que ofrecía la terraza acristalada en la que nos habían acomodado.

El sitio era de lo más elegante, con paredes blancas, cuadros y fotografías en blanco y negro, mantelería granate y mobiliario negro.

—Esto es precioso —dije cuando nos quedamos solos, esperando que nos sirvieran el vino.

—Es mi restaurante favorito. Bueno, en realidad era el de mis padres, pero se convirtió en el mío también.

—¿Era?

—Mi padre falleció hace veinte años, era abogado, tenía cuarenta y cinco años, le dio un infarto.

—Vaya, lo siento mucho.

—Suelo traer aquí a mi madre en la fecha que la que celebrarían su aniversario.

—Qué bonito —sonreí—. ¿Cuántos años tiene tu madre?

—Sesenta.

—¿Trabaja?

—Lleva quince años dedicándose en cuerpo y alma a dirigir una asociación para madres solteras. Muchas jóvenes consiguen un futuro gracias a las personas que las ayudan.

—Vaya, eso es… —No sabía qué palabra describiría mejor a la madre de James— Debe ser una gran mujer.

—Lo es —sonrió—. Le gustaría conocerte, seguro que le caerías bien. Eres una de esas madres solteras que luchan por sacar a sus hijos adelante.

—No es fácil, pero tampoco imposible.

—Lo sé. Bueno, dejemos de hablar de mi madre. ¿Cuánto tiempo estuvo Nico eufórico por haber conocido al equipo?

—Dudo mucho que se le haya pasado ya, o que se le pase pronto —sonreí.

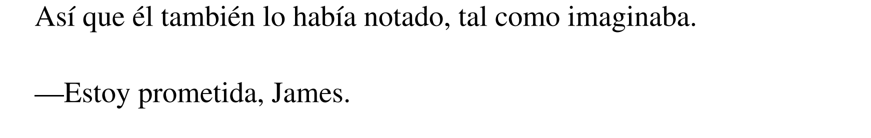
La camarera llegó con la botella de vino, sirvió nuestras copas y se marchó dejándonos unos minutos para decidir qué tomaríamos.
Yo acabé decantándome por una ensalada y carne asada. James eligió lo mismo.

Me preguntó cómo me había ido el viernes en el trabajo, charlamos de sus reuniones y dijo que estaba a punto de convertirse en el representante de un jugador que quería fichar por su equipo, y así se nos fueron casi dos horas.

—¿Has pensado en mi segundo pago? —preguntó con esa pícara sonrisa de medio lado mientras me llevaba un trozo de aquella deliciosa tarta de queso a la boca.

—Podría aceptar una segunda cena, pero nada más —dije.

—Habrá otras cenas, te lo aseguro, pero los dos sabemos que entre nosotros saltan chispas. ¿O debo recordarte que cada vez que te toco, se produce una pequeña descarga eléctrica?



Así que él también lo había notado, tal como imaginaba.

—Estoy prometida, James.

—Finjamos que no lo estás —propuso cogiéndome la mano por encima de la mesa—. Imagina que eres una mujer soltera conociendo a un hombre soltero que muestra interés, y mucho, en ti.

—¿Qué estás proponiendo exactamente?

—Vamos a tomar una copa, y ya veremos hacia dónde nos lleva la noche.

Me miraba fijamente y no pude decirle que no porque me gustaba James, y mucho.

Asentí, sonrió, dejó dinero en la mesa para pagar la cuenta y sin soltarme la mano, se puso en pie haciendo que lo siguiera. Entrelazó nuestros dedos y salimos a la calle, donde el oscuro cielo nocturno nos dio la bienvenida.

Caminamos hasta el coche, me abrió la puerta y antes de que me sentara, me atrajo hacia él de tal modo que pude sentir cómo su aroma me envolvía.

Nos quedamos mirándonos fijamente sin decir nada, sin hacer nada, hasta que pasó el dorso de su mano libre por mi mejilla en una lenta caricia que fue bajando después hasta el brazo.

Sonrió en cuanto fue consciente de que se me erizaba la piel con su contacto, lo que no hacía más que afianzar sus palabras sobre que ambos queríamos lo mismo. Nos deseábamos.

Subí al coche, cerró la puerta y solté el aire que había estado conteniendo en los pulmones durante esos tortuosos segundos.

Ese hombre era un peligro para mí, me hacía pensar y desear cosas que hacía tiempo no me permitía querer.

Puso el coche en marcha y nos llevó por la costa hacia una de aquellas calles donde aparcó y acabamos entrando en uno de los pubs más exclusivos de San Francisco. La gente esperaba en la puerta haciendo fila para poder entrar, mientras que nosotros, con un simple saludo al portero, entramos como si fuéramos un par de actores de Hollywood.

En el interior la música sonaba a todo volumen, las luces centelleaban por cada rincón, y la gente iba y venía de un lado a otro, bebiendo, charlando y riendo. Casi todas las mesas que había esparcidas por las paredes del pub estaban ocupadas, así como las dos barras, una en cada extremo.

James caminó llevándome de la mano con él hasta una de ellas donde vio un hueco libre.

—¿Qué tomas, preciosa? —preguntó.

—Un mojito.

Pidió mi mojito y un ron para él, me pasó el brazo por la cintura acomodándome cerca de su costado, y cuando nos sirvieron las bebidas levantó su vaso a modo de brindis.

—Por los comienzos —sonreí ante sus palabras, esas que podrían interpretarse de muchas formas.

Bebimos y mientras Maluma cantaba, noté que James comenzaba a mecernos de un lado a otro.

“Vamos a divertirnos que esta noche es pa’ pasarla bien…”

—¿Estás bailando? —pregunté mirándolo por encima del hombro.

—Estamos, preciosa —sonrió y se inclinó, posando sus labios en la comisura de los míos.

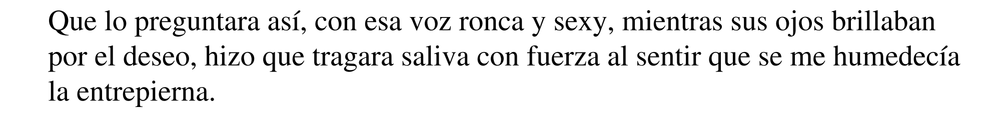
—James, sigo estando prometida.

—No veo el anillo en tus manos. Si fueras mi prometida, llevarías uno.

—Ya te dije por qué no lo llevo.

Di un sorbo a mi bebida y me la quitó para dejarla en la barra.

—Finge que no eres de otro, Iris —me pidió haciéndome girar, mirándome fijamente a los ojos mientras me acariciaba el labio inferior con el pulgar—. ¿Qué pasaría si te besara ahora como llevo deseando desde el jueves?


Que lo preguntara así, con esa voz ronca y sexy, mientras sus ojos brillaban por el deseo, hizo que tragara saliva con fuerza al sentir que se me humedecía la entrepierna.

—No puedes hacer eso, estoy…

—No, esta noche no estás prometida. Esta noche estás conmigo. Esta noche eres toda para mí.

Se inclinó y posó sus cálidos y sensuales labios sobre los míos. Primero fue un beso suave, apenas un roce, y después llevó su lengua al interior de mi boca en busca de la mía. No le impedí encontrarla, se la ofrecí y el muy descarado sonrió mientras me besaba pegándome más a su cuerpo.

“Hagamos el amor y deja atrás esa inocencia, vivamos la aventura…”

—¿Serás mía esta noche, preciosa?

Capítulo 19



Cuando acepté ir a su casa supuse que sería un ático en alguno de los barrios más lujosos e importantes de la ciudad, y resultó que no, que James Benson vivía en una preciosa casa a las afueras, con vistas a la costa, al mar y al *Golden Gate*.

Aparcó en el garaje donde tenía otros tres coches, y accedimos al interior de la vivienda por una puerta lateral.

Me hizo un recorrido rápido, empezando por aquel recibidor donde las paredes blancas contrastaban a la perfección con el mármol gris del suelo. Los muebles eran de madera oscura, y decoraban la estancia algunos cuadros y esculturas.

Caminamos por el pasillo hacia el amplio salón, toda la casa tenía paredes y suelos iguales, así como muebles de madera oscura con aire de lo más moderno. Una chimenea al fondo hacía las delicias de aquel lugar, de la que me enamoré de inmediato.

La cocina era de ensueño, de verdad que sí. Los muebles negros brillantes combinaban perfectamente con las paredes y el suelo, así como con todos esos electrodomésticos modernos. En el centro había una isla en la que además de cocinar, se podía desayunar o tomar cualquier otra comida.

Accedimos al jardín por el salón, tenía un amplio porche acristalado donde había una mesa con seis sillas donde dijo que le gustaba tomar el desayuno, sobre todo los fines de semana que era cuando podía disfrutar de la casa.
La piscina era una maravilla, y tenía varias tumbonas de gran tamaño donde podía imaginarme tomando el sol.

Desde allí se veía el mar y un pequeño terreno de playa que, para mi sorpresa,

resultó que él podía usar porque era privada y pertenecía a la propiedad cuando compró la casa.

Regresamos dentro y fue mostrándome cada cuarto que había en el pasillo. Su despacho, en el que no faltaba detalle. Escritorio, dos paredes llenas de estanterías y libros, un sofá en el centro con una mesa y un mueble bar.

Seguimos por el cuarto de la colada y de la plancha, tres habitaciones de invitados, la de Rosita, que era la mujer que se encargaba de la casa, un gimnasio de lo más completo y finalmente, su dormitorio.

Su aroma estaba en aquella estancia, y al mirar la cama me pregunté cómo sería despertar con él allí a la mañana siguiente.

—¿Quieres una copa de vino? —preguntó entrelazando de nuevo nuestras manos.

—Claro —sonreí y caminamos de vuelta por el pasillo hacia la cocina, donde me senté en uno de los taburetes y lo vi desenvolverse la mar de bien por allí.

Sacó una botella de vino blanco que tenía abierta y sirvió un par de copas. Mientras daba el primer sorbo me preguntaba dónde estaría ese cuarto de juegos del que tanto él, como David me habían hablado.

—¿En qué piensas? —curioseó sentándose a mi lado, dejó la copa en la isla y me colocó un mechón de pelo tras la oreja acariciándome después la mejilla.

—¿Dijiste que tenías un cuarto de juegos?

—Así es —sonrió con picardía—. ¿Tienes curiosidad, preciosa?

—Pensé que era mentira, hasta que David me confirmó que lo había visto.

—Cierto —cogió su copa y le dio un buen sorbo—. En alguna ocasión ha venido a mi casa. ¿Has hablado con él sobre esto?

—Le dije que cenaríamos juntos, y que hiciste algunas propuestas… curiosas.

—Curiosas —rio—, bonita forma de decirlo. ¿Qué dijo al respecto?

—Que no mentías sobre lo de que tienes un cuarto de juegos.

—¿Y de que te acuestes conmigo? —Cogió el taburete en el que estaba sentada y lo acercó más a él, no tardé en notar las yemas de sus dedos en el muslo, acariciándolo despacio.

—Puede que no hablara de ese tema con él —desvié la mirada y di un sorbo a mi copa.

—Mientes. ¿Qué te dijo?

—Soy su prometida, solo hago eso cuando vamos juntos. Y él lo sabe.

—¿Alguna vez te has permitido romper las reglas, Iris? —interrogó mientras su mano ascendía lentamente por la piel de mi muslo que se erizaba, muy a mi pesar— Eres una mujer increíble que vive por y para su trabajo, su hijo y la familia, esto último incluye a tu prometido. Entiendo que sois una pareja abierta, que, como dijiste, ya tendréis tiempo de ser solo el uno del otro y por eso estáis con otras personas antes de casaros. ¿Qué hay de malo en que esta noche yo sea esa persona? —Sin que me diera cuenta su mano había llegado al final del muslo, y se encontraba en ese momento jugueteando con el pulgar en el interior.

Tragué con fuerza mientras el sentido común se iba al garete. Nunca, desde Trevor, había estado con un hombre de ese modo tan íntimo, solo me acostaba con ellos en esos encuentros clandestinos. Pero con James se sentía tan diferente todo.

Y por Dios que deseaba a ese hombre como no pensé que fuera posible. Y el beso que me dio en el pub, el modo en que me miraba.

—No soy de las que obedece en el sexo —le recordé.

—Puedo amoldarme a la situación esta noche, quién sabe, quizás me guste eso de llamarte señora —hizo un guiño y joder, entre el tono de voz que empleó y ese guiño, sentí que mi entrepierna volvía a humedecerse.

¿Cómo sería tener a ese hombre a mi merced? ¿Sería complaciente? ¿Acataría mis peticiones sin protestas, sin réplicas? ¿Y si probaba tan solo una vez…?

—Dime que será solo esta noche, James —le pedí—. Que no habrá más peticiones al respecto. Por eso David y yo tenemos otras parejas de juegos en esos lugares, porque nos aseguramos que nadie quiere ir más allá de un poco de sexo.

—Iris —se inclinó y llevó la mano libre a mi nuca, enredando los dedos en mi cabello, haciendo que dejara caer ligeramente la cabeza hacia atrás y me miró fijamente—. Deja que todo fluya esta noche, y ya veremos hacia dónde nos lleva. Tú solo déjate llevar, preciosa —susurró, y acortó la distancia que había entre nuestros labios.

Se apoderó de ellos en un beso tan salvaje y pasional, tan dominante, que comprobé que una noche con ese hombre sería como iniciar una guerra entre dos líderes que buscan el control del lugar.

Gemí en su boca cuando noté que se adentraba con el pulgar entre la tela de mis braguitas y comenzaba a jugar con el clítoris. Dios mío, podía sentir el modo en que se llevaba mi humedad en cada fricción.

—Joder, Iris, estás mojada y apenas te he tocado —dijo mirándome con ese fuego en sus ojos grises—. Acepta, mujer, deja que te muestre el auténtico placer que puede ofrecerte un hombre como yo.

Me mordí el labio, sopesé durante unos segundos las opciones y, a esas alturas, apenas habiéndome tocado, pero besándome como lo hacía y empleando ese tono de voz, por Dios que quería saber si me llevaría a alcanzar el cielo nocturno de San Francisco esa noche.

—Iris —dijo mi nombre con tal sensualidad y autoridad, que me estremecí.

—Muéstrame tu cuarto de juegos, James —le pedí finalmente, con seguridad y sin miedo.

Había estado en muchas habitaciones donde las fantasías más íntimas de cada persona podían hacerse realidad, ¿qué tenía de malo entrar en el cuarto de juegos personal de ese hombre?

James me besó, más dulcemente esa vez, y tras retirar la mano de mi sexo, haciendo que notara el frío del abandono durante unos segundos, entrelazó nuestras manos. Nos levantamos y dejamos la cocina atrás, caminamos por el pasillo que llevaba a las habitaciones y cuando llegamos al final, fruncí el ceño al pararnos delante del gran espejo que había allí.

—No hay más puertas —dije lo evidente, pero él sonrió de medio lado y con esa picardía de quien sabe dónde se oculta su lugar secreto.

Como si de una de esas bibliotecas de las películas se tratara, donde hay un objeto concreto del que tirar y te llevas la sorpresa de que se abre una puerta, James tocó en un lateral del espejo y este comenzó a abrirse hacia el interior.

Las luces de la estancia fueron encendiéndose poco a poco, eran tenues y dejaban a la vista todo lo que albergaba aquel lugar.

Ni siquiera habíamos entrado, seguíamos parados en el umbral, pero pude ver todo lo que había allí.

Entre aquellas paredes rojas, suelos y muebles negros, se encontraba una gran cama en el centro con postes de madera en cada esquina, un sofá tántrico, un potro, un columpio colgando del techo, una cruz en un lateral que estaba iluminada en su parte trasera, varios armarios y cajoneras y, en otro lateral, un surtido de látigos y fustas.

—Ya lo has visto, preciosa —dijo dándome un leve apretón en la mano—. Ahora qué me dices, ¿aceptas el juego?

Miré a James y sus ojos me observaban con atención, con esperanza. Él quería que entrara allí, que rompiera las reglas y aceptara el juego.

Eché un vistazo de nuevo al cuarto y tras tanto tiempo entrando en habitaciones similares, tuve el presentimiento de que ahí me sentiría cómoda, y de que con James podría ser yo misma, así que…

—Acepto el juego —respondí sin apartar la vista de aquel cuarto.

Capítulo 20



Cruzamos el umbral y el espejo comenzó a cerrarse cuando James tocó un botón que había en la pared.

Al mirar hacia atrás comprobé que el espejo era como esos de las comisarías, podía verse a través de él lo que ocurría en el pasillo.

No tardó en colocarse a mi espalda y deslizó la yema de los dedos por mis brazos desnudos.

—Siento curiosidad por saber qué haces con tus compañeros de juegos —susurró dejando un beso en mi cuello.

—Supongo que lo mismo que tú.

—A mis sumisas les pido que se desnuden, se arrodillen, me masturben y me acojan en su boca. Después las llevo a la cruz, las inmovilizo y tras colocarles unas pinzas en los pezones, comienzo a jugar con un vibrador, se lo paso por todo el cuerpo, entre sus nalgas y acabo sobre su húmedo y excitado coño hasta que tiemblan deseosas por correrse, y las follo con él hasta que gritan para mí —cada una de sus palabras, susurrada con ese tono ronco, sensual y dominante, me encendían haciéndome estremecer y querer experimentar aquello—. Luego las llevo al potro, ato sus manos, les separo las piernas y juego con la fusta o el látigo, volviendo a llevarlas al límite. Ahí me las follo sin piedad y se corren sobre mi polla —Dios mío, ¿cómo podía ser que me excitara con ese lenguaje tan sucio y pecaminoso que empleaba? —. ¿Ves el columpio? —asentí— Ahí vuelvo a follármelas, fuerte y rápido, duro, mientras sus gritos son amortiguados por la mordaza que llevan. Verlas ahí, inmovilizadas, abiertas para mí, a mi merced, es sublime. ¿Sabes cuántas veces te he imaginado ahí suspendida, preciosa? —Hasta yo podía imaginarme en ese momento mientras me follaba duro, por el amor de Dios—

Cuando les quito la mordaza, vuelvo a hacerlas sentir el grosor de mi miembro mientras lo cubren con sus labios —pasó el pulgar por los míos y juraría que se me escapó un gemido—. Por último, las llevo a la cama, pero no las recuesto en ella, sino que las dejo en el suelo, ato sus manos al poste y una vez elevo sus caderas, vuelvo a enterrarme en ellas hasta lo más hondo, haciendo que se corran a gritos.

Joder, quería que me hiciera todo eso. Pero yo era quien hacía las peticiones cuando estaba con un hombre, no podía dejar que esa noche él tuviera el control, era yo quien lo tenía siempre.

—Dime, preciosa, ¿es eso lo que haces con ellos? —Me acarició el cuello con la punta de la nariz y la descarga eléctrica que sentí me recorrió de pies a cabeza.

—No. Yo pido lo que quiero que me hagan, y ellos, simplemente lo hacen.

—¿Qué les pides? Tal vez pueda dejarte al mando por esta vez —retiró mi pelo hacia atrás y comenzó a besarme el cuello, me lo ponía difícil para concentrarme.

—Lo primero —carraspeé—. Lo primero que les pido es que me desnuden y me den placer con las manos y la lengua.

—Estoy deseando saborear tu esencia —susurró y noté que empezaba a desabrocharme la cremallera del vestido, ese que no tardó en caer hecho un montón de tela arrugada alrededor de mis pies, me quedé solo con la ropa interior y los tacones—. Sigue, quiero saberlo todo.

—A veces me corro, otras no y simplemente espero para hacerlo en la mesa donde me inmovilizan para usar vibradores.

—Aquí no hay mesa, será en el potro —desabrochó el sujetador y me quitó—. Continúa.

—Después de la mesa, les pido que se desnuden y algunas veces soy yo quien los inmoviliza en la cruz, los masturbo, les provoco, los llevo al límite. En la cama les inmovilizo las manos, no pueden tocarme, solo dejarse hacer.

—¿Y qué les haces? —preguntó pegándose tanto a mi espalda, que bajo la tela de sus pantalones pude notar la prominente erección que tenía—. Masturbarles, lamerles, y acabo siendo yo quien se los folla.

—Me has puesto cachondo, preciosa, y creo que, por esta noche, tú tienes el control. Quiero ver de lo que eres capaz —dejó un beso en mi hombro y noté sus dedos cogiendo la tela de mi braguita, un tanga de encaje negro que no tardó en bajar y quitar tras hacer que levantara ambos pies.

Llevó sus manos en una lenta caricia por mis piernas, ascendiendo mientras me estremecía sabiendo lo que iba a ocurrir después. James me acarició ambas nalgas, las besó y tras separar ligeramente mis piernas, noté la punta de su lengua deslizándose por la fina línea entre las nalgas y gemí.

Lamió mi sexo a conciencia, llevando en cada pasada de su lengua la humedad que había sido provocada por esa excitación a la que me había llevado, con cada palabra, con cada una de las imágenes que se formaban en mi mente, gemí y dejé caer la cabeza hacia atrás cuando añadió el dedo con el que me penetró despacio al principio, más fuerte después.

Notó que estaba cerca cuando los músculos internos de mi vagina se contrajeron apretando su dedo una y otra vez. Y me corrí, en su boca y en su mano, mientras él seguía follándome con la lengua y el dedo sosteniéndome con la mano libre sobre el vientre.

Aquel primer orgasmo había sido increíble.

James se puso de pie, entrelazó nuestras manos y me llevó hasta el potro, donde me ayudó a subir dejándome sentada. Fue hacia uno de los cajones y sacó dos cuerdas largas. Me ayudó a acomodarme recostada en el potro y procedió a inmovilizarme las manos con una de las cuerdas, después hizo lo mismo con los tobillos.

—¿Están muy apretadas, señora? —preguntó, y que ese hombre dominante y poderoso me llamara así, con aquel tono ronco entregándome el poder, me hizo excitarme aún más. Me lamí, mordisqueé el labio, y negué.

James asintió y fue hacia otro cajón, donde sacó un vibrador más grande y otro más pequeño y fino, así como un bote de gel.

—¿Qué desea que le haga, señora?

—¿Para qué es el vibrador pequeño? —Fruncí el ceño.

—Es un vibrador anal —respondió con una leve sonrisa.

—Oh. Vaya, pues… Masajéame con el gel por todo el cuerpo.

—Sí, señora.

—Pero antes, desnúdate.

—Como desee, señora —volvió a sonreír, lo que me indicaba que el muy jodido se lo estaba pasando bien con eso de ser mi obediente compañero de juegos.

¿O sería que tenía algún tipo de petición en mente para hacerme pagar el hecho de que me cediera el control esa noche?

Dios, me estaba excitando más aún mientras imaginaba sus manos por mi cuerpo. Se desnudó rápido y cuando vi su miembro, juraría que mi propio sexo goteaba excitado y deseoso de que entrara allí para follarme.

James extendió el gel por mi vientre y mis pechos, y comenzó a masajearlo. Noté calor y supe que aquel pillín había jugado sucio. Ese gel sería mi perdición, estaba segura, y llegaría mucho antes a cada orgasmo por la sensibilidad que producía.

Deslizó las dos manos por mi sexo, cubriéndolo de gel, y comenzó a penetrarme con dos dedos. Gemí, arqueé la espalda y unos minutos después le pedí que usara el vibrador grande.

Lo pasó por mis pezones, sensibles y erectos, haciendo que me estremeciera y sintiera cómo comenzaba a formarse poco a poco el orgasmo en mi interior. Con la velocidad al máximo, llevó el vibrador sobre mi clítoris y grité hasta que me penetró con él, dejándolo dentro de mi cuerpo mientras lo notaba jugando con el vibrador anal en esa zona trasera en la que algunas veces había pedido que jugara Steve.

Tras aplicar un poco de gel en esa zona, y cubrir el vibrador, comenzó a introducirlo poco a poco.

Mis gemidos pasaron a ser gritos de puro placer cuando me sentí llena por ambas zonas. Las vibraciones y el modo en el que James manejaba los dos vibradores, penetrándome con ellos, junto con el efecto calor del gel, hicieron que me corriera en apenas unos minutos.

—Dios mío —murmuré. exhausta y excitada.

James me liberó las muñecas y los tobillos, los masajeó un poco y me ayudó a levantarme.

—Ve a la cruz, James —le pedí, asintió y fuimos hacia ella.

¿De verdad estaba pasando esto? ¿De verdad ese hombre dominante me había dado el control a mí? Tenía que estar soñando, porque eso solo había sido posible en todos y cada uno de los sueños húmedos que había tenido con él desde que lo conocí.

Lo hice colocarse de espaldas a la cruz, le inmovilicé las muñecas y separé sus piernas. Eché un vistazo al lateral donde estaban los látigos y las fustas y fui hacia allí. Sonreí al ver una fina vara con una pluma al final, así que me decanté por ella.

Caminé desnuda y en tacones hacia el hombre que tenía a mi merced, y comencé a deslizar la pluma por una de sus piernas.

James tenía un cuerpo impresionante, lleno de músculos por todas partes, definidos y trabajados sin ser como uno de esos culturistas que pueden dar un poquito de grima.

Me observaba con atención y cuando pasé la pluma por sus testículos y después por toda su longitud en una tortuosa caricia, lo vi apretar los dientes y sonreí.

«Ay, James, James, James… cómo iba a disfrutar teniéndote a mi merced», pensé.

Seguí acariciándole todo el cuerpo con la pluma hasta que acorté la distancia con la necesidad de besarlo. Posé los labios sobre los suyos, di un breve beso y comencé a acariciarlos con la punta de la lengua, para después profundizar en un beso aún más exigente.

Dejé caer la pluma al suelo y mientras pellizcaba uno de sus pezones con una mano, llevé la otra a su miembro erecto, lo envolví con ella y comencé a masturbarlo.

James gemía en mi boca y noté que tiraba de los grilletes con los que tenía inmovilizadas las muñecas. Quería tocarme, o llevar el control de mi mano

mientras la movía cada vez más y más rápido. Comenzó a mover las caderas al ritmo de mi mano y noté que palpitaba en ella.

—Tienes prohibido correrte hasta que yo te diga, James, o serás castigado —susurré mirándolo a los ojos.

Vi la sorpresa en ellos, así como el cambio en su gesto. Eso sí que no lo esperaba, pero era el precio a pagar por dejarme al mando, porque yo pudiera llevar el control de todo lo que ocurriera esa noche entre las cuatro paredes en las que estábamos.

—¿Te ha quedado claro, James?

—Sí —respondió entre dientes.

—Sí, ¿qué? —arqueé la ceja sonriendo, sintiéndome más poderosa que nunca porque el hombre con el que estaba jugado esa noche, era tan dominante o más que yo.

—Sí, señora.

—Veo que nos vamos a llevar bien —le di un breve beso en los labios y me arrodillé ante él.

Llevé mis labios hacia su erección, deslicé la lengua por ella muy lentamente varias veces, y cuando la acogí en mi boca James cerró los ojos soltando el aire. Le di una cachetada en el trasero y me miró sorprendido cuando me retiré.

—No cierres los ojos, James, mírame.

Asintió y volví a acogerlo en mi boca, llevándolo al límite de su resistencia. Se notaba que era un hombre acostumbrado a dominar, puesto que apretaba los puños y se esforzaba para no correrse y desobedecerme.

Cuando lo escuché gruñir y fui consciente de que no iba a poder aguantar más, me retiré y lo besé en profundidad a modo de recompensa.

—Muy bien, James, lo has hecho muy bien. Ese beso es mi recompensa.

Sonreí mientras le liberaba las muñecas y se quedó allí quieto esperando que le dijera qué hacer.

Lo llevé hasta la cama, donde volví a inmovilizarle las manos con los grilletes que colgaban de la pared, le pregunté dónde tenía los preservativos y tras cogerlo de uno de los cajones, se lo coloqué y me senté a horcajadas sobre él.

Me sentí empalada sobre él, dado el tamaño de su miembro. Comencé a moverme, de arriba abajo, de adelante atrás, más rápido y más salvaje a cada minuto que pasaba, y me corrí sobre su erección con una fuerza brutal.

James jadeaba, gemía y tiraba de los grilletes, y recordando sus palabras sentí la necesidad de que me follara duro.

Liberé sus muñecas, lo besé y sonreí mientras sostenía ambas mejillas en mis manos.

—Quiero que me folles duro, James, desde atrás, que me hagas correrme a gritos y que te corras conmigo.

—Sí, señora —sonrió con malicia, y no tardó en colocarme en la cama apoyada en las rodillas y las manos.

Se situó detrás de mí, entre mis piernas, me elevó las caderas y se enterró con fuerza hasta lo más hondo de mi ser.

Agarraba con fuerza mis caderas mientras me follada duro, más duro lo que nunca antes lo habían hecho, y mis gritos resonaban por aquel cuarto una y otra vez.

Se acercaba el orgasmo, el mío y el suyo, ambos lo sentimos, miré a James por encima del hombro y vi cómo aumentaba más el ritmo.

Estallé en chillidos llegando al clímax, y él conmigo.

Agotados nos dejamos caer en la cama para recuperar el aliento, y cuando al fin lo hicimos, James me cogió en brazos para sacarme de la cama.

—¿A dónde vamos? —pregunté con la cabeza apoyada en su hombro.

—A la ducha, y después, a dormir —me besó en la frente y cerré los ojos.

El resto de lo que ocurrió hasta que nos metimos en la cama lo viví como en un sueño.

—Esta noche has sido la dominante, preciosa, pero la próxima vez, seré yo quien haga y exija lo que quiero de ti —susurró antes de besarme.

—Vale —murmuré mientras me acomodaba en su duro y suave pecho.

¿Había soñado esas palabras? No estaba segura.

Capítulo 21



Desperté entre las sábanas de seda más suaves que jamás pensé sentir abrazando mi cuerpo desnudo.

Estaba bocabajo en la cama, con los brazos debajo de la almohada, y notaba la tela sobre la cintura, por lo que mi espalda estaba descubierta.

Parpadeé para acostumbrarme a la luz de los rayos del sol que entraban por la ventana, y sonreí al respirar el perfume de James.

Giré en su busca, pero no estaba allí, eché un vistazo al reloj que tenía en la mesita de noche y vi que eran las ocho de la mañana. ¿A qué hora me quedé dormida? No creía que hubiera dormido más de, qué, ¿cinco o seis horas?

Salí de la cama y no encontré mi ropa, recordé que se habrá quedado en el cuarto de juegos, así que busqué entre los cajones algo que ponerme para ir a buscarlo.

Cogí una camiseta y tras ponérmela y comprobar que me quedaba grande y larga, fui a buscar a James.

—Bien, nos reuniremos mañana con él —le escuché decir cuando entré en la cocina, donde estaba colocando bacon en un plato, usando únicamente un bóxer—. Tengo que dejarte, me entra otra llamada —colgó y no me dio tiempo a decir nada, puesto que se lanzó a por mí y tras cogerme en brazos, me besó—. Buenos días, preciosa.

—Buenos días.

—¿Has dormido bien?

—Sí, esas sábanas son muy suaves.

—Vamos a desayunar.

—No te importa que haya buscado en tus cajones, ¿verdad? Mi ropa se quedó en el cuarto.

—No, no me importa. Estás muy sexy con mi camiseta —hizo un guiño y nos sentamos en los taburetes de la isla.

Había dos tazas de café, zumo, tostadas, tortitas y huevos revueltos con bacon. Se me hizo la boca agua con toda esa comida y me puse un poco de cada en mi plato.

Le pregunté si él también trabajaba los domingos y se echó a reír, diciendo que no, que solo atendía alguna llamada importante, como esa.

Cuando acabamos de desayunar lo ayudé a recoger todo, me cogió de la mano y salimos al porche desde donde contemplé la playa.

—¿Te gustaría ir? —preguntó.

—¿Ahora? —Lo miré por encima del hombro.

—Es una hora perfecta. Yo suelo ir a darme un baño todas las mañanas.

—No tengo bikini.

—Tampoco te hace falta —sonrió de medio lado y se levantó llevándome en brazos.

En cuanto llegamos a la playa me quitó la camiseta haciendo que me sintiera más expuesta que nunca. ¿Acababa de dejarme desnuda en plena calle?

—James —protesté mientras me cubría los pechos.

—No te cubras, preciosa, aquí no puede verte nadie.

Nos adentramos en el agua y comenzó a besarme con tanta rudeza que comencé a excitarme poco a poco. Cuando sentí su miembro bajo mi sexo, y el modo en que empezaba a engrosarse y endurecerse para mí, gemí en su

boca.

James llevó la mano entre mis piernas y jugó con mi clítoris, pellizcándolo y deslizando el dedo entre mis húmedos pliegues hasta que comenzó a penetrarme con él.

Gemí estremeciéndome y acabé gritando presa del orgasmo.

Me sentí a atrevida y juguetona y llevé la mano por dentro de su bóxer, James pareció gruñir cuando notó mi mano envolviéndolo y salió del agua.

Su camiseta quedó abandonada allí, regresamos a la casa y me recostó en una de las tumbonas de la piscina, pero yo no quería eso. Allí no teníamos preservativos y no iba a tener sexo sin ellos.

Me levanté bajo su mirada curiosa y esa ceja arqueada que preguntaba en silencio qué iba a hacer, y sonreí. Le hice acomodarse en la tumbona, giré dándole la espalda y me coloqué sobre él, ofreciéndole mi sexo goteante con una pícara sonrisa.

—¿Qué quieres que haga, preciosa? —preguntó mientras me acariciaba las nalgas.

—Que me folles con tu lengua y me hagas correr en tu boca.

Sonrió, y se lanzó como un hambriento a mi sexo.

Gemí y acogí su erección en mi boca, lamiendo y succionando al ritmo que él marcaba. Comenzamos a mover las caderas al mismo tiempo y en apenas unos segundos noté que se formaba mi orgasmo.

Me corrí con fuerza, James hizo que me apartara y tras sentarme en la tumbona comenzó a masturbarse pidiéndome que me tocara para él. Volví a correrme al mismo tiempo que lo hacía James en su mano.

Aquello había sido excitante, muy excitante.

Entramos en la casa y mientras me daba una ducha él fue por mi ropa. Cuando salí del cuarto de baño la encontré en la cama, junto con mi bolso.
Estaba vistiéndome cuando empezó a sonar mi móvil.

—Buenos días, hermanita —saludé a Inés con una sonrisa.

—Iris —dijo mi nombre llorando y entré en pánico.

—¿Inés? ¿Qué pasa? ¿Estás bien? —temí que aquello fuera por un aborto espontáneo.

—Es Zack, Iris —seguía llorando—. Le ha arrollado un coche.

—¿Qué? ¿Dónde estás?

—En el hospital, acabamos de llegar.

—Voy para allá cariño, dime en qué hospital.

Cuando me lo dijo, me vestí todo lo rápido que pude y llamé a David mientras salía hacia el salón.

—¿Por qué me llamas tan temprano, pequeñaja?

—David, tienes que ir al hospital con Inés, yo tardaré un poco.

—¿Qué ha pasado? —escuché que se levantaba de la cama en ese momento.

—Es Zack, dice que le han arrollado, pero no sé más.

—Vale, voy hacia allí.

—Gracias.

—¿Iris? —miré a James cuando me llamó— ¿Qué pasa, preciosa? Estás temblando.

—Mi cuñado está en el hospital, tengo que pedir un taxi, yo…

—Vamos, te llevo.

—No, no, iré en taxi.

—Iris, voy a llevarte, ¿me oyes? —aseguró con ambas manos sobre mis hombros, y asentí.

Salimos de casa de James y en un tiempo récord estábamos entrando en el hospital.

Cuando vi a mi hermana en la sala de espera me quedé en shock. Tenía sangre en su ropa y a juzgar por las prendas, acababa de levantarse cuando ocurrió todo. Llevaba uno de sus pijamas.

—Inés —me acerqué a ella y se apartó de los brazos de David para correr a los míos.

—Iris —rompió a llorar con fuerza de nuevo y empezó a temblar.

—¿Qué ha pasado, cariño?

—Iba a por Donuts, me apetecían para desayunar. Cogió la moto, acababa de salir de casa cuando escuché el chirriar de unas ruedas, tras el frenazo, un golpe seco. Me asusté, salí a la calle y vi a Zack tendido en el suelo. El casco había salido volando. El conductor del coche dijo que no le había visto, llamó a la ambulancia y a la policía. No sé nada de él, y tengo miedo.

—Vale, tranquila, ¿sí? —le pedí acariciándole las mejillas— Los médicos harán su trabajo y dentro de nada veremos a Zack salir por esa puerta.

—Tenía sangre, no abría los ojos, no reaccionaba, Iris. No quiero perderlo, ahora no.

—No lo vas a perder, ¿me oyes?

Eché un vistazo a David y vi que estaba hablando con James. Por la cara de ambos, mi mejor amigo sabía algo que Inés no.

Nos sentamos a seguir esperando y tras un par de horas a base de café y nervios, salió una doctora para hablar con nosotros, al parecer era la cirujana de guardia que había operado a Zack.

—Tenía algunas hemorragias internas que hemos conseguido parar, una fractura en el brazo y otra en la pierna. La operación ha salido bien, pero…

—¿Pero? —preguntó Inés.

—Lo siento mucho, su marido ha entrado en coma.

Aquellas palabras fueron devastadoras para ella y para mí. Su cuerpo perdió fuerza y David tuvo que cogerla para que no acabara cayendo al suelo. El llanto desconsolado de mi hermana hizo que yo misma me echara a llorar como una niña.

James me estrechó entre sus brazos y me agarré a su camisa con fuerza, tirando de ella y preguntándome por qué la vida era tan injusta. ¿Qué habían hecho mi hermana y mi cuñado para que la peor de las desgracias les llegara en ese momento?

—Preciosa, tienes que calmarte —me pidió James con un susurro mientras acariciaba mi espalda—. Iris, tienes que ser fuerte por ella, eres su hermana mayor.

Sí, sabía que era mi deber como hermana mayor ser fuerte una vez más y cuidar de ella hasta que Zack volviera con nosotras, porque iba a volver, estaba segura.

Me aparté de James, sequé mis lágrimas, asentí y fui hacia mi hermana.

—Cariño, esto no es bueno para ti, tienes que estar tranquila, ya sabes que aquí —llevé una mano sobre su vientre— puede estar creciendo vuestro hijo.

—No lo creo, Iris. Ya no creo que sea así. Si estuviera embarazada, ¿por qué Dios me daría esa alegría si me pensaba sumir en la tristeza de perder a mi marido? —Lloraba sin consuelo y eso me mataba.

—No lo vas a perder, ¿me oyes? Ahora vamos a casa, tienes que cambiarte de ropa.

—No pienso moverme de aquí, voy a quedarme con mi marido hasta que despierte.

—Inés, por favor.

—¡He dicho qué no me voy! —gritó llorando aún más fuerte.

—Pequeñaja, llama a Jack y dile que lleve a Brenda a casa de Inés por algo de ropa, no se va a ir de aquí y lo sabes.

Sí, mi hermana era tan cabezota como yo. Llamé a Brenda y cuando le dije lo que había pasado, gritó de pena.

Una hora después llegaron Brenda, Jack y Nico, acompañados de Caroline. Cuando mi hijo vio a James sonrió y lo saludó. En cuanto nos vio a nosotras, abrió los brazos para acogernos entre ellos y me sentí la madre más orgullosa del mundo. Mi niño acababa de crecer una década de golpe.

—Va a salir de esta, tía —le dijo a mi hermana, mientras le daba un beso en la frente—. El tío Zack es fuerte, lo sabes.

Mi hermana asintió, pero no dejaba de llorar. Brenda se secaba las lágrimas con disimulo y Jack paseaba de un lado al otro.

Me mataba ver a mi cuñado con todos esos cables y máquinas, tan quieto y con los ojos cerrados. Pero mucho peor era el estado en el que se encontraba mi hermana, completamente ida sentada en el sofá.

Decidió que iba a quedarse allí y no se movería hasta que su marido despertara, por lo que Brenda se ofreció a quedarse con ella y cuidarla al menos durante el día, las noches iría a casa y prepararía comida para llevarle y asegurarse de que comiera.

—Iris —James me llamó cuando salíamos todos del hospital—. Mantenme al tanto, por favor. Y, si necesitas cualquiera cosa…

—Gracias, James —sonreí y me puse de puntillas para darle un beso en la mejilla.

David me abrazó antes de que Nico, Caroline y yo subiéramos al coche, Jack nos llevaba a casa.

Las posibilidades de que Zack despertara, eran casi las mismas de que no lo hiciera, pero no pensaba perder la esperanza, sabía que él no querría dejar sola a su mujer, no ahora.

Capítulo 22



Era jueves y Zack llevaba cuatro días en aquella cama de hospital, el mismo tiempo que mi hermana había permanecido a su lado esperando que abriera los ojos.

Podía hacerlo, por supuesto, pero si lo hacía podrían pasar semanas o incluso meses.

Esa mañana mi hermana tenía una cita con el ginecólogo, tenía que ir a la clínica para saber si los óvulos fecundados habían salido adelante, o no, así que después de vestirme y desayunar con Nico, le pedí a Jack que me llevara al hospital.

Estaba dormida sentada en el sillón y apoyada en la cama, sosteniendo la mano de su marido.

—Inés, despierta cariño —le dije en susurros, ella se movió y cuando me miró, la vi más delgada, con ojeras y los ojos rojos, se había vuelto a pasar la noche llorando—. Vamos, aséate y cámbiate de ropa que vamos a la clínica.

—No quiero, no me voy a mover de esta habitación y lo sabes.

—Hermanita, tenemos que ir a ver si mi sobrino está bien.

—No hay sobrino, olvídalo.

—Inés, te quiero con locura, pero eres una cabezota de cuidado. ¿Crees que esto es lo que Zack querría para ti? ¿Verte cada noche llorando a su lado y tan pálida que pareces Miércoles Adams? Ni siquiera comes y eso no es bueno para el bebé. Zack quería ir a esa cita contigo, él no puede, pero yo sí. Así

que, levanta el culo de ese sofá que ya tiene la forma como el de Homer Simpson, y vamos a sacarle la primera foto a mi sobrino.

—¿Y si despierta y no estoy aquí?

—Jack nos traerá rápido, no te preocupes.

—Vale.

Suspiró, se levantó y tras besar a su marido en los labios, fue al cuarto de baño para asearse y cambiarse de ropa.

—Cuñado, no la dejes sola, por favor —le pedí a Zack cogiéndole la mano.

Mi móvil empezó a sonar y vi que era James, durante esos cuatro días había llamado cada mañana para preguntar cómo seguían mi hermana y Zack.

—Buenos días —saludé.

—Te noto seria, preciosa. ¿Va todo bien?

—Estoy en el hospital, voy a llevar a mi hermana a la clínica.

—Es verdad, que hoy le dan el resultado —respondió, se lo había comentado el lunes haciendo un resumen y se acordaba—. ¿Quieres que te acompañe?

—No, esto tenemos que hacerlo solas. Debería ir Zack, pero… —Miré a mi cuñado y el sonido de los pitidos de las máquinas seguía siendo la única señal que indicaba que estaba vivo, dormido profundamente, pero vivo.

—Ya estoy —dijo mi hermana saliendo del baño.

—Tengo que dejarte, nos vamos ya.

—Ok. ¿Hablamos esta noche?

—Claro —sonreí.

—Adiós, Iris.

—Adiós, James.

Colgué y salí de la habitación con mi hermana. Una vez en el coche, se recostó en mi hombro y le acaricié la mano. Noté que se quedaba dormida y Jack preguntó si quería que diéramos una vuelta antes de llegar a la clínica. Asentí y nos perdimos por las calles de San Francisco durante media hora, al menos ese rato mi hermana pequeña había dormido un poco.

En cuanto entramos en la clínica la enfermera nos hizo esperar unos minutos, hasta que volvió a buscarnos y nos llevó hasta la consulta del ginecólogo.

—Inés, buenos días —dijo él cuando entró.

—Buenos días, Sam.

—¿Y Zack? ¿No ha podido acompañarte?

—Está en el hospital —respondió con la voz quebrada.

Me miró a mí y le hice un resumen de lo ocurrido, se lamentó y le cogió a Inés la mano a modo de consuelo.

—Recuéstate en la camilla, vamos a ver qué tal se han portado esos embriones —le pidió y ella lo hizo todo como un autómata.

Me quedé a su lado, la ayudé con la camiseta y una vez que Sam le extendió el gel y comenzó a pasar el ecógrafo por el vientre, sostuve la mano de mi hermana y ambas nos miramos. Le acaricié la mejilla y sonreí.

—Aquí tenemos algo —dijo Sam y ambas miramos a la pantalla.

Yo ver, no veía nada, salvo todo negro y líneas blancas. Entonces amplió la imagen y señaló algo en ella.

—Enhorabuena, Inés, estás embarazada. Uno de los embriones ha salido adelante —anunció aquel hombre con una amplia sonrisa.

Mi hermana comenzó a llorar, cubriéndose el rostro con ambas manos, y supe lo que pensaba. La abracé asegurándole que todo saldría bien y ahora teníamos que darle la noticia a su marido. Iba a ser papá y, ¿qué mejor motivo para que volviera a despertar?

Sam nos dio algunas pautas que tenía que seguir Inés, así como una tarjeta

con las citas y revisiones que vendrían desde ese momento. La primera, en un par de semanas para comprobar que todo estaba marchando bien.

Nos despedimos de él, regresamos al coche y ella volvió a llorar de nuevo. Jack preguntó con la mirada, asentí y cerró los ojos con un suspiro.

Sabía que todos manteníamos la esperanza de que mi cuñado despertara, pero también contábamos con que eso no llegara a pasar nunca.

En cuanto llegamos al hospital mi hermana comenzó a correr por los pasillos, yo la seguía casi sin aliento y cuando entró en la habitación, estalló.

—¡Tienes que despertar, Zack! —gritó señalándolo desde la puerta— No puedes dejarme, mi amor, ahora no —sollozó—. Cariño —le cogió la mano y se la besó—, vengo de la clínica.

Me sentía mal por estar allí, pero no quería dejarla sola en ese momento, así que me quedé apoyada en la puerta cruzada de brazos.

—Zack, nuestros presentimientos eran ciertos, estoy embarazada. Vamos a ser papás —le dijo mientras le cogía de la mano.

Y el silencio reinó en aquella habitación blanca de hospital, Inés se dejó caer sobre la cama y lloró más que nunca. Lo hacía de felicidad y angustia al mismo tiempo, lo sabía, la conocía muy bien.

—¿Zack? —lo llamó y me miró con los ojos muy abiertos.

—¿Qué pasa?

—Creo que me ha apretado la mano —dijo y volvió a mirarlo, me acerqué a la cama y miré sus manos unidas—. Mi amor, si puedes oírme, hazlo otra vez —le pidió llorando.

Y lo hizo. Zack pareció darle un leve apretón en la mano a mi hermana y unos segundos después las máquinas comenzaron a pitar.

—Iris, ¿qué pasa? ¿Por qué pitan?

—No lo sé, cariño.

—¡Rápido, a la habitación trescientos veintiocho! —escuché gritar a alguien

en el pasillo, esa era la habitación en la que estábamos.

La puerta se abrió y los médicos y enfermeras empezaron a entrar. Nos sacaron de allí y abracé a mi hermana temiendo lo peor.

Nos quedamos sentadas en el pasillo mientras esperábamos. Cogí el móvil y le mandé el mismo mensaje a David y a James.

Iris: *Creo que pronto tendremos que despedirnos de Zack.*

Diez minutos después salieron todos de la habitación, por la cara de los médicos, Zack se había ido.

—Doctor, ¿qué ha pasado? —preguntó Inés, y fue suficiente la mirada que me dedicó a mí, para que supiera que tenía que ir a sostenerla.

Lo hice, la rodeé con mis brazos por la cintura y, entonces…

—Lo lamento mucho, no hemos podido hacer nada. Zack ha fallecido.

Inés se desmayó, los enfermeros la llevaron a una habitación vacía que había al lado y yo me derrumbé.

Llorando fue como me encontraron David y James cuando llegaron. Me lancé a los brazos de mi mejor amigo y me consoló, o al menos lo intentó, como cuando perdí a mis padres.

—Está embarazada —le dije, y él tuvo la misma reacción que Jack.

Cuando mi hermana se despertó lo supe por el llanto desgarrador que salió de la habitación. Entré y la abracé.

—No puede dejarnos —dijo—. No puede. Ahora no, Iris. Esto era lo que los dos deseábamos.

—Lo sé, cariño, y lo siento. Lo siento tanto.

¿Cómo iba a poder consolarla si yo misma lloraba por la pena? Se quedaba sola con un bebé, igual que yo dieciséis años atrás, y no pensaba dejarla sola en ningún momento.

Entró en un estado de nervios tan fuerte que los médicos se plantearon

sedarla, les dije que lo hicieran y tuvieron cuidado con la dosis al saber que estaba embarazada.

—Pequeñaja —David me acunó entre sus brazos.

—Se ha ido después de saber que estaba embarazada —le dije—. Le había apretado la mano.

—Puede que eso era lo que quería, irse sabiendo que le dejaba a Inés una parte importante de él.

—Está destrozada —murmuré.

—No vamos a dejarla sola, ¿me oyes? Estamos aquí con ella, por y para ella —me aseguró.

Empezó a sonar su teléfono y me dio un beso en la frente antes de alejarse para hablar. Fue entonces cuando se acercó James.

—Lo siento, Iris —dijo con las manos en los bolsillos del pantalón, lo que me extrañaba porque no hizo por acercarse más y abrazarme, en ese momento necesitaba que él lo hiciera.

—¿Por qué tenía que pasar esto? —pregunté secándome las lágrimas y me abracé a mí misma— Dios le da la alegría de ser madre para quitarle a su marido. Eso es cruel.

—A veces el destino es así. Nos da algo que anhelábamos y nos quita otras cosas. No debería perder a su marido ahora que espera un bebé, pero ella es fuerte como tú y saldrá adelante.

James me miraba, de vez en cuando echaba un vistazo rápido a David por el rabillo del ojo, pero no me abrazaba.

—Tengo que irme, me esperan para firmar el contrato de mi nuevo representado con el equipo.

—Claro. Gracias por venir.

—¿Me avisarás cuando sea el entierro? —preguntó, acortando la distancia y me acarició la mejilla.


—Sí.

—Bien. Cuídate, Iris —se inclinó y me dio un beso en la frente.

Cuando se alejó de mí quise ir tras él y pedirle que me abrazara, pero no lo hice. Al ver el modo en que se despedía de David supe por qué había mantenido las distancias conmigo.

Se suponía que David era mi prometido, me había ido directa a él cuando los vi y James se sintió desplazado, fuera de lugar.

—Oye, sé que no es el mejor momento para preguntar, pero, ¿pasó algo entre James y tú el sábado? —preguntó David cuando se sentó a mi lado—Llegasteis juntos aquí el domingo por la mañana.

—Sí, sí pasó algo.

—¿Y?

—Se supone que soy tu prometida, no volverá a pasar nada más —me encogí de hombros.

David se quedó pensativo y no dijo una sola palabra más el resto del tiempo que estuvimos allí. Mientras Inés seguía sedada, yo me encargué del papeleo del hospital y él llamó al bufete de abogados donde trabajaba Zack y a la compañía aseguradora.

Sabía que mi hermana no estaría en condiciones de hacer todo eso por lo que nos encargamos nosotros.

También era consciente de que no podía estar sola y mucho menos en esos momentos, así que llamé a Brenda y le pedí que preparara la habitación donde iba a instalarla.

Inés no estaba sola, nos tenía a nosotros, y ahora que era cuando más nos necesitaba, volvería a casa.

La cuidaríamos entre todos, la amaríamos y seríamos los tíos y el primo más cariñosos del mundo con ese bebé.

Capítulo 23



Ese sábado tendría lugar el entierro de mi cuñado.

Inés estaba en mi casa desde que despertó de la sedación, había estado tranquila, pero no dejaba de llorar, apenas comía y Brenda estaba pendiente de ella constantemente.

Si algo tenía Zack era que se rodeaba solo de las personas de más confianza, por lo que aparte de los miembros del bufete en el que trabajaba, algunos abogados con los que se había enfrentado en las Cortes y un par de jueces, solo asistirían dos buenos amigos suyos de la infancia con los que nunca perdió el contacto.

Yo avisé a los del bufete y Susan, la secretaria, me dijo que ella se encargaría de llamar a los demás abogados con los que Zack tenía relación, cosa que le agradecí porque en ese momento me tenía que volcar en mi hermana.

No quería que llegara ese día, pero ahí estábamos, a unos minutos de salir de casa para despedir a un buen hombre.

James me envió un mensaje para decirme que nos veríamos en la iglesia, le agradecí que estuviera con nosotros en ese momento, al fin y al cabo, era amigo de David y, bueno, por extensión, de Inés y mío.

Me eché un último vistazo en el espejo y volví a ser aquella chiquilla de veintidós años que enterraba a sus padres. Iba de negro, ni siquiera me había molestado en maquillarme porque sabía que acabaría llorando con mi hermana, y ni siquiera tenía ganas de hacerlo.

Comprobé que seguía con los ojos hinchados y rojos por ese último llanto que

había dejado salir mientras me duchaba, me puse las gafas de sol, cogí el bolso y fui al salón.

—Mamá, han venido Caroline y su padre —dijo Nico cuando entré.

—Iris, lamento mucho vuestra pérdida.

—Muchas gracias, Jeff —acepté su abrazo de afecto y sentí que la pena me invadía de nuevo.

—Iris, lo siento.

—Gracias, pequeña —sonreí a duras penas y abracé a la amiga de mi hijo, aquella niña era un encanto, no entendía cómo su madre pasaba tanto de ella.

—Señorita Duarte, cuando estén listos podemos irnos —me giré al escuchar la voz de Jack, asentí y fui en busca de mi hermana.

Escuchaba sus sollozos desde el pasillo y se me partía el alma. ¿Cómo podía ser que un hombre tan bueno como Zack se marchara tan pronto? Ni siquiera tendría la oportunidad de conocer a su hijo.

—Ya mi niña, ya —Brenda estaba sentada en la cama con Inés, abrazándola mientras la consolaba, pero las lágrimas de nuestra mamita caían por sus mejillas como ríos desbordados.

—No puedo, mamita — escuché decir a Inés—, no puedo sin él. Mi hijo no tendrá padre. ¿Por qué Dios ha sido tan cruel? ¿Por qué me da un hijo después de tanto tiempo para que su padre no pueda ni siquiera conocerlo?

—Mi niña, Zack no se irá nunca de nuestras vidas. Estará siempre aquí —le señaló el corazón— y aquí, en todos esos recuerdos bonitos que tienes con él. Y desde allí arriba cuidará de vosotros. Sabes que te amaba con locura, y si dices que cuando le contaste que estabas embarazada reaccionó antes de partir, es porque a ese bebé también lo amaba. Es duro, nadie mejor que yo lo sabe, pero la pena se pasa y el dolor se va haciendo más leve y llevadero. Y vas a poder sin él porque no estás sola, ¿me oyes? Nos tienes a todos contigo.

—No quiero vivir, mamita, sin él, ¿qué sentido tiene?

—Mucho, porque tienes una parte muy bonita que te ha dejado. A vuestro hijo.

Se me escapó un leve gemido de lamento y fue cuando Brenda se giró a mirarme. ¿Qué sería de nosotras sin esa mujer que ejercía de madre y abuela? La adoraba, y le estaría siempre tan, pero tan agradecida por todo lo que hacía por nosotros, que no tendría vida suficiente para compensarla por ello.

—Tenemos que irnos —dije, Brenda asintió y se levantó obligando a mi hermana a hacerlo.

Cuando Inés me miró, sonreí para hacerle saber que estaba allí con ella, se acercó, nos fundimos en un abrazo y lloramos juntas antes de salir de la casa.

Le había dicho que la quería allí con nosotros y al menos aceptó, sabía que ir a su casa no haría más que recordarle a Zack y que no lo pasaría bien, y ahora que necesitaba estar tranquila, lo mejor era que no se quedara sola.

David ya estaba allí cuando regresé al salón, se acercó a nosotras y nos abrazó como el día que despedimos a nuestros padres, nos besó a ambas en la frente y mirándonos a los ojos, dijo exactamente las mismas palabras que entonces.

—Estoy aquí para vosotras. Siempre voy a estar.

Le abrazamos y no tardé en notar la mano de mi hijo en el hombro, cuando lo miré me dedicó aquella sonrisa cálida y llena de amor que me encantaba.

Cada vez se parecía más a su padre, pero sabía que nunca sería como él.

Inés, Brenda y yo fuimos en el coche con Jack, Nico fue con David y Caroline y su padre dijeron que nos verían allí, habían ido con su propio coche.

El trayecto hasta la iglesia donde tendría lugar el sepelio antes de ir al cementerio, ella lo pasó llorando en medio de las dos, mientras Brenda le daba leves apretones y caricias en la mano y yo dejaba que se apoyara en mi hombro.

Le habíamos pedido muchas veces que se tranquilizara, que lo hiciera por el bebé puesto que no era bueno para ella tanto llanto, pero no existía consuelo posible para alguien que había perdido al hombre que amaba.

Llevé a mi hermana hasta el interior de la iglesia donde ya todo el mundo estaba sentado. En el altar, el ataúd abierto de mi cuñado junto a una foto suya mientras el cura preparaba todo.

No había mucha gente, por lo que aquella sería una despedida de lo más íntima.

A diferencia de cuando perdimos a nuestros padres, que nos limitamos a recibir las condolencias en el cementerio, aquí en América después de la despedida recibiríamos a los asistentes en mi casa, donde Brenda ya había dejado preparado algo de comer y beber.

—Vamos a sentarnos —dije llegando al primer banco que nosotros debíamos ocupar.

—Quiero verlo, Iris —me pidió, mirándome a los ojos—. Quiero despedirme de él.

—Cariño, no deberías…

—Por favor, deja que lo haga. No voy a volver a ver mi marido nunca más.

—Está bien, voy contigo.

La acompañé hasta el ataúd y aunque aquel era mi cuñado, no era el hombre sonriente y feliz que siempre había sido.

Inés lloró apoyada en el borde con los ojos cerrados, respiró hondo y se armó de valor para decirle unas últimas palabras.

—Te amo, te amo más que a nada en el mundo y lo sabías, sé que te vas sabiéndolo. No podrás conocer a tu hijo, y es la pena que me quedo. Pero te prometo, mi vida, que haré de él un hombre bueno como lo es Nico, como siempre dijiste que te gustaría que fuera nuestro hijo. Habíamos hablado tantas veces de nombres, que tengo claro cuál llevará, tanto si es niño como si es niña, porque tú querías esos nombres tanto como yo. Respecto a esa otra promesa que nos hicimos en caso de que alguno de los dos se quedara solo, no sé si podré cumplirla, porque nadie será jamás como tú.

Cerré los ojos ante esas últimas palabras. Sabía a qué se refería porque unos años atrás Inés me contó que habían tenido una conversación sobre Brenda y ese amor tan grande que tuvo por su marido. Nunca quiso a otra persona como a él y Zack le pidió a ella que, por favor, no se quedara sola si le perdía siendo joven, que se diera la oportunidad de volver a amar a alguien y darle la alegría que él tuvo al tenerla en su vida.

Se inclinó para besarle la frente y cuando me miró, la acogí entre mis brazos llorando tanto como ella.

Cuando fuimos a sentarnos vi a James en el banco justo detrás del nuestro, y a su lado estaba Sam, el ginecólogo de mi hermana. Ese hombre había llamado para interesarse por el estado de Inés el día anterior, le dije que Zack había fallecido y quiso asistir al funeral, a fin de cuentas, le conocía desde hacía varios años.

El cura comenzó con la misa, Inés seguía llorando a mi lado y cuando preguntó si alguien quería decir unas palabras, fueron David y mi hijo quienes se levantaron. Aquello no me lo esperaba, no de mi pequeño, pero sonreí al ver que quería ser quien despidiera a su tío.

David alabó a su amigo con unas preciosas palabras, y acabó asegurándole que seguiría cuidando de mi hermana y que sería el mejor tío del mundo para su bebé, y se sentó de nuevo con nosotros dejando a mi hijo a cargo.

—Para mí, Zack no era solo mi tío y un amigo con quien hablar de las mejores jugadas de los partidos, al igual que David, era como un padre. Yo no tuve la suerte de conocer al mío, pero desde que Zack entró en nuestras vidas, se convirtió en esa figura paterna que me acompañaba en los días de padres en el colegio, me llevaba a los entrenamientos y me daba consejos como si fuera mi padre. Aprendí muchas cosas de él, que estoy seguro algún día podré llevar a la práctica, algunas ya las estoy haciendo y me dijo que se sentía orgulloso de mí, del hombre en el que me estaba convirtiendo —mi hermana y yo no podíamos dejar de llorar y nos secábamos las mejillas constantemente. Nico miró el ataúd, agarrado con fuerza al atril, y se dirigió directamente a mi cuñado—. Te aseguro que mi primo o prima sabrá quién fue su padre, lo buen hombre que era y lo mucho que deseaba conocerlo. Y te prometo que seré su amigo, su primo, su confidente, y junto a David, esa figura paterna que tú fuiste para mí. Te quiero, tío Zack.

Nunca había visto a mi hijo tan emocionado y con los ojos vidriosos como en ese momento, y cuando se sentó en el banco con nosotras, abrazó a mi hermana con esa ternura que siempre le mostraba.

Cuando cerraron el ataúd, David, Nico, los dos amigos de Zack, y sus dos jefes fueron quienes lo cargaron a hombros para llevarlo hasta el coche fúnebre que esperaba en la entrada.

Fuimos al cementerio y entre sollozos mi hermana le dio el último adiós

dejando una rosa roja junto a una copia de la ecografía del bebé sobre la cubierta antes de que lo bajaran y la tierra sepultara a su marido.

Jack me ayudó a llevarla de vuelta al coche y regresamos a casa, donde recibiríamos a los asistentes y tomaríamos aquella comida para despedir a un buen hombre, el mejor hombre.

Capítulo 24



La casa estaba llena de gente, varias conversaciones tenían lugar en cada rincón del salón y el jardín.

Allí estaba yo, sola en el jardín permitiéndome llorar sin que me vieran, sabiendo que Inés estaba con Brenda y Nico, cuando escuché que alguien me llamaba por mi nombre.

Giré, secándose disimuladamente las lágrimas y manteniendo las gafas de sol puestas, y en ese momento tuve delante a la persona que no creí que volvería a ver en mi vida.

—¿Carlos? —pregunté con inseguridad, porque, aunque parecía él, habían pasado dieciséis años desde la última vez que lo vi.

Tan alto como lo recordaba, con el cabello castaño ahora adornado con alguna que otra leve veta blanca en las sienes, y esos ojos azules que no había olvidado, aunque quisiera, porque los de mi hijo eran iguales.

—No sabía que Zack era tu cuñado —respondió.

—¿Trabajas en su bufete?

—No, me enfrenté a él en las Cortes varias veces, éramos viejos conocidos.

—Pero, no puede ser. Tú… tú vivías en España.

—Sí, bueno, conocí a mi mujer hace ocho años en unas vacaciones, nos enamoramos y me mudé a Los Ángeles hace ya siete años. Llevamos seis casados y trabajo en un bufete allí. Tuve que venir aquí por algunos juicios

dado que tenemos varios clientes.

No sabía qué decir en ese momento, Carlos me había dejado porque no quería formar una familia, tan centrado como estaba en su carrera de derecho, y ahora, ahora lo volvía a ver y decía que estaba casado.

—¿Ese chico…?

—Es mi hijo, sí —le corté antes de que hiciera cualquier otra pregunta.

—Se parece mucho a mí —sonrió.

—Para mi desgracia —protesté y pasé por su lado, cuando me cogió por la muñeca, lo miré con rabia—. ¿Qué haces?

—Quiero disculparme, por cómo hice las cosas.

—Bueno, tuviste dos años para hacerlo, el tiempo que viví en Madrid hasta que perdí a mis padres y me mudé aquí. Si no lo hiciste entonces, no encuentro sentido a que quieras hacerlo ahora.

—Pero quiero hacerlo. Sabes que mis padres eran…

—Sí, sí, muy arraigados a su clase social y al qué dirán. ¿Cómo iba a estar su hijo con una chiquilla que se quedaba embarazada solo para pescarlo?

—¿Por qué dices eso? —frunció el ceño, pero en su rostro vi que sabía bien a qué me refería.

—Por favor, tenías el manos libres puesto cuando hablabas con tus padres dos días antes de que me dejaras, de que nos dejaras a mi hijo y a mí. Ahora no me sirven tus disculpas, Carlos. Saqué adelante al niño yo sola, y me labré un futuro para los dos. Espero que no quieras nada con él porque no voy a consentir que…

—¿Mamá? —miré a mi hijo que se acercaba con el ceño fruncido al ver que un hombre me tenía sujeta de ese modo. Y no llegaba solo, James estaba con él.

—Cariño —sonreí para tranquilizarlo y traté de que Carlos me soltara, pero no lo hizo.

—¿Va todo bien, Iris? —interrogó James, para quien el gesto tampoco pasó desapercibido. Se acercó y no dudó un solo segundo en posar la mano en la parte baja de mi espalda, momento en el que Carlos me soltó finalmente.

—Sí, es uno de los abogados con los que Zack se enfrentó en las Cortes —dije.

—¿Y por qué te está agarrando de ese modo? —preguntó mi hijo, con las manos en los bolsillos, mostrando una pose de hombre adulto y protector en ese mismo instante.

Fui consciente en el momento exacto en el que Nico se dio cuenta de quién podía ser ese hombre. Abrió mucho los ojos, me miró, volvió a mirarlo a él, y entonces, Carlos habló.

—Te pareces mucho a mí, ¿te lo ha dicho tu madre alguna vez?

Me estremecí puesto que no sabía cómo iba a reaccionar mi hijo, James lo notó y afianzó aún más su agarre, rodeándome por la cintura y pegándome a su costado.

—Siempre me han dicho que me parezco mucho al hombre que me engendró —no se refirió a él como su padre—, y ahora veo que es cierto. ¿Cómo es posible que esté aquí, mamá?

—Se casó con una americana, vive en Los Ángeles —respondí.

—Bueno, espero que le vaya bien en la vida, señor —le dijo y para mi sorpresa, le tendió la mano, Carlos sonrió y se la estrechó—. Pero no vuelva a aparecer por la vida de mi madre, no la busque ni quiera relación alguna conmigo, porque no la va a tener. Zack fue como un padre, y David lo sigue siendo. No habrá nadie más que ocupe ese lugar, salvo que mi madre se case con quien la ame de verdad.

Le soltó la mano a Carlos y se volvió hacia la casa, en ese momento me sentí orgullosa de mi hijo y de cómo había enfrentado la situación.

—Es un buen chico, Iris —dijo Carlos sin apartar la vista de mi hijo—. Lo has criado bien —me miró al final y sonrió—. Ojalá mis padres estuvieran vivos para conocerlo y saber cómo es.

—Lamento que los perdieras, seguro que en el infierno se sienten como en

casa.

—Eso pienso yo —sonrió con pesar—. Perdí muchas cosas por ellos. Siento mucho lo de Zack, era un gran hombre. Me voy ya, no quiero importunaros a ti ni al chaval. Y no te preocupes, no volveréis a saber de mí.

Asentí cuando dijo aquello y lo vi ir hacia la casa, no se detuvo ni un momento y cuando lo vi desaparecer, solté el aire.

—¿Estás bien, preciosa? —preguntó James, sosteniéndome la barbilla con dos dedos para que lo mirara.

—No esperaba verlo aquí, el destino puede ser muy hijo de puta a veces —resoplé apartándome y fui hacia el muro que delimitaba mi jardín y daba con vistas a la ciudad.

James me siguió, lo noté a mi espalda y enseguida un escalofrío me recorrió todo el cuerpo. Sus manos se posaron con delicadeza en mis caderas, y el calor que emanaba de él pareció envolverme con calidez.

—Gracias por venir a acompañarnos en este momento —susurré.

—Ojalá pudiera estar siempre para ti, preciosa —se inclinó y me besó el cuello.

—Puedes estarlo, te acepto como amigo —sonreí mirándolo por encima del hombro.

—Como amigo, ¿eh? —sonrió de medio lado— Sería un mal amigo, porque querría desnudarte y follarte en cada ocasión que estuviéramos a solas como ahora.

Volví a estremecerme en cuanto sus labios tocaron una vez más la suave y delicada piel de mi cuello. Dios mío, ese hombre era como kriptonita para mí. Hacía que mi cuerpo se aflojara y le deseara con cada fibra de mi ser.

—James, sabes que yo…

—Lo sé, pero no puedes pedirme que no te desee, es imposible.

—Quedamos en que solo sería cosa de una noche —no sabía si se lo decía a él, o me lo estaba diciendo a mí misma.

—Podemos vernos en esos eventos, no sería romper ninguna regla con tu prometido. Sois una pareja abierta.

¿Podría hacer eso? ¿Podría tener a James en aquellos lugares donde David me llevaba tras ser invitado por la web?

—No saldría bien, tú eres un hombre dominante y yo no soy de las que obedece.

—No nos fue tan mal la otra noche —susurró mordisqueándome el lóbulo de la oreja—. Y podríamos llegar a un acuerdo. Unas veces te cedo el control a ti, otras me lo cedes tú a mí. Estoy seguro de que te gustaría que yo tuviera el mando.

Cerré los ojos recordando todo lo que me dijo que solía hacer con las mujeres que llevaba a su cuarto de juegos, y lo mucho que me excitó pensar e imaginar que lo hacía conmigo. Pero no podía estar segura al cien por cien de que acabaría cediendo el control a ese hombre tan fácilmente.

—Prueba una vez, Iris —me pidió llevando una mano a mi vientre y pegándome aún más a él—. Cédeme el control una noche, deja que te muestre lo placentero que puede ser que otro lleve las riendas del juego —susurró besándome el cuello—. Solo una noche más, preciosa.

—Iris, muchos de los invitados se marchan.

James se apartó al escuchar la voz de David, me giré y asentí. Caminé hacia él, que no dudó en pasarme el brazo por los hombros besándome la sien mientras comenzábamos a caminar hacia la casa.

Eché un vistazo a James por encima del hombro y nos seguía de cerca con la mandíbula apretada. No, no parecía contento de tener que compartirme con otro, pero me había conocido siendo la prometida de David.

En ese momento fui más consciente que nunca de que la mentira que mi mejor amigo y yo habíamos puesto en marcha hacía tiempo, se nos había ido de las manos.

Aparté una serie de preguntas que comenzaron a formarse en mi cabeza y me uní a Inés para despedir a los invitados que comenzaban a abandonar la casa.

Nico, Caroline y Jeff estaban recogiendo algunas bandejas de comida que ya estaban vacías.

Cuando me quedé con mi hermana, Brenda fue a la cocina y se ocupó de ellas.

Media hora después todos los conocidos y amigos de mi cuñado se habían marchado, tan solo quedábamos nosotros cinco, James, Caroline y su padre en la casa. Inés se despidió de ellos y Brenda la acompañó a su habitación para que descansara.

—Gracias por quedaros hasta ahora —les dije a Caroline y su padre.

—No tienes que darlas, a fin de cuentas, los chicos son amigos de toda la vida —respondió Jeff.

—Si alguna vez necesitas algo, cuenta conmigo, Iris.

—Muchas gracias, Caroline, eres una buena niña —la abracé y le di un beso en la frente, ella suspiró y aquello me hizo saber que su madre no solía tener esas muestras de cariño con ella.

—Vamos, hija, se hace tarde.

Caroline y Jeff se marcharon, Nico quedó en ir a recogerla al día siguiente para ir al cine y tomar una hamburguesa antes de que regresara a casa con su madre, y se fue a su habitación a escuchar música.

David sacó una botella de vino y tres copas, y nos fuimos con James a tomarla en el jardín.

Durante los primeros minutos, el silencio de la noche fue nuestro compañero.

—Por Zack —dijo David levantando su copa—. El tío más cojonudo que he tenido el placer de conocer.

—Por Zack —respondí levantando la mía, James también lo hizo y cada uno dio un buen sorbo a aquel líquido granate y de sabor ligeramente afrutado.

—Bueno, ¿y qué hay de vosotros? —preguntó de pronto y por poco me da un infarto al escucharlo— No, no me miréis así. Sé que te has follado a mi prometida —le dijo a James.

—David, por Dios —protesté.

—¿Qué? No es tan grave, es solo sexo, ¿no?

—¿Es esta tu forma de decir que puedo volver a llevar a tu prometida a mi cuarto de juegos, cuando quiera? —interrogó James con la ceja arqueada.

—Si ella está de acuerdo, por mí —David se encogió de hombros y sonrió, el muy traidor.

Sabía que no tenía que haberle dicho nada al respecto, ahora ya era tarde.

—Dime, pequeñaja —me miró con esa sonrisa de medio lado que empleaba para seducir y conquistar antaño—, ¿te gustó jugar con nuestro amigo? ¿Repetirías?

—Esto no está pasando —me puse en pie y comencé a caminar por el porche de un lado a otro, hasta que noté que James se paraba ante mí y me cogía por las mejillas, mirándome fijamente—. ¿Qué?

—Creo que tu prometido nos da permiso para repetir, al menos una vez —hizo un guiño y se inclinó para besarme—. ¿O es que quieres unirte, David?

—No, no, yo juego con otras amiguitas, no te preocupes. Creo que es hora de que me marche —David acabó su copa, se puso en pie y fue hacia la puerta para regresar a la casa—. Llámame si necesitáis cualquier cosa, pequeñaja.

—Lo haré.

—Cuida de mi chica, Benson, o eres hombre muerto —le advirtió señalándolo con el dedo antes de desaparecer de nuestra vista.

—Esto sí que no me había pasado nunca —dijo James.

—¿El qué?

—Pues que el futuro marido de una hermosa mujer me diera consentimiento para follar con ella, sin estar en uno de esos eventos de sexo salvaje y clandestino —sonrió.

—Te puede dar todo el permiso que quieras, pero, si yo no acepto…

—Dime que no me deseas —exigió sosteniéndome por las caderas—. Dime que no quieres sentir mis manos y mis labios por tu cuerpo, que no te excita imaginar que te hago mía de nuevo. Vamos, Iris, dímelo —silencio, eso fue lo que obtuvo, silencio como única respuesta—. No puedes porque sabes que deseas todo eso tanto como yo, preciosa.

Se inclinó y el calor de sus labios se apoderó de los míos en un beso casi salvaje, posesivo y apasionado que me hizo saber que lo que había pasado una semana antes en su casa, volvería a repetirse.

—¿Por qué ahora te muestras así? En el hospital, cuando supimos lo de Zack, ni siquiera me abrazaste, no hiciste por tocarme y consolarme de algún modo —pregunté, mostrándome vulnerable por unos minutos.

—David estaba contigo, es tu prometido y entendí que le necesitaras a él.

—Quería que me abrazaras —confesé.

—¿Por qué no lo dijiste? —curioseó acariciándome la mejilla.

—Te vi tan distante, que supuse que no querías nada más que aquella noche conmigo.

—Iris, no voy a poder dejarte escapar, no puedo no desearte y ni quererte en mi cama, y te juro por Dios que me cuesta mantenerme lejos sabiendo que eres de otro.

Apoyé la frente en su pecho y dejé que me abrazara, en se momento me sentía vulnerable de nuevo, como el día que perdí a Carlos y tiempo después, a mis padres.

—Si te molesta el padre de Nico, quiero que me lo digas —me pidió, y lo miré sin saber a qué venía aquello—. He visto cómo te ha mirado, y ese hombre no te ha olvidado en estos años.

—Lo dudo mucho, está casado.

—Bueno, si intenta algo, tú solo, házmelo saber.

—Vale.

—Será mejor que me marche antes de que te folle sobre esta mesa como

deseo hacer —tragué con fuerza mirando la mesa en cuestión por el rabillo del ojo, y lo vi sonreír—. Ah, sí, tú también quieres eso, ¿verdad, preciosa?

—No he dicho nada.

—Una mirada vale más que mil palabras —me hizo un guiño, me besó por última vez y se marchó.

¿En qué me estaba metiendo? ¿Hacia dónde me llevaría el simple hecho de estar con James Benson? No lo sabía, pero estaba dispuesta a probar y dejarme guiar donde él quisiera llevarme.

Capítulo 25



Después del funeral, el resto del fin de semana había pasado mucho más rápido de lo que me hubiera gustado.

Inés apenas salió aquel domingo de su habitación, comía porque Brenda la obligaba y yo insistía en que debía pensar en el bebé, en que tenía que alimentarle.

El lunes la dejé en casa metida en la cama, decía que no tenía fuerzas para levantarse y enfrentar un nuevo día sin él, sin Zack.

Mientras estaba en el trabajo no hacía más que llamar a Brenda cada dos horas y preguntar cómo seguía.

Los días siguientes a ese fueron igual, y ya no podía más, no soportaba ver a mi hermana morir en vida y no disfrutar del regalo que le había dejado su marido antes de morir.

Era viernes, y tenía que tomar medidas antes de irme al trabajo.

—Inés, tienes que levantarte —dije entrando en la habitación, donde la encontré en la cama llorando otra vez.

—No me apetece, quiero estar en la cama todo el día.

—Claro, para que te lo pases llorando y teniéndonos a Brenda y a mí con el alma en vilo. Cariño, sé que es duro…

—No, Iris, no tienes ni idea —se giró para mirarme—. Tú no has perdido nunca al hombre que amabas.

No me tomé a mal sus palabras, puesto que eran la rabia y el dolor quienes hablaban por ella.

—Te recuerdo que estaba embarazada de tres meses cuando el padre de mi bebé decidió que ya no era lo que quería para su vida, que nos dejó por su carrera y por las malas artes que sus padres emplearon para persuadirlo. No murió, pero para mí fue como si lo hubiera hecho. ¿Sabes que Carlos era uno de los abogados contra los que Zack se enfrentó en alguna ocasión en las Cortes? —cuando dije eso, se le abrieron mucho los ojos— Sí, estuvo en el funeral de tu marido, y se acercó a mí. Me pidió perdón, y me dijo que vive en Los Ángeles desde hace años, se casó con una mujer de la que se enamoró. Nico conoció a su padre, y le exigió que no volviera a verme y que a él no lo buscara.

—¿Por qué no me lo dijiste?

—¿Cuándo, Inés? Si apenas sales de la habitación.

En ese momento Brenda llamó a la puerta, me dijo que Sam estaba fuera y al escuchar el nombre de su ginecólogo, mi hermana frunció el ceño.

—¿Por qué está aquí? —preguntó.

—Le he pedido que venga a verte, y a revisar que mi sobrino está bien. Y te lo advierto, Inés, como me diga cualquier mínima cosa que no me guste, te juro que me voy a enfadar. No estás sola, y ese bebé necesita a su madre.

No le dejé opción a réplica, salí de la habitación y Sam entró dándole los buenos días para revisarla.

Fui a la cocina a tomarme un café, ya llegaba tarde al trabajo, pero no me importaba, no pensaba irme hasta que me confirmara que el bebé estaba bien y que había convencido a mi hermana para que dejara de lamentarse. Tal vez una persona ajena a la familia consiguiera ese milagro.

Mientras tomaba el café recibí un mensaje de James, quería hablar conmigo y preguntaba si ya estaba en la oficina, respondí diciéndole que no había salido de casa aún y que no sabía cuándo lo haría, y no tardó en llamar.

—¿Qué ocurre, preciosa?

—Nada, le pedí al ginecólogo de Inés que viniera a comprobar cómo está el bebé.

—¿Sigue sin salir de la habitación? —preguntó, dado que eso le había dicho un par de días antes.

—Sí, y apenas prueba bocado —suspiré.

—Por lo que vivió mi madre, sé que le costará asimilar todo eso, pero lo hará, no te quepa la menor duda.

—Eso dice Brenda, pero es como si mi hermana no quisiera vivir, ni siquiera por su bebé. ¿De qué querías hablarme?

—Como te dije, mi madre dirige una asociación de madres solteras, mañana por la noche tendrá lugar una gala benéfica para conseguir fondos para la asociación. Muchas de esas chicas son adolescentes que quieren tener un futuro y bueno, con el dinero que mi madre recaude se asegurará que puedan estudiar y costear esos gastos de material y demás. Me preguntaba si querrías acompañarme.

—Me encantaría, estoy deseando conocer la asociación.

—Mi madre también estará allí —noté que sonreía a través de la línea—. ¿También tienes ganas de conocerle a ella?

—Por supuesto, seguro que es una mujer encantadora —vi aparecer a Sam y dejé la taza de café en la barra mientras me levantaba—. Pásame los detalles de dónde es y la hora, tengo que hablar con Sam.

—Iré a recogerte a tu casa a las ocho.

—No es necesario, me puede llevar Jack.

—Iris, yo te recogeré en casa. Hasta mañana, preciosa.

Colgó antes de que pudiera seguir insistiendo en que no pasara a buscarme, pero sabía que sería inútil puesto que ese hombre era un auténtico cabezota.

—Sam, ¿cómo está el bebé? —pegunté.

—Perfectamente —sonrió—. Le he hecho una ecografía y ese pequeño sigue

aferrado a ella. Inés es fuerte, lo está pasando mal ahora porque se le han juntado las dos cosas, pero entrará en razón. La he obligado a pasar por la consulta todas las semanas, he cambiado sus citas delante de ella y la veré todos los viernes a esta hora. Me he puesto serio y enfadado —hizo un guiño que me arrancó una carcajada—. Le recetado algunas vitaminas para que tome junto con las comidas, dado que apenas ingiere suficiente alimento para los dos. Cualquier cosa que pase antes de la siguiente revisión en la clínica, no dudes en llamarme.

—Lo haré, y muchas gracias por venir.

Me despedí de él en la puerta y fui a la habitación de Inés. A ella le encantaba ir de compras y con la gala benéfica a la que me había invitado James al día siguiente, ya tenía la excusa perfecta para sacar a mi hermana de casa.

—Inés —cuando entré la vi sentada en la cama, observando la ecografía que tenía de su pequeñín.

—Sam dice que el bebé está bien, y me ha recetado estas vitaminas —dijo cogiendo el frasco que tenía en la mesilla—. Me las voy a tomar, te lo prometo. Y voy a cuidarme, por el bebé.

—Me alegro de escuchar eso —le cogí la mano al tiempo que me sentaba en la cama, junto a ella—. James me ha invitado a acompañarle a un evento mañana por la noche, y había pensado en que mi hermana favorita…

—La única que tienes —me miró con la ceja arqueada y sonreí.

—Había pensado en tomarme el día libre, no tengo reuniones y mi equipo está analizando algunas empresas que necesitan fondos. ¿Qué te parece si vamos en busca de un vestido para mañana?

—¿Qué clase de evento es? ¿Uno de esos donde te va a hacer toda clase de cochinadas? —curioseó— Es para saber qué tipo de vestido deberías comprar. Uno que diga: “soy una buena mujer” o “arráncame esta mierda y fóllame, machote”.

—Dios mío, ¿te ha poseído alguien? —reí.

—Llevo sin vida sexual casi dos meses, y ahora que podría volver a haber tenido un poquito de acción, mi marido me deja —se encogió de hombros.

—Cariño, te prometo que el dolor se pasará.

—Lo sé, es solo que… me cuesta hacerme a la idea de que no volveré a verlo.

Abracé a mi hermana y le besé la frente, lloró en mis brazos para mi sorpresa, cuando se apartó, habló con una seguridad que me llenó de lo que ya distinguía como orgullo materno.

—Esta es la última vez que lloro, de verdad. A partir de ahora me esforzaré por no hacerlo. Voy a pensar en el bebé y a quedarme con los buenos recuerdos de Zack, con sus sonrisas y el modo en el que me miraba.

—Suena bien, cariño —le coloqué el pelo detrás de la oreja.

—¿Estás segura de que puedes tomarte el día libre?

—Absolutamente, soy la jefa, ¿recuerdas? —le hice un guiño y sonrió.

—Vale, voy a darme una ducha y a vestirme. ¿Puedes pedirle a Brenda que me prepare un yogur con cereales, fruta y un zumo? Sam me ha dicho que eso me sentaría bien por las mañanas con una de esas —señaló las pastillas.

—Claro que sí, cariño. Te espero en la cocina.

Asintió y se puso en pie al mismo tiempo que yo. Cuando salí de la habitación le mandé un mensaje a Sam mientras iba hacia la cocina en busca de Brenda.

Iris: *No sé qué le has dicho a Inés, pero gracias, ha surtido efecto y al menos se ha animado a salir de compras conmigo.*

Sam: *Me alegra leer eso. No he hecho nada que no hubiera hecho cualquier otro médico. Disfrutad la una de la otra, y que se tome sus vitaminas.*

Desde luego que se las iba a tomar, aunque tuviera que hacérselas puré y mezclarlas con la comida, como solíamos hacer cuando era pequeña.

Brenda estuvo encantada de escuchar que Inés había pedido el desayuno, y mientras se lo preparaba, llamé a Nikki para informarle de que no iría por la oficina en todo el día.

Mi hermana quería volver poco a poco a ser ella misma de nuevo, y yo me encargaría de que así fuera.

Cuando salió vestida con unos vaqueros, una camisa negra y las cuñas, sonreí. Ahí estaba mi hermanita de siempre, o al menos empezaba a volver poco a poco.

Mientras desayunaba le pedí a Jack que nos recogiera y le mandé un mensaje a Nico, estaba en el campo entrando con el equipo.

En cuanto acabó de comer salimos de casa y durante el camino a la zona donde estaban las tiendas con las mejores firmas de ropa del panorama internacional, fue buscando en Internet un vestido adecuado para la ocasión, puesto que le dije que se trataba de una gala benéfica y que conocería a la madre de James.

Nada más llegar a la primera tienda, supe que tenía una mañana larga y movidita por delante.

No fue hasta la una y media que dimos con el adecuado, según ella.

—Es este, Iris —sonrió al reflejo que nos ofrecía el espejo del probador de aquella boutique—. Este dice: "soy una empresaria exitosa, familiar y encantadora a la par que sexy, así que, arráncame el vestido". Es decir, a la madre de James le vas a encantar, y él solo deseará quitártelo y llevarte a su casa —hizo un movimiento de lo más pícaro con ambas cejas, y casi me ahogo de la risa.

Eché un último vistazo al vestido y tuve que admitir que me encantaba, así que, me lo llevé.

Era azul marino, entallado hasta las rodillas donde la falda hacía elegante forma de A, el corpiño era de tirante ancho, escote en V y la espalda al aire.

Acompañé el vestido con unas sandalias plateadas y el bolso de mano a juego.

Dimos por terminadas las compras y paramos a comer en un restaurante cercano. Ensalada y algo de pasta para compartir, así como un trozo de pastel de manzana de postre.

Me alegraba tanto de haber conseguido que mi hermana saliera de casa, que me propuse tomarme los viernes libres para acompañarla a las revisiones en la clínica y, después, tener ese día de chicas que tan necesario era para ambas.

Cuando regresamos a casa hablé con Peter y Mike, los analistas, y les pedí que me enviaran los informes que tuvieran para echarles un vistazo.

Así pasé las siguientes horas hasta que mi hermana fue a buscarme para ir a cenar, sonreí al verla voltear los ojos mientras seguramente pensaba que trabajaba demasiado, y volví a pensar en su fortaleza y en la decisión de vivir, recordando, sí, pero vivir por y para su bebé.

Capítulo 26



Cuando sonó el timbre de casa no tuve ninguna duda de que era James. Estaba lista para salir y había dado el último retoque a mi maquillaje, pero no me avisó al móvil como la noche que salimos a cenar.

—Cenicienta, ya está tu príncipe esperando en el salón —dijo Inés, asomando la cabeza por la puerta.

—No le llames así, por Dios —volteé los ojos—. Recuerda que se supone que estoy prometida con David.

—¿Y ese dios griego se lo ha creído sin ver un anillo en tu dedo? —Arqueó la ceja.

—Sí, solo que también echó en falta ese pequeño detalle —sonreí.

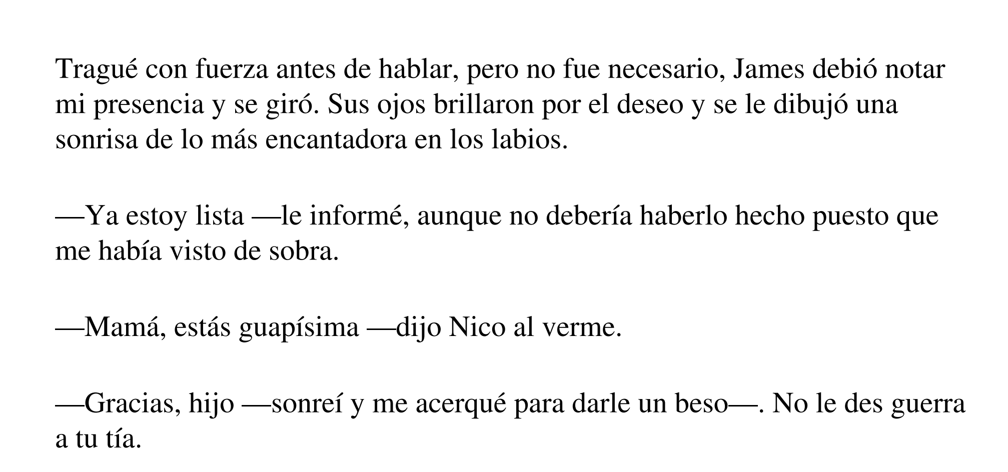
—¿En algún momento pensáis desmentir toda esa absurda locura que lleváis manteniendo tanto tiempo?

—Dentro de tres años, ya sabes.

—Genial.

Se fue sin decir nada más, cogí el bolso y respiré hondo antes de salir de la habitación para ir al encuentro de mi acompañante de esa noche.

En cuanto lo vi allí, de pie, con las manos en los bolsillos hablando con Nico sobre las jugadas que estaba viendo en la televisión, impecablemente vestido, elegante y pecaminosamente sexy, sentí un escalofrío por todo el cuerpo y cómo el calor se formaba en el centro de mis piernas.



Tragué con fuerza antes de hablar, pero no fue necesario, James debió notar mi presencia y se giró. Sus ojos brillaron por el deseo y se le dibujó una sonrisa de lo más encantadora en los labios.

—Ya estoy lista —le informé, aunque no debería haberlo hecho puesto que me había visto de sobra.

—Mamá, estás guapísima —dijo Nico al verme.

—Gracias, hijo —sonreí y me acerqué para darle un beso—. No le des guerra a tu tía.

—Tranquila, hermana, que es un chico buenísimo. Me va a cuidar él a mí, ¿verdad qué sí, sobrino?

—Sí, ahora sí que sí, soy el hombre de la casa más que nunca.

—Hasta que tu madre se case —sonrió James, lo que generó que Nico frunciera el ceño.

—Será mejor que nos vayamos —dije evitando que mi pequeño no tan pequeño hiciera preguntas incómodas.

Nos despedimos de ellos y al pasar por delante de Brenda le pedí que cualquier cosa que pasara, no dudara en llamarme.

—También puedo llamar a David, así que, vete tranquila, mi niña.

Salimos de casa y James me guio hasta el coche con una mano en la parte baja de la espalda. Aquel hombre conseguía que ese simple gesto me electrificara con una descarga por todo el cuerpo.

—Me va a costar toda mi fuerza de voluntad no arrancarte ese vestido y follarte en el coche —susurró haciendo que esa velada amenaza con voz ronca y sensual lanzara llamaradas ardientes a mi sexo.

Tragué saliva mientras me acomodaba en el asiento y solté el aire cuando cerró la puerta. Si él iba a tener que controlarse para no lanzarse a devorarme, no se hacía una idea de lo que tendría que controlarme yo para no besarlo.

Subió a coche y tras ponerlo en marcha condujo por aquellas cuestas de las

calles de San Francisco hacia la zona de la costa.

Llegamos a uno de los hoteles más lujosos de aquella zona y tras dejar el coche en manos de uno de los empleados, me ofreció el brazo para ir hacia la sala donde tendría lugar el evento.

—Empresarios, actores, actrices, cantantes, personalidades de todo tipo están aquí esta noche —dijo James cuando entramos.

Y no exageró ni un poco, puesto que grandes del cine de antaño estaban allí, charlando en corrillos, así como muchos otros más actuales hablaban y reían con cantantes.

—Dios mío, ¿ese de allí no es el director de cine que acaba de ser galardonado con un premio por toda su trayectoria? —pregunté al reconocerlo.

—Así es —sonrió—. Ven, quiero que conozcas a mi madre.

Me asaltaron los nervios como si estuviera a punto de conocer a la madre de mi novio, solo que James y yo no éramos pareja.

Caminamos hacia una mesa alargada donde varias chicas jóvenes sonreían y entregaban papeletas a quienes se acercaban. En un lateral, hablando con una de ellas, vi a una mujer sonriente de unos sesenta años, morena y con los ojos verdes llenos de vida.

—Mamá —James se dirigió a ella y en cuanto escuchó la voz de su hijo, se acercó a saludarlo.

—Ah, aquí está mi pequeño.

—Ya soy un hombre, mamá, admite que dejé de ser pequeño hace mucho —dijo él arqueando la ceja y ella sonrió al tiempo que le quitaba importancia con un gesto de la mano.

—Bobadas, tú tendrás sesenta años, y yo setenta y nueve, y seguirás siendo mi pequeño.

—No lo dudo —suspiró—. Mamá, ella es Iris, la prometida de un amigo que no ha podido venir esta noche —mintió, y tuve que disimular mis ganas de reír—. Iris, ella es Emilia, mi madre.

—Encantada de conocerla, señora Benson.

—Oh, querida, por favor, llámame Emilia —sonrió al tiempo que se acercaba para darme un abrazo y un par de besos—. Si eres amiga de mi hijo, podemos tener esa confianza.

—Está bien —le devolví la sonrisa.

—Qué guapa eres, Iris. ¿Y dice mi hijo que estás prometida?

—Así es.

—Una lástima, porque hacéis una bonita pareja juntos —sonrió aún más mientras le dedicaba una mirada de reojo a su hijo—. Y, ¿a qué te dedicas, Iris?

—Tengo una empresa de inversiones.

—Vaya, una mujer de negocios. Me gusta. ¿En qué inviertes? —preguntó cogiéndome del brazo y me apartó de James para llevarme a una mesa en la que ofrecían bebidas.

Durante más de media hora estuvimos charlando sobre mis inversiones, dijo estar impresionada por lo que hacía y aún más cuando le hablé de Nico.

—Así que tú eres una de mis chicas —sonrió.

—Podría decirse que sí.

—Iris, me gustaría proponerte algo, solo si tú quieres, no estás obligada a aceptar.

—¿De qué se trata?

—Verás, muchas de las madres solteras que llegan a mi asociación, son jóvenes adolescentes que creen que han fracasado, sobre todo porque muchos padres las dejan a su suerte y les hacen pensar que es así. Me gustaría que vinieras una tarde a la asociación y hablaras de tu experiencia, que les contaras lo que viviste cuando supiste que estabas embarazada y que sepan que siempre hay alguien dispuesto a ayudarlas.

—Me encantaría hablar con ellas —le aseguré, y ella sonrió con afecto y

cariño.

—No sabes el bien que harás, lo mucho que cambiarás la vida de esas chicas.

—Señora Benson —un hombre de unos cincuenta años la llamó y cuando lo reconocí, casi me caigo al suelo. Aquel era un galán de cine de esos que gustaba a mujeres y hombres de todas las edades.

—Ah, mi querido Ben. Cuánto me alegro de que pudieras asistir.

—¿Y perder la oportunidad de aportar mi granito de arena? Ni loco.

—Iris, querida, si me disculpas. Tengo que ir a ver todos los objetos que se subastarán esta noche. ¿Nos vemos después?

—Claro, estaré con James —sonreí, Emilia asintió y se marchó.

Eché un vistazo a la sala y tras varios minutos encontré a James, al fondo, hablando con un hombre unos centímetros más bajo que él, de cabello castaño y ojos verdes mientras ambos sostenían una copa de champán.

—James —lo llamé y se giró a mirarme.

—¿Ya te ha dejado libre mi madre? —sonrió.

—No te burles, es una mujer encantadora. Y me ha pedido que hable con las chicas de la asociación, que les cuente mi experiencia.

—¿Lo harás? —preguntó y asentí con entusiasmo mientras sonreía— Iris, este es Son, mi mejor amigo. Son, ella es Iris.

—Encantada de conocerte, Son.

—El placer es mío —dijo cogiéndome la mano para llevársela a los labios y besarla—. James me ha dicho que tienes una empresa de inversiones.

—Así es.

—¿En qué tipo de empresas inviertes?

—Restaurantes, perfumerías, pequeños negocios de moda. Recientemente he invertido en unos grandes almacenes y en una constructora.

—Impresionante. Podríamos hacer negocios juntos.

—Siempre que la oferta sea buena y beneficiosa —sonreí—. Tengo un hijo de quince años que pronto irá a la universidad.

—¿Tan joven y eres madre? —preguntó con ambas cejas elevadas.

—Gracias por lo de joven, pero no soy ninguna veinteañera.

—Lo pareces, desde luego. O al menos, no habría dicho que tuvieras más de treinta años.

—Treinta y cinco —reí—. ¿En qué podría invertir contigo?

—Voy a ampliar mi negocio, tengo un restaurante y un local de copas, y quería poner en marcha un gastro bar, ya sabes, una fusión de ambas cosas.

—Suena interesante —saqué la cartera de mi bolso de mano y le entregué una tarjeta—. Envíame a ese correo lo que tienes en mente, así como datos de ambos negocios que ya están en marcha, y si mis analistas lo ven viable, podremos hacer negocios.

—James, no dejes escapar a esta mujer, amigo, no solo es guapa, también es inteligente.

—Me vas a sacar los colores, Son —sonreí.

James sonrió de medio lado como diciendo que no pensaba dejarme escapara ni loco, pero ambos sabíamos que eso no podía ser.

Nos mezclamos los tres juntos por la sala cogiendo un canapé de aquí y de allá, y al final de la noche se llevaron a cabo las subastas.

Guiones firmados de algunas de las películas de los directores o actores de cine, así como muchos de los trajes y vestidos de actores y actrices que habían sido una leyenda de la gran pantalla. Discos de cantantes, micrófonos, y un sinfín de cosas más con las que se recaudaron miles de dólares aquella noche.

Cuando acabó la velada me acerqué a Emilia para concretar la visita a la asociación, me entregó una tarjeta y quedamos en vernos el miércoles siguiente.

—Ha sido un placer conocerte, querida —dijo abrazándome.

—Igualmente, Emilia.

—Hijo, esta mujer sería perfecta para ti —suspiró—. Debo dejaros, tengo que ayudar a las chicas a recoger.

Se despidió de su hijo con un beso, y James y yo salimos de la sala para ir hacia el coche.

En cuanto se lo trajeron, me abrió la puerta para que me sentara y no tardó en unirse a mí.

—¿Tienes tiempo para una última copa? —preguntó cogiéndome de la mano.

—Sí. ¿Dónde me llevas?

—A mi casa —respondió y noté que me miraba por el rabillo del ojo.

Ir a su casa suponía un peligro de alto voltaje, puesto que estando a solas y por cómo reaccionaba mi cuerpo al suyo, a su cercanía, a sus besos y caricias, sabía que, si me pedía una noche de juegos y pasión, no habría manera de resistirme a caer en la tentación.

Difícil hacerlo con un hombre como James Benson, un dios del pecado hecho de carne y hueso.

Capítulo27



En el momento en el que James y yo entramos en su casa, los recuerdos de lo ocurrido aquella noche y la mañana siguiente allí, se agolparon en mi mente.

Sentí que me estremecía y el escalofrío que recorrió mi cuerpo de pies a cabeza, se intensificó aún más cuando la mano de James comenzó a deslizarse lentamente por mi espalda.

—¿Vino? —preguntó entrando en la cocina y asentí, necesitaba algo frío que llevarme a la boca y tratar de apagar el fuego que empezaba a encenderse en mi cuerpo.

Tras coger la botella de vino y dos copas, me llevó de la mano hasta el salón, nos sentamos en el sofá, sirvió las copas y me ofreció una. La cogí y di el primer sorbo que me supo a gloria.

—Le has encantado a mi madre —comentó con una amplia sonrisa.

—¿Cuándo te lo ha dicho?

—No lo ha hecho, pero tampoco es que fuera necesario. Lo vi en sus ojos y en el modo en que te llevaba de un lado a otro, luciéndote con el mismo orgullo que siente por las chicas de la asociación.

—Lo que hace tu madre es admirable, pocas personas dedicarían su vida a chicas como ellas, como yo —sonreí.

—Vivió la situación de una madre soltera muy de cerca. Son, mi mejor amigo, nunca ha sabido quién es su padre, y tampoco es que le interese ahora saberlo —dijo como restándole importancia—. Mi madre y la de Son eran amigas,

ella era su mayor apoyo en aquel entonces, así como mi padre. Son ni siquiera conoce a su familia, sabemos que tiene abuelos, una tía por parte de su madre y un par de primos, pero contacto cero. Cuando Son y yo teníamos diez años, y ellas veintinueve, mi madre empezó a pensar en crear la asociación. Mi padre como era abogado se informó bien de los trámites y demás papeleos para ponerlo todo en marcha, y cuando teníamos quince años la asociación ya estaba funcionando. La madre de Son la ayudaba mucho, pero por desgracia le detectaron un tumor incurable y en unos meses la perdió. Él tenía diecisiete años, le faltaban solo cuatro meses para cumplir dieciocho, así que su madre y mis padres hicieron los trámites para que mi madre se convirtiera en su tutora legal hasta los veintiún años. Vivió con nosotros en casa y ya ves, lo considero una especie de primo —sonrió—. Ahora ya sabes cómo de involucrada está mi madre con la asociación. Ella vivió de primera mano lo que puede llegar a pasar una de esas chicas que se queda embarazada y sola en apenas unos segundos.

—Es duro, pero si tienes alguien que te apoye, se hace más llevadero —me encogí de hombros.

—¿Nunca te buscó el padre de Nico?

—No, pero eso ahora no importa. Mi hijo no tiene más padre que Zack y David.

James asintió y juraría que había fruncido el ceño, pero tal vez fue solo cosa de mi imaginación.

Me acabé el vino y tras dejar la copa en la mesa, suspiré mientras me recostaba en el respaldo del sofá con los ojos cerrados.

No tardó ni un segundo en llevar la mano a mi cuello y comenzar a masajearlo.

—¿Por qué estás tan tensa? —preguntó.

—Será por todo lo que ha ocurrido en estos días.

—Perder a alguien y los cambios que eso conlleva, puede ser estresante, sí.

Sabía que lo decía por su padre, pero no quise remover más ese momento doloroso en su vida.

James me cogió por la cintura, abrí los ojos y una vez que separó las piernas, me sentó entre ellas y comenzó a masajearme los hombros y el cuello haciéndome gemir alguna que otra vez.

—Si sigues haciendo esos ruiditos, no podré ser un caballero decente —susurró y me estremecí después de que me besara el cuello.

—No estoy haciendo ningún ruido.

—Gimes, preciosa, y tus gemidos son tan sexys, que van directos a mi entrepierna.

No le faltaba razón, y lo pude comprobar cuando movió ligeramente la pelvis hacia adelante y esa dureza que se ocultaba bajo los pantalones de su traje, rozó mi trasero.

Acabé agarrándome a sus muslos y él comenzó a deslizar las manos por mis brazos hasta que las sentí en la cintura. Subieron despacio por los costados, fueron hacia el torso y se adueñaron de mis pechos en cuestión de segundos.

James los masajeaba mientras sus labios dejaban un suave y tortuoso camino de besos de un hombro al otro, haciendo que cada pequeño resquicio de mi cuerpo se estremeciera.

Llevó las manos por debajo de la tela del escote y me pellizcó ambos pezones al mismo tiempo, haciéndome gemir ante aquel placer delirante.

—Súbete la falda del vestido, Iris —exigió en mi oído antes de darme un mordisquito en el lóbulo de la oreja.

Ni siquiera lo dudé, cogí la tela del vestido con ambas manos y comencé a subir la falda hasta tenerla toda arrugada a la altura de medio muslo.

James abandonó un pecho y llevó la mano a mi entrepierna, separando ligeramente mis muslos para tener acceso a ella.

En cuanto sus dedos entraron en contacto con mi sexo a través del encaje del tanga que llevaba, gemí agarrándome con fuerza a sus musculosos muslos.

Quería que apartara la tela y que me tocara sin barreras, quería sentir el tacto de su mano sobre mis pliegues, que ese dedo juguetón se deslizara sin piedad sobre mi clítoris.

—Estás completamente empapada, preciosa —susurró—. ¿Quieres correrte?

—Sí.

—¿Me deseas, Iris?

—Sí, te deseo, James.

—¿Deseas mis besos, mis caricias?

—Sí.

—¿Qué más deseas?

—Tu polla follándome —Dios mío, me estaba volviendo una malhablada como él.

—Así que quieres que te folle —susurró con ese tono ronco y salvaje.

—Sí, James —me mordí el labio cuando comenzó a mover más deprisa el dedo sobre mi clítoris, y noté que me estaba acercando al orgasmo de manera estrepitosa.

—Quieres que te bese, te acaricie, te devore, te folle, y haga que te corras como una loca —no lo estaba preguntando, aquella era una afirmación en toda regla.

—Sí.

—Lo voy a hacer, Iris, pero necesito que esta noche me cedas a mí el control. Quiero que esta noche seas mía, que dejes tu lado dominante en este salón, y te entregues a mí y a mis peticiones en el cuarto de juegos —no dejaba de hacer fricción en mi clítoris y yo estaba llegando al orgasmo, a esa necesaria liberación que me pedía el cuerpo—. ¿Aceptas que sea yo quien tenga el control esta noche, preciosa?

—Quiero correrme, James, estoy… ¡Joder! —moví las caderas al tiempo que él aumentaba el ritmo— James… me voy a correr.

—Acepta, Iris —prácticamente rugió esas palabras—. Dame el control esta noche y tendrás tu orgasmo, te lo aseguro, preciosa.

—Sí, sí —chillé moviendo las caderas más rápido mientras él seguía haciendo fricción.

—Dilo, di las palabras, Iris.

—Te cedo el control esta noche, James.

—Córrete —susurró en mi oído y mi cuerpo lo tomó como una orden, haciéndome estallar en mil pedazos tras aquella liberación a la que me había llevado—. Esta noche estoy al mando, preciosa. En el momento que crucemos el espejo, estás bajo mis órdenes. ¿Lo has entendido?

—Sí.

—Sí, ¿qué?

—Sí, señor.

Capítulo 28



Nada más cruzar el espejo que nos llevaba a un mundo completamente distinto al que vivíamos a diario, James hizo que me desnudara pidiéndome después que me acomodara de rodillas ante él.

Recordé en ese momento lo que me dijo la otra noche sobre lo que hacía en el cuarto de juegos con sus sumisas.

—*Les pido que se desnuden, se arrodillen, me masturben y me acojan en su boca*.

No pude evitar deslizar mi mirada desde sus ojos grises y abrasadores hasta su entrepierna al tiempo que me mordía el labio inferior pensando en lo que tenía que hacer.

James se quitó la chaqueta, la corbata y la camisa, para después acariciarme la mejilla y con dos dedos me sostuvo la barbilla haciendo que lo mirara.

—¿Recuerdas lo que te dije sobre las mujeres que entran aquí? —preguntó y asentí— Entonces, hazlo Iris —ordenó acariciándome los labios con el pulgar mientras sus ojos me quemaban con esa mirada.

Tragué con fuerza y le desabroché el pantalón, retirándolo hacia abajo llevando con ello el bóxer. En cuanto ambas prendas traspasaron su enorme erección, liberándola, sentí un irrefrenable deseo de lamerla y noté que me humedecía un poco más entre mis piernas.

Envolví con una mano su gruesa y dura virilidad y comencé a masturbarlo mientras nuestros ojos permanecían conectados en todo momento. James gimió levemente en varias ocasiones, incluso lo vi dejar caer ligeramente la

cabeza hacia atrás cerrando los ojos. Fue entonces cuando aproveché para pillarlo por sorpresa y, tras abrir los labios mientras los acercaba a su glande, deslicé la lengua por toda su longitud y me llevé aquella tímida gota de su esencia con ella.

James abrió los ojos de golpe y me miró con auténticas llamaradas en esos iris grises que me hacían entrar en combustión. Lo acogí en mi boca, lamí y succioné, saboreando cada centímetro de su miembro mientras él gemía una y otra vez.

No aparté la mirada de su rostro ni tan siquiera un segundo, no quería perderme ninguna de sus reacciones. Quería observarlo y, como hacía con mis acompañantes, ver qué era lo que más le gustaba para hacerlo de nuevo y darle aún más placer.

Comenzó a mover las caderas llevando su miembro dentro y fuera de mi boca como si me follara, y aquello no hizo más que excitarme más de lo que ya estaba. Gemí mientras pecaba de lasciva con ese hombre que me tenía a su merced, y entonces me sorprendió con sus palabras.

—Tócate, Iris, fóllate con dos dedos.

Dios mío, qué manera más sucia y jodidamente excitante de hablar tenía.

Llevé la mano libre a mi entrepierna, aparté la tela del tanga a un lado y tras un par de roces con los dedos en mi clítoris, comencé a masturbarme con dos dedos tal como había pedido, siguiendo el ritmo sus embestidas en mi boca.

Gritó poco antes de apartarse y por el modo en el que apretaba la mandíbula supe que lo había hecho para no acabar en mi boca.

—Eres preciosa, Iris —susurró inclinándose y me dio un beso apasionado.

Parecía que no era yo la única que recompensaba a mis compañeros de juegos con un beso.

Tras quedarse completamente desnudo, me ayudó a levantarme y, con las manos entrelazadas, me llevó hasta la cruz donde me inmovilizó las muñecas y los tobillos. Fue hacia una de las cajoneras y regresó con las pinzas para los pezones, esas mismas que colocó después lamerlos y mordisquearlos.

—Auch —gemí al notar el segundo pellizco y él sonrió.

—Es solo un momento, enseguida se pasa —me besó y volvió a dejarme sola, desnuda y expuesta en la cruz.

Cuando volvió lo hizo con un vibrador y un succionador de clítoris, noté una punzada de deseo entre mis piernas y, de haber podido, las habría cerrado con fuerza para hacer fricción y correrme, lo necesitaba puesto que no me había dejado hacerlo cuando me pidió que me masturbara mientras lo acogía en mi boca.

Encendió el vibrador y lo fue pasando despacio por mis pechos, por el vientre, el interior de los muslos, y finalmente, sobre mi excitado clítoris. Gemí al notar aquella descarga en la zona y comencé a moverme con la espalda arqueada y los ojos cerrados mientras me agarraba con fuerza a las cuerdas de los grilletes.

James me besaba el cuello y tiraba ligeramente de las pinzas, alternando una y otra, haciéndome gritar por esa mezcla de placer y dolor que sentía.

Fue entonces cuando comenzó a penetrarme con el vibrador, llevándolo a lo más hondo de mi ser, rápido y con fuertes embestidas, y colocó el succionador sobre mi clítoris.

Aquello fue la gota que colmó el vaso, y rebosante de necesidad, le pedí que me permitiera correrme.

—Córrete, Iris, grita para mí, preciosa —ordenó, y mis gritos fueron tan fuertes que agradecí que estuviéramos solos en la casa y que aquel cuarto estuviera insonorizado.

Respiraba agitada y sentía que me faltaba el aire, notaba el cuerpo laxo y relajado al mismo tiempo, pero sabía que no habíamos acabado.

Cuando James me liberó de los grilletes, me besó con auténtica posesividad, como si quisiera hacerme ver que era suya en ese momento, durante toda la noche.

Me llevó hasta el potro, tal como recordaba que había dicho que solía hacer, y tras recostarme en él sobre mi vientre, ató mis muñecas uniéndolas por la parte de abajo y me separó las piernas.

—¿Fusta o látigo, preciosa? —preguntó mientras me acariciaba la mejilla.

—No sé, no he probado con ninguno.

—¿Quieres probar los dos? —sonrió juguetonamente al tiempo que arqueaba la ceja.

—Solo si prometes que no me harás daño con el látigo.

—Nunca —rugió cogiéndome la barbilla y levantando mi cabeza para que lo mirara— escúchame bien, nunca hago daño a mis sumisas. Les doy placer, les muestro el placer a través del leve dolor, pero jamás las golpeo para hacerles daño. Dime que confías en mí.

—Confío en ti —dije en apenas un susurro y pude ver un atisbo de compasión y cariño entre la rabia que mostraban sus ojos en ese momento.

James asintió y lo perdí de vista en cuanto desapareció de mi lado. Escuché que se movía por la habitación y cuando regresó noté la leve caricia de una especie de lengua de cuero. Eso debía ser la fusta.

La pasó por mi espalda, bajando despacio, muy lentamente, dio un ligero golpecito en cada una de mis nalgas, la deslizó por entre los muslos bajando y volviendo a subir por las piernas, y cuando la sentí sobre el clítoris, me puse un poco tensa y nerviosa.

Lo siguiente que noté fue el impacto de aquella lengua de cuero golpeando directamente en mi sexo tras un suave y breve silbido.

—¡Ah! —grité, pero más por la sorpresa que por el dolor, que no lo sentí, siendo sincera conmigo misma.

—¿Sabes que puedo hacer que te corras así, preciosa? —dijo volviendo a pasar la fusta por mis muslos y subiendo por la ligera separación que había entre mis nalgas— ¿Te gustaría comprobarlo?

—Sí.

—Sí, ¿qué?

—Sí, señor —respondí, y a pesar de que me sentía cómoda bajo sus órdenes, me costaba todo mi autocontrol no liberar la mujer dominante y exigente que habitaba en mí.

—En futuros despistes como ese, no te daré un aviso, directamente, será un castigo. ¿Lo has entendido?

—Sí —me mordí el labio sopesando la posibilidad de no llamarlo señor, porque, joder, me costaba controlar a la mujer que prefería dar órdenes que recibirlas—, señor —añadí al escucharlo coger aire, como si estuviera esperando mi desobediencia directa para castigarme.

—Así me gusta, que obedezcas.

Sí, sí, a él le gustaba y no iba a negar que, en el fondo, pero muy en el fondo, me gustaba y excitaba que me exigiera hacer cosas, y al mismo tiempo me preguntaba qué tipo de castigo recibiría si desobedecía.

James volvió a jugar con la fusta sobre la humedad de mi sexo y comenzó a golpearlo despacio y con una destreza que me sorprendió, hasta que noté que me empezaba a excitar mucho más y cómo se formaba el orgasmo en mi vientre.

—Dios mío —murmuré.

—Vas a correrte, ¿verdad?

—Joder, sí.

—Pues hazlo, preciosa, córrete y grita.

Comenzó a azotar mi clítoris con movimientos más seguidos, sabiendo exactamente en qué punto y cómo debía golpear, y me corrí a chillidos.

Antes de que los últimos coletazos de aquel inesperado y sorprendente orgasmo acabaran, noté varias lenguas de un látigo golpeando levemente en mis nalgas, primero en una, después en otra, y cuando creí que no sería posible enlazar un orgasmo con otro de ese modo, James me mostró que sí se podía.

Golpeó repetidamente con el látigo en mis nalgas y con la fusta en mi sexo, y chillé liberando un nuevo orgasmo.

Escuché cómo caían los dos al suelo, noté las manos de James aferrándose a mis caderas, y lo siguiente que hice fue gritar con todas mis fuerzas cuando

me penetró de una sola embestida golpeando en lo más hondo de mi ser.

Me folló sin piedad, tal como dijo, hasta que me corrí de nuevo en apenas unos minutos.

Sentí que podía desfallecer en cualquier momento cuando James se retiró, noté sus manos mientras extendía una especie de gel sobre mis nalgas, dando suaves masajes acompañados de breves besos que dejaba por la espalda.

Liberó mis muñecas y las frotó suavemente antes de ayudarme a que me incorporara.

Me besó con dulzura en los labios y me llevó de la mano hasta el columpio.

—No creo que pueda aguantar más —dije, porque en ese momento sentía que mi cuerpo no resistiría un nuevo asalto, y mucho menos, suspendida en el aire.

—Claro que vas a aguantar, preciosa —sonrió y no tardó apenas nada en colocarme allí arriba.

Me mantenía suspendida por las muñecas y los robillos, con las rodillas flexionadas de modo que tenía las piernas levantadas.

—Si me pones un paracaídas, es como si acabara de lanzarme desde un avión —comenté y James soltó una carcajada.

—Eres única, preciosa —sonrió al tiempo que se inclinaba para besarme y, tras ese dulce beso, me sostuvo por la barbilla para mirarme a los ojos—. Nunca antes una sumisa había sido tan parlanchina. No acabas de lanzarte en paracaídas desde un avión, pero te aseguro que vas a sentir que vuelas estando ahí suspendida, con mi polla enterrada en ti.

Ese hombre tenía una labia y una manera de conseguir excitarme, que me sobrepasaba.

Eché un vistazo a su erección, esa que parecía dar brinquitos ante mis ojos, y el muy jodido sonrió juguetonamente.

—¿Quieres probarla de nuevo?

—Sí, señor.

—Dios, eres una pequeña diablilla —me dio un beso rápido y desapareció de mi vista.

¿Tanto me gustaba estar a merced de ese hombre? Jamás se lo habría permitido a otro, pero con James era todo tan natural, que asustaba.

Capítulo 29



James regresó con la mordaza en la mano. Me pidió que abriera la boca y la colocó, aquel era su modo de mantenerme callada al menos mientras jugaba conmigo en ese columpio.

—Si pudiera hacerte una foto ahora mismo, la haría para contemplar esta imagen cuantas veces quisiera. Superas con creces todas esas veces que te he imaginado aquí, Iris —susurró acariciándome la mejilla.

No me había quitado aún las pinzas de los pezones y podía asegurar que se me habían dormido después de tanto tiempo con ese pellizco en la zona. James me acarició ambos pechos y en ese momento las retiró de una vez haciéndome gritar.

Sonrió y se llevó mis pezones a la boca, lamiendo y succionando con glotonería, haciendo que me excitara de nuevo.

Se colocó a mi espalda, separando un poco más mis piernas, y mientras me sostenía con una mano por la cadera, noté que deslizaba su erección con la otra por todo mi sexo.

—Joder, Iris, estás empapada —gruñó y comenzó a moverse más y más rápido, haciendo fricción con su miembro duro y palpitante sobre mi excitado y sensible clítoris.

Gemí hasta que grité liberando un orgasmo, lo que demostraba que mi cuerpo era sumamente sensible y reaccionaba a las exigencias de James gustosamente.

Me penetró con fuerza y comenzó a bombear rápido y hasta lo más hondo de

mi ser, lo notaba llenándome por completo en esa posición. Se aferraba con fuerza a mis caderas y se movía cada vez más y más rápido, era un ritmo casi frenético mientras el columpio hacía que me balanceara una y otra vez.

Gemí, me estremecí, me agarré con todas mis fuerzas a las cuerdas que me mantenían allí suspendida y grité cuando el orgasmo me golpeó de nuevo catapultándome al abismo.

—Así, córrete Iris, córrete sobre mí —exigía sin dejar de entrar y salir mientras yo estaba envuelta en aquella espiral orgásmica a la que me había llevado él.

Tras mi liberación y aún con su miembro duro y erecto, se situó delante de mí, retiró la mordaza sin permitirme cerrar la boca, y llevó su miembro hacia mis labios para que lo acogiera.

—Mírame —exigió mientras se movía dentro y fuera, mientras mi saliva bañaba su longitud y se mezclaba con el sabor de su esencia.

Había hecho eso muchas veces a mis compañeros de juegos, pero jamás se había sentido tan íntimo y a la vez excitante como con James.

Golpeaba en lo más profundo de mi garganta y notaba cómo me caían algunas lágrimas por el rabillo de mis ojos, y no, no estaba llorando ni mucho menos, era por lo profundas que eran sus embestidas.

Dejó caer la cabeza hacia atrás y se apartó rápido, en sus ojos vi que seguía conteniéndose para no correrse aún, lo que me sorprendía bastante por el aguante que mostraba. Podía dar fe de que James Benson era un contrincante sexual excelente para mí.

Cuando me bajó del columpio no besé el suelo de casualidad, me temblaban las piernas de tal modo que me iba a costar mantener el equilibrio. Menos mal que James era grande, fuerte y tenía buenos reflejos, que, si no me hubiera sujetado por la cintura, me veía gateando hasta el próximo destino.

Me llevó a la cama, pero tal como relató en nuestra primera cena con sexo incluido, no me recostó en ella, sino que ató mis manos alrededor de uno de los postes con un delicado pañuelo de seda negro.

Esperaba con impaciencia su siguiente movimiento, ese en el que me follaría con fuerza hasta hacerme perder la voz por mis gemidos y gritos de placer, pero en lugar de eso, noté que se arrodillaba y tras separar mis piernas, sentí la

punta de su lengua en una lenta lamida sobre el clítoris.

—Oh, por Dios —gemí agarrándome al poste de la cama cuando comenzó a lamer más y más rápido.

Sentía las piernas tan flojas y temblorosas, que temía acabar cayendo desmadejada en el suelo. James se aferró a mis nalgas, dejando de vez en cuando un sutil azote en ellas, y devoró mi sexo con ansia hasta que me corrí en su boca.

No tardó en embestir con fuerza hasta lo más hondo de mi ser mientras aún sentía esos últimos coletazos del orgasmo, haciéndome gemir y gritar, bombeando una y otra vez, llenándome por completo, envolviéndome con el calor que desprendía su cuerpo.

Me rodeó por la cintura con un brazo y llevó la mano entre mis piernas, deslizó el dedo entre los húmedos pliegues y torturó el sensible botón del placer que pedía una tregua que James no iba a darle.

Así nos llevó a ambos al clímax, liberando entre gritos y chillidos un nuevo orgasmo para mí, el único para él, ese que había postergado para jugar conmigo a su antojo.

—Eres increíble, Iris —susurró besándome el cuello, aún enterrado en lo más profundo de mi ser.

—Y tú insaciable —sonreí.

—Preciosa, con una mujer como tú, que se resiste a obedecer, pero mantiene a raya a la mujer controladora y exigente que habita en ella, es imposible saciarse. Te puedo asegurar que quiero más de esto, Iris —sostuvo mi barbilla con dos dedos, mirándome fijamente—. Más de tu parte exigente y de tu lado sumiso —me besó con ese punto posesivo que me gustaba y disfruté de aquel momento hasta el último segundo.

Soltó el nudo del pañuelo con el que me inmovilizaba las muñecas y dejó un suave beso en mi cuello antes de retirarse. No dudó en cogerme en brazos y cuando acomodé la cabeza en su pecho, se me escapó un leve suspiro.

Cerré los ojos puesto que me pesaban por el agotamiento. ¿Cómo podía estar él tan fresco como una rosa después de la sesión que habíamos tenido?

—Debería vestirme para irme a casa —murmuré.

—Vas a dormir aquí, preciosa.

—James, tengo un hijo…

—¿Y? No está solo, y ya es un adolescente responsable.

—Pero…

—Nada de peros, te quedas conmigo. Te quedarás conmigo muchas noches más, Iris, puedes estar segura de eso. No voy a dejar que ningún otro te dé el placer que yo puedo darte —me besó en la frente y sentí una calidez que me resultaba difícil de explicar en ese momento.

Al igual que la primera noche, me llevó a la ducha y tras ese breve, pero reconfortante momento, fuimos a la cama.

James se pegó a mi espalda mientras me rodeaba con el brazo por la cintura y, tras un beso en el cuello, me deseó buenas noches.

¿Por qué tenía la sensación de que, a su lado, todas las noches que compartiera serían no solo buenas, sino magníficas, perfectas incluso?

No debía dejar que traspasara los muros que flanqueaban mi corazón, nadie más que mi hijo tenía cabida en mi vida. Nico era mi mundo, solo él.

Capítulo 30



Una suave caricia en la cadera hizo que me despertara. Estaba tumbada bocabajo en la cama, con los brazos debajo de la almohada y la luz del sol que entraba por la ventana me daba en el rostro.

Me desperecé y giré para encontrarme con la sonrisa de un James completamente vestido.

—Buenos días, preciosa —dijo inclinándose para besarme.

—¿Qué hora es?

—Casi las diez.

—¿Qué? —me incorporé de inmediato y en cuanto James me vio los pechos, abrió los ojos con ese deseo instalado en ellos— Ey, mirada al frente —dije dando una palmada para que me obedeciera, y lo hizo.

—¿Fuera del cuarto también vas a darme órdenes? —Arqueó la ceja.

—Efectivamente, soy la teniente O'Neal española.

—¿Dónde crees que vas, preciosa? —fue rápido al cogerme por la cintura y atraerme hasta su cuerpo.

Me besó el cuello y no tardó en cubrir un pecho con una de sus manos y hundir la otra entre mis piernas.

—James, tengo que irme.

—No hemos desayunado —murmuró con ese tono ronco y sensual que me excitaba.

—Me esperan en casa, seguro que estarán preocupados —insistí, pero él no cedió.

Consiguió lo que quería, excitarme al punto de que me recostara en la cama, abierta y expuesta para él, y devoró mi sexo hasta llevarme al orgasmo.

Cuando acabó de saborearme, me miró con una sonrisa de victoria en los labios y gateó por la cama hasta dejar sus labios a solo un milímetro de los míos.

—No sabes cómo quisiera tener este desayuno todas las mañanas —murmuró antes de besarme, y por Dios que me excité más aún con esa mirada que afianzaba cada una de sus palabras.

—Tengo que irme, en serio.

—Yo te llevo —me dio un beso en la frente y salió de la cama—. Vístete y ven a la cocina, tienes café esperándote.

Asentí y lo vi salir de la habitación. Llevaba unos vaqueros y un polo, estaba sexy hasta decir basta.

Me dejé caer en la cama con los ojos cerrados y pensé que a mí también me gustaría despertar y que él estuviera allí, pero eso no sería posible.

Suspiré y me vestí, ya que James había dejado mi ropa en el sofá. Me arreglé el pelo lo mejor que pude antes de ir a la cocina y lo encontré hablando por teléfono. Escuché el nombre de Son y algo sobre que comerían juntos, pero no quise entrometerme, así que me tomé el café mientras miraba mi propio teléfono.

Tenía un par de llamadas de mi hermana y un mensaje en el que preguntaba si mi dios del sexo me había dejado sin fuerzas. Qué cabrona podía llegar a ser la inocente Inés.

James me dio un beso antes de que saliéramos de casa y me llevó hasta la mía sin soltar ni un momento mi mano.

—Hay algo que quería comentarte —dijo cuando llegamos y paró el coche.

—Dime.

—Tengo que viajar a Vancouver el próximo fin de semana.

—Ah, bien, no necesitas mi permiso, James, no soy nada tuyo —le cambió el gesto cuando dije eso, pero no hizo alusión alguna a mis palabras.

—Tengo que ir a ojear a un posible jugado para el equipo, están interesados en ficharlo y quieren mi opinión. Me gustaría llevar a Nico conmigo, para que vea cómo es el fútbol en la universidad.

—¿Quieres llevar a mi hijo a Vancouver? Estás de broma, ¿no?

—No, lo digo en serio. Nico es buen jugador y seguro que se le da bien ojear —sonrió.

—Nunca ha salido de viaje sin mí, y esta no va a ser la primera vez.

—Bien, entonces, iremos los tres.

—Por supuesto que iremos los tres —me crucé de brazos.

—Perfecto, sacaré los billetes mañana.

James empezó a sonreír con picaría, el muy jodido me la había jugado.

—No, espera, un momento. ¿Querías conseguir que yo fuera a ese viaje contigo y has usado a mi hijo para ello? Eso es jugar sucio, James Benson.

—Preciosa, si vuelves a decir mi nombre de ese modo, no respondo de lo que pase en este coche.

Tragué con fuerza porque por el modo en el que me miraba, sabía que era muy capaz de ponerlo en marcha y llevarnos a un lugar apartado para follarme allí mismo.

¿El hecho de que esa posibilidad me excitara estaba bien? Dios mío, ese hombre conseguía llevarme a la locura y la perdición tan solo con hacerme imaginar las cosas que él podía estar pensando en hacerme.

—Esta semana verás a mi madre en la asociación, ¿no es así?

—Sí, el miércoles pasaré por allí.

—¿Cuándo irás?

—Seguramente después de comer, me tomaré la tarde libre.

—Come conmigo —me pidió.

—Había pensado comer con mi hermana y llevarla a la asociación, ahora que se ha quedado sola con el embarazo…

—Quieres que vea que hay más chicas en su situación, aunque no bajo las mismas circunstancias.

—Sí, como me pasó a mí.

—Te veré el miércoles por la tarde, entonces —sonrió y se inclinó para besarme.

—James, podrían vernos.

—No hay nadie en tu puerta, y tampoco se han asomado a las ventanas.

—Veo que lo tienes todo bajo control —sonreí.

—Por supuesto —hizo un guiño y me estremecí.

—Nos vemos, James.

—El miércoles.

—¿De verdad vas a ir a la asociación solo para verme?

—Exacto.

—No eres de los que se dan por vencidos fácilmente.

—Ni de los que acepta un no por respuesta.

Suspiré y salí del coche. No me volví a mirar hacia atrás ni una sola vez, me

limité a ir hacia la casa y cuando entré, escuché la música que provenía de la cocina.

Allí encontré a mi hermana y a Brenda cantando a todo pulmón como si de Christina Aguilera y Alejandro Fernández se trataran.

—*Hoy tengo ganas de ti. Quiero apagar en tus labios la sed de mi alma. Y descubrir el amor juntos cada mañana…*—cantaban a dúo, espátula en mano como si fuera un micrófono.

Sonaban tristes y por su voz temblorosa sabía que mi hermana estaba a punto de llorar. Aquella canción decía tanto, representaba tanto el momento que estaba viviendo, que no era de extrañar que llorara. Sabía que, aunque no lo hiciera delante de ninguno de nosotros, por las noches seguía llorando abrazada a la almohada.

—¡Tú sí que vales! —comencé a corear dando palmas— ¡Tú sí que vales!

—Coño, Iris, qué susto —dijo mi hermana llevándose la mano al pecho.

—Normal que te asustes, si estás aquí dándolo todo y con la música tan alta —reí.

—Nos hemos dejado llevar por el momento, mi niña —se excusó Brenda, encogiéndose de hombros.

—Claro que sí, mujer, que Inés cante es bueno para las lluvias.

—¡Serás bruja! —chilló mientras me lanzaba un puñado de harina— Ostras, el vestido —dijo tapándose la boca con ambas manos.

Miré hacia abajo y me había puesto el corpiño perdido de harina, todo blanco que estaba. Arqueé la ceja y me eché a reír.

—Verás la tintorería —dije cuando me calmé, y en ese momento empezó a sonar una canción de Azúcar Moreno en la radio—. ¿Qué estáis escuchando?

—Tu hermana, que ha buscado una emisora con clásicos en español —contestó Brenda.

—Y tan clásicos, esta la cantaba mamá cuando éramos pequeñas y teníamos un mal día. ¿Te acuerdas?

—Sí —Inés sonrió con los ojos cerrados, como si recordara aquellos días.

En ese momento llegó la parte del estribillo que mi madre cantaba, y no pude evitar coger la mano de mi hermana. Cuando me miró, ambas cantamos como lo hacía ella.

—Si te quieren amargar con problemas y demás no te dejes convencer. Solo se vive una vez…

La echábamos de menos, pero Brenda había sabido llenar con creces ese vació que dejaron trece años atrás nuestros padres.

—¿Y Nico?

—Se ha ido a la playa con Caroline. Yo creo que esos dos son más que amigos —comentó Inés.

—Mujer, se conocen desde que iban al colegio.

—Ya, ya, pero esa niña se sonroja cuando Nico la mira y, ¿no te has dado cuenta de que tu hijo le coge la mano disimuladamente o se la acaricia cuando están muy juntitos?

—¿Qué? No, no he visto nada de eso.

—Pues fíjate bien la próxima vez, hermana, que me parece a mí que tenemos un amor adolescente en casa —sonrió.

No sabría decir si Inés estaba en lo cierto o no, pero si a Nico le gustara Caroline me lo habría dicho, ¿no? Era su madre, pero teníamos confianza para hablar de cualquier cosa, y así se lo hice saber a mi hermana.

—Iris, te voy a decir una cosa. Por mucha confianza que tenga Nico contigo como su madre que eres, o conmigo por ser su tía, nunca será tan abierto para hablar de ciertos temas como puede serlo con David o como lo era con Zack.

Tenía razón, y cuando la tenía, la tenía. Aun así, estaría más atenta por si existía ese amor adolescente del que hablaba.

Capítulo 31



Acababa de terminar de comer con mi hermana y le pedí a Jack que nos llevara a la asociación de Emilia, le había hablado a Inés del tema y estaba deseando ir.

Ella había vivido de primera mano conmigo lo que era ser madre soltera, y a pesar de que conté con la ayuda de mis padres hasta que fallecieron, vio cómo sacaba adelante a mi pequeño y a ella, desde que nos mudamos a San Francisco.

Cuando Jack paró el coche frente aquel edificio, sonreí. Se trataba de una casa, el lugar que aquellas jóvenes podían llamar hogar durante el tiempo que Emilia y su equipo las ayudara.

Era una casa típica de la ciudad, tenía tres plantas por lo que podía ver, la fachada era de color marfil y el tejado negro. Todas las casas de esa calle eran iguales, salvo que solo la de la asociación contaba con la plaquita identificativa con el nombre.

—Puedes irte, Jack, te avisaré cuando acabemos —le dije y asintió.

Inés y yo caminamos hacia la entrada, llamé y esperamos a que nos abrieran la puerta. Lo hizo una chica de unos diecisiete años, morena, con los ojos verdes muy claros y expresivos, una preciosa sonrisa y una barriguita de, al menos, cinco meses.

—Hola —saludó—. ¿En qué puedo ayudarlas?

—Hola. Soy Iris Duarte, tenía una cita con Emilia Benson.

—Está en su despacho hablando por teléfono, pasen, iré a avisarla —se hizo a un lado y nos dejó entrar.

La puerta daba directamente a un amplio salón, al fondo había una puerta y a la izquierda, unas escaleras, justo debajo se encontraba otra puerta por la que desapareció aquella chiquilla.

—No tendrá ni dieciocho años —dijo Inés, con la mirada puesta en la puerta.

—Diecisiete, como mucho —respondí.

—¿En qué piensan los padres de esas pobres chicas? Bastante desgracia es para ellas saber que su pareja las deja tiradas, como para que encima… —suspiró— Tú tuviste mucha suerte con papá y mamá.

—Sí, pero abandoné mi carrera y eso no les gustó tanto.

—Hasta que vieron la carita de Nico y se enamoraron de él —sonreímos al recordar ese momento, del que conservábamos una foto.

La puerta se abrió de nuevo y la chica salió sonriendo, se despidió con un gesto de la mano y fue hacia las escaleras, pero bajó en vez de subir, no me había dado cuenta de que al lado de la puerta había una pequeña barandilla. Emilia se acercó a nosotras y a pesar de que sonreía, no era un gesto de alegría absoluta.

—Iris, querida —me abrazó y dio un par de besos—. Qué alegría volver a verte.

—Lo mismo digo, Emilia. Ella es Inés, mi hermana.

—Oh, no sabía que tenías una gemela, ¿o sois mellizas?

—No —ambas reímos al mismo tiempo, no era la primera vez, ni tampoco sería la última, que escuchábamos eso—. Ella es la pequeña, nos llevamos cinco años.

—Quién lo diría, sois casi idénticas.

—Mi madre, que quiso hacernos igualitas —dijo mi hermana.

—Bienvenidas a la asociación —Emilia sonrió y vi orgullo en su mirada—.

Vamos, os haré un recorrido —su móvil empezó a sonar y se disculpó tras un largo suspiro.

Regresó a la puerta que intuí era de su despacho y en ese momento salieron varios niños correteando desde la puerta del fondo, que resultó ser la cocina.

—¡Pequeños diablillos! ¡Parad ahora mismo! —gritó entre risas una chica rubia de ojos marrones.

Eran cuatro niños que no tendrían más de tres o cuatro años, y acabaron abrazados a mis piernas y a las de Inés.

Ambas reímos mientras ellos se escondían.

—¡Ay, Dios! No, no, no. ¿Qué os tenemos dicho de las visitas?

—Hola —un precioso niño moreno con los ojos negros, sonrió agitando su mano sin soltar mi pierna.

Sonreí, me incliné y no pude evitar cogerlo en brazos.

—Hola. ¿Cómo te llamas, cielo? —pregunté.

—Aaron.

—Vaya, qué nombre más bonito.

—Aaron, Liam, Daniel, Ben, no molestéis a las señoras —dijo la chica.

—Tranquila, no molestan —le aseguró mi hermana, que se había puesto en cuclillas para hablar hacer cosquillas a los dos pequeños que estaban con ella.

—Lo siento, siempre se me escapan después de su vaso de leche con galletas —resopló—. ¿Están esperando a Emilia?

—Sí, pero ya nos ha visto, ha ido a hablar a su despacho —respondí.

—Vamos, diablillos, hora de colorear.

Emilia salió en ese momento y sonrió al ver la imagen que mostrábamos. Aaron seguía en mis brazos y mi hermana hacía reír a los dos niños mientras la chica cogía al otro en brazos.

—Veo que conocéis a los futuros jinetes del Apocalipsis —dijo Emilia en tono divertido.

—Pero si son encantadores —comentó Inés.

—Os invito a pasar un día entero con ellos, seguro que se os quitan las ganas de ser mamás —rio Emilia.

—Tarde, Iris ya lo tiene más que criado, y yo acabo de quedarme embarazada.

—Vaya, pues felicidades, querida. ¿Era esperado? —le pasó la mano por el vientre y en ese momento Inés sonrió con tristeza.

—Mucho, varios años intentándolo, y este fue el cuarto intento de inseminación in vitro. Iba a ser el último.

—Felicidades entonces, y a tu esposo —le tocó el anillo, ese que mi hermana se negaba a quitarse, como tampoco se quitaba la cadena en la que había colgado el anillo de Zack.

—Falleció hace unos días, el mismo en el que me enteré que estaba embarazada.

—Lo lamento mucho —dijo Emilia con verdadero pesar en la voz, acariciándole el brazo.

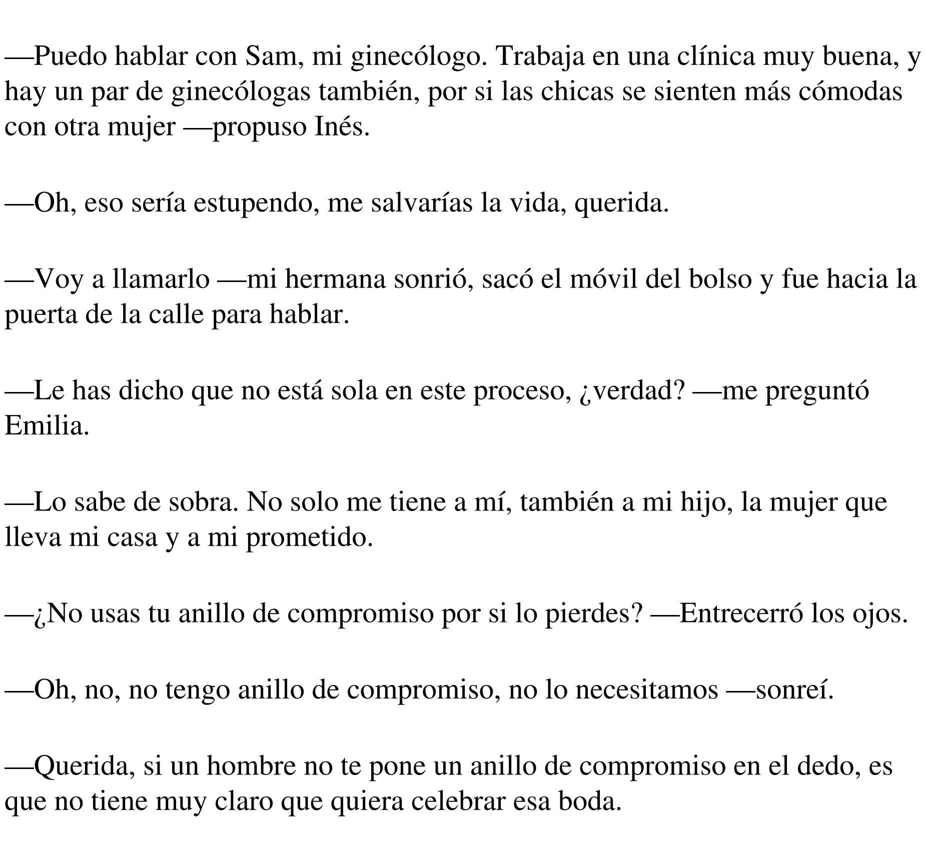
Me miró y sonrió, como diciendo que entendía por qué había querido llevarla allí.

—Mina, lleva a los niños a la sala de juegos —le pidió a la chica, y ella asintió al tiempo que dirigía a los niños hacia la escalera.

Los cuatro sonreían y se despedían de nosotras agitando sus manitas.

—Emilia, ¿va todo bien? Pareces preocupada —dije antes de que nos hiciera el recorrido por la casa.

—El ginecólogo que atendía a mis chicas se va de San Francisco, va a cerrar la clínica. Bueno, ya la ha cerrado de hecho, y me acaba de avisar hoy. Todas tenían revisiones programadas para el viernes, y llevo desde esta mañana tratando de encontrar un ginecólogo que pueda atenderlas.



—Puedo hablar con Sam, mi ginecólogo. Trabaja en una clínica muy buena, y hay un par de ginecólogas también, por si las chicas se sienten más cómodas con otra mujer —propuso Inés.

—Oh, eso sería estupendo, me salvarías la vida, querida.

—Voy a llamarlo —mi hermana sonrió, sacó el móvil del bolso y fue hacia la puerta de la calle para hablar.

—Le has dicho que no está sola en este proceso, ¿verdad? —me preguntó Emilia.

—Lo sabe de sobra. No solo me tiene a mí, también a mi hijo, la mujer que lleva mi casa y a mi prometido.

—¿No usas tu anillo de compromiso por si lo pierdes? —Entrecerró los ojos.

—Oh, no, no tengo anillo de compromiso, no lo necesitamos —sonreí.

—Querida, si un hombre no te pone un anillo de compromiso en el dedo, es que no tiene muy claro que quiera celebrar esa boda.

Iba a hablar, pero Inés entró en ese momento con el móvil pegado a la oreja, le preguntó a Emilia si le parecía bien que Sam se pasara en una hora a verla y hablar de lo que necesitaba, y ella accedió encantada.

Mi hermana se despidió de Sam y empezamos con el recorrido por la casa.

Tal como había visto cuando los niños salieron corriendo, la puerta que por la que lo habían hecho era de la cocina. También era amplia, al igual que el salón, y daba a un precioso y acogedor jardín trasero en el que no faltaba un buen surtido de juguetes, además de una mesa con dos bancos de madera.

Regresamos al salón y nos llevó por las escaleras hacia la primera planta, donde había cuatro dormitorios que nos dijo pertenecían a las mujeres que trabajaban allí y se encargaban de la casa, la cocina, el cuidado de los pequeños y ayudaban a las madres con el papeleo y los estudios.

En la última planta había ocho dormitorios, Emilia nos dijo que eran cuatro igual que los que habíamos visto abajo, solo que decidieron dividirlos en dos para que cada chica tuviera su propio espacio, aunque después se reunieran

todas en el salón.

—Las ocho están embarazadas, tienen entre dieciséis y diecinueve años, sus familias las han dado completamente de lado y vinieron aquí animadas por sus profesores de instituto en el caso de las más jóvenes, y porque nos encontraron en Internet, las dos más mayores —comentó Emilia.

—¿Y esos cuatro niños?

—Ah, ellos son como de la familia —sonrió—. Sus madres estuvieron aquí, todas se quedan hasta que el bebé cumple su primer año, para entonces ya las hemos guiado y ayudado a encontrar trabajo y un apartamento donde vivir, pero no nos desvinculamos por completo de esas dos criaturas. Cuidamos de los pequeños mientras ellas trabajan y cursan otros estudios.

—Eso es admirable, Emilia —dije acariciándole el brazo—. James me contó que la madre de Son pasó por lo mismo que yo.

—Sí, mi mejor amiga pasó por esto y yo la acompañé. Esta asociación se puso en marcha por ella. Mi marido me ayudó mucho para que mi deseo fuera una realidad. Y ahora es James quien ayuda a las chicas con todos los temas legales. Aunque no ejerza, mi hijo es un buen abogado.

—¿James es abogado? —fruncí el ceño, puesto que no me lo había contado.

—Sí, siguió los pasos de su padre hasta que acabó la carrera, pero prefirió hacerse representante deportivo y no le va nada mal. Que sepa de leyes es un punto a su favor a la hora de encontrar contratos beneficiosos para sus chicos.

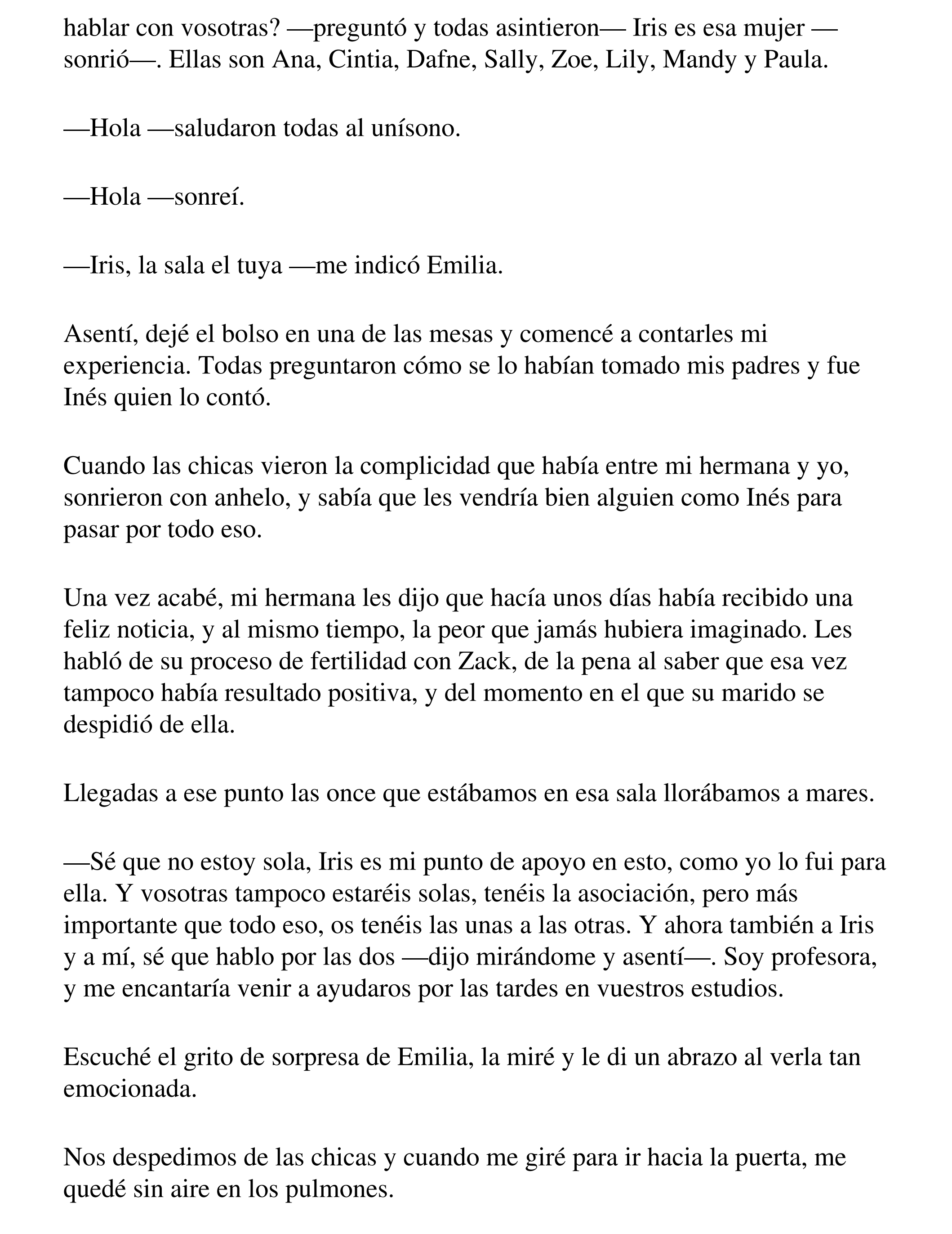
Nos enseñó por último la sala de juegos donde los cuatro diablillos coloreaban tranquilamente, y Mina sonrió.

—Apocalipsis controlado —dijo haciendo que las tres riéramos.

Regresamos abajo y nos llevó hasta el sótano, donde habían montado una amplia zona de estudios. Tres mesas redondas con cinco sillas rodeadas de estanterías repletas de libros y enciclopedias.

Allí encontramos a las ocho chicas, repartidas por las mesas donde había varios libros abiertos y estaban apuntado en sus cuadernos.

—Chicas, ellas son Iris e Inés. ¿Recordáis que os dije que vendría una mujer a



hablar con vosotras? —preguntó y todas asintieron— Iris es esa mujer —sonrió—. Ellas son Ana, Cintia, Dafne, Sally, Zoe, Lily, Mandy y Paula.

—Hola —saludaron todas al unísono.

—Hola —sonreí.

—Iris, la sala el tuya —me indicó Emilia.

Asentí, dejé el bolso en una de las mesas y comencé a contarles mi experiencia. Todas preguntaron cómo se lo habían tomado mis padres y fue Inés quien lo contó.

Cuando las chicas vieron la complicidad que había entre mi hermana y yo, sonrieron con anhelo, y sabía que les vendría bien alguien como Inés para pasar por todo eso.

Una vez acabé, mi hermana les dijo que hacía unos días había recibido una feliz noticia, y al mismo tiempo, la peor que jamás hubiera imaginado. Les habló de su proceso de fertilidad con Zack, de la pena al saber que esa vez tampoco había resultado positiva, y del momento en el que su marido se despidió de ella.

Llegadas a ese punto las once que estábamos en esa sala llorábamos a mares.

—Sé que no estoy sola, Iris es mi punto de apoyo en esto, como yo lo fui para ella. Y vosotras tampoco estaréis solas, tenéis la asociación, pero más importante que todo eso, os tenéis las unas a las otras. Y ahora también a Iris y a mí, sé que hablo por las dos —dijo mirándome y asentí—. Soy profesora, y me encantaría venir a ayudaros por las tardes en vuestros estudios.

Escuché el grito de sorpresa de Emilia, la miré y le di un abrazo al verla tan emocionada.

Nos despedimos de las chicas y cuando me giré para ir hacia la puerta, me quedé sin aire en los pulmones.

Allí, apoyado en el marco, con un traje azul marino, camisa blanca, corbata, cruzado de brazos y piernas, estaba James con ese aire seductor que desprendía.

—Hijo, ¿cuánto tiempo llevas ahí? —preguntó Emilia dando voz a mis

pensamientos mientras se acercaba a darle un abrazo.

—Ahí está tu dios del sexo —murmuró Inés, y casi me da un infarto porque temí que él o Emilia la hubieran escuchado.

Volví a mirarle y el fuego que desprendían sus ojos, puestos en mí, llevaba mi imaginación y mis pensamientos lejos de esa casa, muy lejos.

Capítulo 32



James confesó que había escuchado con atención nuestro relato y que estaba impresionado de la complicidad y conexión que habíamos tenido con aquellas chicas.

Regresamos al salón dejándolas allí con sus estudios, y cuando íbamos hacia la cocina llamaron a la puerta. Emilia fue a abrir y Sam se presentó.

—Gracias por venir, Sam —sonrió mi hermana, dándole un abrazo.

—Lo que sea por mi paciente favorita —respondió él—. Inés me ha dicho que tienen algunas chicas embarazadas.

—Ocho chicas, sí —dijo Emilia.

—El ginecólogo habitual ha dejado tirada a la asociación, y pensé en ti —le informó mi hermana.

—¿Necesitan que les haga un chequeo ahora? Tengo el material que llevé a tu casa.

—¿Podrías atenderlas ahora? —preguntó Emilia.

—Claro. Pero después concertaré citas para todas en la clínica.

—Perfecto. Y por el dinero no te preocupes, tenemos muchas donaciones y una partida va específicamente para gastos médicos. ¿Vamos a ver a las chicas?

—Vamos. ¿Nos acompañas, Inés? —le preguntó Sam a mi hermana, y ella

dudó unos instantes— Puede que necesite una enfermera —le hizo un guiño.

—Ve con ellos, hermanita —le dije.

Asintió y bajaron los tres hacia la sala para ir a ver a las chicas. En cuanto nos quedamos James y yo solos en el salón, noté su brazo alrededor de mi cintura y unos segundos después el calor de aquellos carnosos y sensuales labios apoderándose por completo de los míos.

—Hola, preciosa —susurró cuando nos apartamos en busca de aire.

—No puedes hacer eso, James —dije a modo de protesta, pero ni siquiera a mí me sonó serio como pretendía.

—¿No puedo besar a la mujer exigente y obediente que me tiene completamente cautivado? —su mirada no se apartaba de mis labios.

—No, no puedes. ¿Qué diría tu madre si nos viera? Estoy prometida —esa mentirijilla empezaba a pesar bastante.

—Pero no nos ha visto, así que —se inclinó y volvió a besarme a pesar de mi gemido de protesta—. Vamos a la cocina, seguro que mi madre tiene limonada en la nevera.

Entrelazó nuestras manos y me llevó hasta la cocina, hizo que me sentara en uno de los taburetes y se movió por ella como si estuviera en su casa. ¿Cómo podía ser tan sexy ese hombre? Dios mío, era un regalo de lo más pecaminoso para la vista.

Sirvió dos vasos de limonada fría y se colocó entre mis piernas. Di un buen sorbo para tratar de calmar el calor que me invadía al tenerlo tan cerca, pero no surtió efecto dado que James comenzó a acariciarme el muslo bajo la tela de mi falda de tubo.

—James, para.

—No puedo, tu cuerpo me incita a tocarte a cada segundo —se inclinó y me besó el cuello.

—¿Por qué no me dijiste que eres abogado? —pregunté para llevar la conversación y el momento a un terreno menos peligroso para ambos.

—Porque no ejerzo —se encogió de hombros.

—Aunque no ejerzas, lo eres. Y asesoras a estas chicas —fruncí el ceño.

—Si puedo ayudarlas, lo hago.

—Inés va a venir a pasar las tardes con ellas, es profesora y las ayudará con sus estudios.

—Lo sé —sonrió—, he escuchado todo, ¿recuerdas?

—Es verdad —suspiré.

—Eso afirma mi teoría.

—¿Qué teoría?

—Que cuando estás conmigo, no solo te pones nerviosa, sino que, además, te desconcentras. Te resulto tan irresistible…

—Tú de ego vas sobrado, ¿verdad?

—No lo tengo tan grande.

—Anda que no.

—¿Seguimos hablando de mi ego? —arqueó la ceja con una pícara sonrisa.

—Por supuesto, y es enorme, al parecer.

James soltó una sonora carcajada echando la cabeza hacia atrás, sonreí al verlo tan despreocupado y disfruté de aquel momento.

Me sentí tentada por su barbilla, quería tocarla, acariciarla, besarla. Maldita fuera mi suerte, deseaba a ese hombre como no creí que fuera posible.

Carraspeé y di un sorbo a mi limonada, James se calmó e hizo lo mismo, solo para después besarme de nuevo el cuello.

—Yo también quiero colaborar con la asociación —dije en mi tono más profesional.

—¿En qué sentido?

—Voy a hacer una donación.

—Eso es muy amable por tu parte.

—Y estoy pensando en otra cosa.

—¿Qué piensas?

—Sé que tu madre hace galas benéficas y recauda fondos con subastas de objetos de famosos de Hollywood o cantantes. Este verano podríamos hacer que tu equipo juegue un partido amistoso y benéfico con otro equipo dispuesto a colaborar en la causa. Lo que se recaude de las entradas, así como de venta de *merchandising* de ambos equipos, será donado a la asociación.

—Vaya, no sé por qué no había pensado antes en eso —frunció el ceño—. Muchos equipos hacen donaciones y juegan partidos benéficos, pero no caí en proponerlo.

—Pues ya sabe, señor abogado y representante deportivo —sonreí dándole unas palmaditas en el pecho—. Haga la propuesta, busque un equipo dispuesto a jugar ese partido, y le ayudaré con la puesta en marcha.

Emilia entró en la cocina en ese momento, me sonrojé puesto que James estaba muy cerca y ella sonrió con picardía.

—Ah, estáis aquí. Sam e Inés se han quedado con las chicas. Tu hermana es una mujer encantadora. No sabré cómo agradecer no solo que me haya salvado en la búsqueda de un ginecólogo, sino con su ofrecimiento para venir por las tardes.

—Le vendrá bien estar ocupada, al menos no pensará demasiado en su pérdida.

—Lo sé, en eso puedo ayudarla yo —hizo un guiño y fue a servirse un poco de limonada.

James se apartó de mi lado, pero no en exceso, ese hombre me ponía las cosas muy difíciles, y su madre no dejaba de dedicarnos miraditas furtivas y alguna que otra sonrisa.

¿Qué se le estaría pasando por la cabeza a Emilia? Nos había encontrado muy juntos, yo tenía la mano en el pecho de su hijo y la mirada que ambos nos habíamos dedicado en ese instante, no era de las que compartirías con un mero conocido o amigo.

James le contó lo le había dicho sobre el partido y ella se mostró entusiasmada con la idea. Me dio un abrazo y dijo que esperaba contar conmigo en futuras galas benéficas que hiciera, así como le gustaría que me pasara a visitarla de vez en cuando.

—Voy a necesitar que me des el número de cuenta de la asociación, Emilia —dije cuando salíamos al salón.

—¿Para qué?

—Para hacer una donación —sonreí y ella se llevó las manos a la boca amortiguando un grito de sorpresa.

—No es necesario, querida.

—Pero quiero hacerlo. Sé lo que están pasando esas chicas, y quiero aportar mi pequeño granito de arena para su futuro. Soy inversora, ¿recuerdas? —sonreí— Ese dinero puedes emplearlo en las mamás que dejan la asociación, crear ese fondo para que puedan comenzar una nueva vida con una pequeña ayuda económica.

—Ay, Iris —me abrazó emocionada, al borde de las lágrimas—. No sabes lo eso supondrá para ellas. Siempre que se van les doy un poco de dinero, pero no es suficiente.

—Yo tuve la ayuda de un buen amigo que me facilitó las cosas cuando dejé España y me mudé aquí con mi hijo y mi hermana. Si no hubiera sido por él, no sé qué habría pasado con nuestras vidas.

—Y mírate ahora, una mujer de éxito —sonrió—. ¿Podré conocer algún día a ese amigo?

—Claro.

—Ahora es su prometido, mamá —le aclaró James.

—Oh —la mirada que me dedicó Emilia, no supe cómo interpretarla, por suerte Inés y Sam bajaron en ese momento.

—Todas las mamás y sus pequeños están bien. Algunas ya pueden saber el sexo, pero me han dicho que se lo diga en la próxima revisión, cuando tú estés con ellas —le dijo Sam y Emilia sonrió.

—Me siento como la abuela de una gran familia desde que puse en marcha este lugar —comentó con orgullo, pero con una pizca de anhelo, y lo entendí cuando miró a James y volvió a hablar—. Antes de que mi único hijo se decida a darme nietos por fin.

—Cuando encuentre a la mujer indicada para ello, mamá —respondió y me miró por el rabillo del ojo.

Sam se despidió, quedando en ver a Emilia a la semana siguiente en su consulta donde ya tendría abiertas las fichas de todas las chicas. Inés dijo que a ella también la vería puesto que su visita estaba programada desde que fue a mi casa, y James aprovechó que nosotras nos despedíamos de su madre para hacerlo también.

—¿Vendrás a cenar a casa el viernes? —le preguntó.

—No puedo, tengo que ir a Vancouver y estaré todo el fin de semana, el equipo quiere mi opinión sobre un jugador al que quieren fichar.

—Bueno, el lunes entonces.

—El lunes iré —le hizo un guiño y nos acompañó a la calle—. ¿Os apetece tomar algo? ¿Cenar?

—Yo estoy desenado llegar a casa, darme un baño y meterme en la cama —dijo mi hermana—. Pero a ella puedes llevarla donde quieras, y hacer lo que te plazca —sonrió con picardía y James me miró levantando una ceja.

—Mi hermana también sabe que tú y yo… Que lo sabe, ya está —me encogí de hombros.

—Nos lo contamos todo —añadió Inés.

—¿Y no ves mal que tu hermana tenga una relación abierta con su prometido?

—Qué va, ya son mayorcitos para saber con quién jugar en la cama. En fin, voy a llamar a Jack para que me lleve a casa.

—Para que nos lleve —dije yo y James frunció el ceño—. Mañana tengo una reunión importante a primera hora, quiero prepararla bien.

—¿En serio, hermana? —exclamó Inés con los ojos muy abiertos— ¿Prefieres una montaña de papeles antes que la compañía de este hombre?

—Inés —la reprendí.

—Vale, vale, cena, papeles y a la cama, entendido.

Inés se apartó para llamar a Jack y James aprovechó ese momento a solas para posar la mano en mi cintura.

—Al menos dime que lo del viaje a Vancouver los tres, sigue en pie —me pidió.

—Sí, se lo diré a Nico cuando llegue, aún no lo he hecho.

—No te haces una idea de las ganas que tengo de que pasemos ese fin de semana juntos —susurró con la mirada fija en mis ojos.

—James, no se te habrá pasado por la cabeza que ocurrirá algo entre nosotros en ese viaje, ¿verdad?

—Por supuesto que no, soy un caballero —lo decía, pero no lo pensaba.

Aquel hombre me iba a poner en un serio aprieto durante el viaje, estaba segura de ello.

Y en el fondo, la mujer exigente y la obediente, se relamían los labios en pensar qué podría tener James en mente para mí.

Capítulo 33



Cuando le dije a Nico que James nos invitaba a pasar el fin de semana en Vancouver, porque quería que ojeara con él a un posible nuevo fichaje para los *San Francisco Warriors*, no es que se emocionara, es que por un momento vi a mi hijo de quince años como aquel niño que una vez abriendo su regalo el día de Navidad, gritaba al ver que era la camiseta de su equipo favorito.

Mi hermana me dijo exactamente lo que yo pensé, que James había utilizado a mi hijo como excusa para conseguir llevarme unos días con él.

A ese hombre le importaba bien poco que yo estuviera prometida.

Había dejado todo el trabajo resuelto antes de comer porque James me había dicho que saldríamos en el vuelo de las tres, y allí nos encontramos con él.

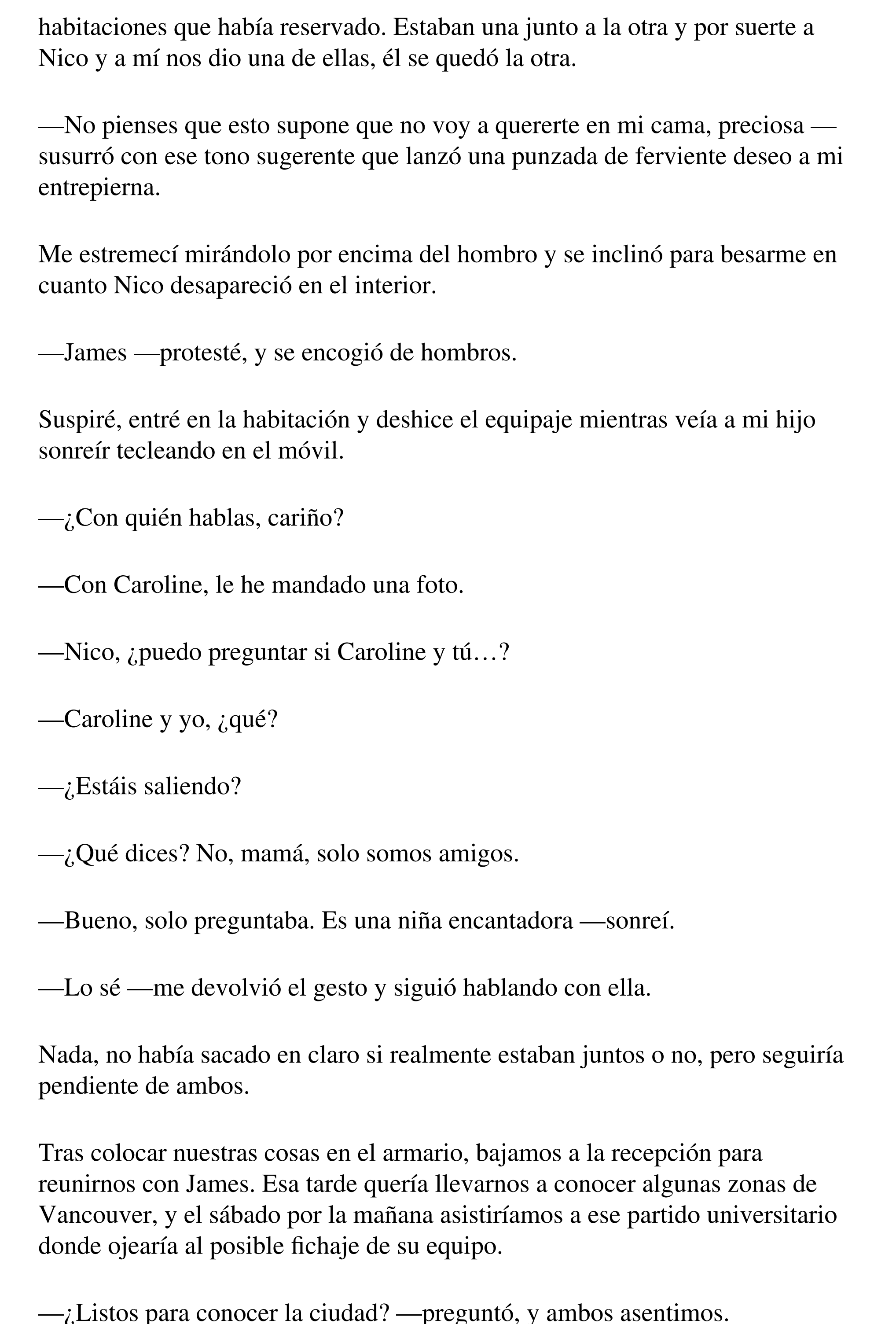
Para mi sorpresa, y la de mi hijo, viajamos en primera clase, nos ofrecieron un tentempié, bebida y, como los sofás eran tan cómodos, Nico acabó quedándose dormido mientras escuchaba música.

Fue ese el momento en el que James pareció ver el cielo abierto y no dudó en cogerme de la mano, acariciar el interior de mi muñeca y acercarla a sus labios para besarme suavemente.

En poco más de dos horas y media aterrizamos en Vancouver y James alquiló un coche para movernos por allí.

Desde la parte de atrás, Nico no dejaba de observarlo todo, sonriendo y haciendo fotos.

Cuando llegamos al hotel, James nos registró y cogió las llaves de las



habitaciones que había reservado. Estaban una junto a la otra y por suerte a Nico y a mí nos dio una de ellas, él se quedó la otra.

—No pienses que esto supone que no voy a quererte en mi cama, preciosa —susurró con ese tono sugerente que lanzó una punzada de ferviente deseo a mi entrepierna.

Me estremecí mirándolo por encima del hombro y se inclinó para besarme en cuanto Nico desapareció en el interior.

—James —protesté, y se encogió de hombros.

Suspiré, entré en la habitación y deshice el equipaje mientras veía a mi hijo sonreír tecleando en el móvil.

—¿Con quién hablas, cariño?

—Con Caroline, le he mandado una foto.

—Nico, ¿puedo preguntar si Caroline y tú…?

—Caroline y yo, ¿qué?

—¿Estáis saliendo?

—¿Qué dices? No, mamá, solo somos amigos.

—Bueno, solo preguntaba. Es una niña encantadora —sonreí.

—Lo sé —me devolvió el gesto y siguió hablando con ella.

Nada, no había sacado en claro si realmente estaban juntos o no, pero seguiría pendiente de ambos.

Tras colocar nuestras cosas en el armario, bajamos a la recepción para reunirnos con James. Esa tarde quería llevarnos a conocer algunas zonas de Vancouver, y el sábado por la mañana asistiríamos a ese partido universitario donde ojearía al posible fichaje de su equipo.

—¿Listos para conocer la ciudad? —preguntó, y ambos asentimos.

Tras un trayecto en coche de poco más de quince minutos, llegamos al

conocido barrio de *Gastown*, del que James nos contó que era uno de los barrios con más estilo del mundo. Allí se ubicaba la estatua de bronce de John Deighton, un canadiense de origen británico al que conocían como *Gassy Jack*. Fue dueño de uno de los bares del barrio y abrió muchos otros en la ciudad.

Aquel barrio albergaba los edificios más antiguos de la ciudad, como era el caso del famoso *Dominion Building*, el primer rascacielos que se construyó en Vancouver y que, según contaban algunas leyendas, estaba encantado.

—¿Cómo es que sabes tanto sobre la ciudad? ¿Has estado estudiando para impresionarme en este viaje? —pregunté cuando nos sentamos a tomar un café, mientras Nico estaba en el cuarto de baño.

—¿Te estoy impresionando? —Arqueó la ceja.

—No.

—Lástima —hizo un leve sonido de protesta—. Pasé un verano aquí cuando tenía veintidós años, me hice todas las excursiones que puedas imaginar.

—Eso sí me ha impresionado —sonreí.

Cuando Nico regresó, se inclinó para besarme en la mejilla y sonrió, James también lo hizo y miró a mi hijo con afecto.

Nos estuvo hablando sobre la ciudad, y la multitud de anuncios, series y películas que se habían rodado en ella, al igual que en San Francisco, y en el barrio en el que estábamos.

—Ahora que lo dices, me sonaban algunos lugares, pero no sabía de dónde —dijo Nico.

—La historia interminable, Catwoman o Yo Robot, son algunas de las películas que Hollywood ha rodado aquí.

—Vaya —mi hijo escuchaba a James con atención, no apartaba la mirada de él y sin que me hubiera dicho nada al respecto, sabía que admiraba a ese hombre.

Tras el café fuimos hacia el *reloj de vapor*, un lugar que James insistió que no podíamos dejar de visitar y tomarnos algunas fotos, puesto que era

considerado un icono de la historia de Vancouver.

Se unió a Nico y a mí en algunos selfis y siendo como era, aprovechaba el momento para tocarme, rodearme por la cintura, pegarme a su costado y si Nico no miraba, besarme en la mejilla.

Mi hijo le envió un par de esas fotos a Inés, y no tardó en escribirme.

Inés: *Querida hermana, ¿aceptas un consejo? Dile a David que debéis romper ese falso compromiso porque en esas fotos veo una familia perfecta.*

Lo que me faltaba por leer, que mi hermana pequeña pensara que entre James y yo podría haber algo más que un poco de sexo.

Suspiré guardando de nuevo el móvil en el bolso, y me uní a los chicos que estaban hablando sobre el partido del día siguiente.

James nos llevó hasta el conocido *Canada Place*, un bonito mirador desde el que pudimos disfrutar de las mejores vistas de la ciudad.

Hicimos algunas fotos y regresamos al coche. James nos llevó a un restaurante en el centro donde dijo que servían la mejor carne con salsa barbacoa, acompañada de un riquísimo puré de patatas y zanahorias.

No mintió, la cena estaba deliciosa y el postre, un pastel de manzana, fue mi perdición.

Dimos un paseo por la zona y nos llevó a un bar con música jazz donde tomamos una copa, Nico un refresco puesto que aún no tenía edad para beber, obviamente, y cuando le pregunté qué haríamos al día siguiente se limitó a decir que lo tenía todo planeado.

—Me parece perfecto, pero dime qué haremos —insistí.

—Mamá no es buena para las sorpresas —rio Nico—. Es un poquito impaciente.

—No es eso, hijo, es que me gusta organizarme. ¿A qué hora tenemos que levantarnos? ¿Cuándo es el partido?

—James, en cualquier momento saca su agenda del bolso, que lo sepas.

—No he traído mi agenda —fruncí el ceño mirando a mi hijo—. Lo tengo anotado también en el móvil.

—¿Ves? —Nico reía y negaba, haciendo que James se uniera a él.

—¿Dos contra una? —protesté cruzándome de brazos— Eres mi hijo, deberías estar de mi lado.

—Siempre estaré de tu lado, mamá, pero este fin de semana es para relajarse y olvidarse de la rutina. ¿No es así, James?

—Yo no lo habría dicho mejor —respondió él.

Entrecerré los ojos mirándolo y el muy jodido me devolvió una de esas miradas que me hacían entrar en combustión. Sonrió cuando me sonrojé y miré hacia mi plato, huyendo del modo lascivo en el que me observaba.

Volvimos al hotel y James dijo que nos veríamos a las ocho en la cafetería para desayunar antes de ir a ver el partido. Tenía que revisar unos correos sobre nuevas propuestas de patrocinio para sus tres representados y quería dejarlo acabado para tener el resto del fin de semana despejado de trabajo y libre para nosotros, según había comentado.

Eso me llenó de una calidez increíble, el hecho de que quisiera pasar tiempo con mi hijo. Trevor, el único hombre al que me permití presentarle a Nico, nunca tuvo interés en estar con mi niño.

—James, mola —dijo Nico cuando como si nada cuando me estaba metiendo en mi cama.

—Es un hombre agradable, sí —sonreí.

—Creo que le gustas.

—¿Qué dices? Te imaginas cosas.

—He visto cómo te mira, además soy un hombre y sé cómo se comportan otros hombres cuando les gusta una mujer.

—Ah, ¿sí? ¿Y cómo se comportan, si puede saberse, jovencito?

—Pues, por ejemplo, invitando a esa mujer en cuestión y a su hijo adolescente

a un fin de semana en otra ciudad —me miró como diciendo: "no soy tonto, mamá", y no tuve más remedio que seguir callada.

—Duérmete, anda, que James necesita que estés mañana muy despierto para ojear a ese posible fichaje para el equipo.

—Buenas noches, mamá —dijo dejando el móvil en la mesita antes de apagar la luz.

—Buenas noches, cariño.

¿Tan evidente sería para quien nos viera desde fuera, que James se mostraba interesado en mí? O peor aún, ¿se me notaba a mí que él me gustaba más de lo que llegara a admitir?

Me estaba metiendo hasta el cuello en arenas movedizas, y sabía que sería difícil, muy difícil, salir de ellas.

Capítulo 34



A las ocho estábamos Nico y yo entrando en la cafetería, donde ya nos esperaba James en una mesa del fondo.

Llevaba vaqueros y un polo blanco que le sentaban de muerte, lucía de lo más sexy.

—Buenos días, ¿cómo habéis dormido? —preguntó cuando nos acercamos.

Se puso de pie y me dio un beso en la mejilla, mientras que con Nico chocó el puño como si fueran un par colegas de toda la vida.

—Muy bien, gracias —respondí.

—Veo que os habéis puesto cómodos —sonrió.

—Siempre que voy a uno de sus partidos, uso vaqueros y camiseta, los trajes los dejo para el trabajo —le aseguré.

—Yo también —hizo un guiño y se acercó un camarero para preguntar qué queríamos desayunar.

Los tres pedimos un desayuno completo, con café para nosotros y un cacao para Nico.

Desayunamos mientras ellos charlaban sobre lo que James quería que Nico prestara atención del jugador al que iba a ver. Yo no entendía de fútbol y no iba a empezar a hacerlo en el ese momento, por lo que dejé que ellos hablaran.

James recibió una llamada justo cuando salíamos del hotel, sonreí al escuchar

el modo cariñoso en el que saludaba a su madre, y no pude evitar cómo le decía que no se había olvidado de la cena que tenía el lunes con ella.

Fuimos en coche hasta el pequeño estadio en el que tendría lugar el partido y vimos que había muchos aficionados de ambos equipos universitarios.

—La verdad, no sabía que en Canadá jugaran al fútbol americano —dije cuando nos sentamos en las gradas.

—No se considera americano, mamá, aunque es como el nuestro. ¿Verdad, James?

—Cierto. Aquí se disputa la Liga de Fútbol Canadiense, que es como la NFL nuestra.

—¿Cómo han sabido de este jugador en el equipo? —preguntó Nico.

—Ya sabes que muchos de estos partidos, aunque no sean de equipos profesionales, acaban en las redes —dijo James, y Nico asintió—. Un conocido de uno de los directivos lo vio, se lo enseñó, y todos se mostraron interesados en él. Solo tiene veintiún años, pero es muy bueno.

—¿Cómo se llama?

—Brody Fisher, es el número dieciocho.

Nico asintió y cuando los dos equipos salieron al campo, se concentró en cada jugada del dueño de la camiseta en la que podía leerse Fisher y debajo un gran número dieciocho.

Los dos estaban atentos a cada pase, cada carrera y lanzamiento, James incluso hizo algunas grabaciones que envió en el momento a sus jefes.

Recibió una llamada poco antes de que acabara el partido y cuando regresó, dijo que la directiva quería que hablara con el jugador.

Cuando el partido llegó a su fin, James bajó hacia el campo, se acercó al jugador y le ofreció una de sus tarjetas.

—Están interesados en ti, muchacho —escuché que le decía cuando Nico y yo nos unimos a él.

—¿Los *San Francisco Warriors*? Debe ser una broma —dijo el jugador, que era tan alto como James y tenía un cuerpo grande para ser tan joven.

—No es ninguna broma, quieren reunirse contigo en nuestras oficinas.

—Joder, esto… —Sus ojos estaban muy abiertos, seguía sin creérselo— ¿Cuándo quieren verme?

—Cuanto antes, mejor. Tienen una buena oferta para ti. ¿Tienes representante?

—No, señor. Ni siquiera creí que pudiera necesitar uno todavía —sonrió con timidez.

—Bien, en ese caso, si aceptas las condiciones del equipo y te unes a ellos, seré yo quien te represente.

—¿Lo dice en serio?

—Completamente.

—Vaya, yo… No sé qué decir, señor Benson.

—Para empezar, llámame James, no soy tan mayor como para parecer mi padre —Brody Fisher rio y volvió a mirar la tarjeta.

—Hablaré con mis padres y te llamaré, James.

—Perfecto. Estaremos aquí hasta el domingo por la tarde, por si quieres hablar en persona —dijo mirándonos a Nico y a mí.

—Oh, no, no querría interrumpir su estancia en familia en la ciudad —sonrió y en ese momento la que abrió los ojos ante la sorpresa de esas palabras, fui yo, mientras que Nico sonrió al tiempo que trataba de controlarse para no reírse.

—No pasa nada, si quieres hablar antes de que regrese a San Francisco, avísame.

Brody asintió, nos despedimos y regresamos al coche.

—Sí que es bueno —comentó Nico mientras íbamos de camino a una pizzería

a comer.

—Lo es, por eso mis jefes insisten en reunirse con él.

—¿Crees que aceptará? ¿Querrá ser uno de los nuevos fichajes de la próxima temporada?

—Me arriesgaría a decir que sí, pero si su familia está aquí al igual que su carrera universitaria, no sé si aceptaría alejarse de ellos.

—Yo no podría dejar a mi madre, por mucho que la tuviera a poco más de dos horas en avión.

Aquello me hizo sonreír, pero sabía que, si mi hijo quisiera mudarse a otra ciudad para ir a la universidad, no me opondría en absoluto.

Durante la comida en la pizzería James dijo que iba a llevarnos a conocer otro lugar de Vancouver que le había gustado cuando estuvo aquí. Poco podía imaginar cuando llegamos que se trataba de un sitio tan increíble.

Nos había llevado hasta la parte norte de Vancouver y estábamos a punto de disfrutar del *Capilano Suspension Bride Park*, donde exploraríamos los bosques de la Columbia Británica.

Sí, aquel hombre de negocios nos había llevado a conocer aquellos bosques en los que nos adentraríamos caminando por un puente colgante suspendido a unos cuarenta metros de altura, recorriendo cada rincón por las diferentes pasarelas que se integraban a la perfección a lo largo y ancho de ese maravilloso lugar.

Impresionantes, increíbles, únicas. Así definiría las vistas que ofrecía el puente de esta magnífica reserva natural que nada tenía que ver con el bullicio de la ciudad. El canto de los pájaros, así como el poder respirar el aire puro, eran una auténtica maravilla.

Fotos y más fotos, Nico no se despegaba del móvil y ni de mí, haciéndome posar a su lado para un selfi más, como él decía.

Pudimos ver algunas de las diferentes especies de aves que vivían en ese precioso y mágico lugar, y cuando llegamos a la zona de *Treetops Adventure*, caminamos por las pasarelas que conectaban los árboles como si de alguna de esas aves se tratara.

Desde el *Cliffwalk* pudimos observar el cañón del río Capilano, un lugar que sin duda debía visitar todo el que viajara a Vancouver.

Visitamos las diferentes exposiciones que había en medio de esos bosques y que hablaban de la historia de los indígenas, imágenes, tótems y escritos que describían cómo vivían aquellas gentes durante épocas pasadas.

Tras regresar al coche, James nos llevó a otra zona también en el norte de la ciudad, concretamente a *Whistler*, teniendo el privilegio de ver durante el camino el *fiordo Howe Sound*.

—Dios mío, eso es precioso —dije al ver aquellas cascadas.

—Son las *cascadas Shannon* —comentó James—. Caen desde más de trescientos metros de altura. Y en lugar en el que desemboca es el *Stawamus Chief*, un monolito sagrado para los indios *squamhis* donde la gente puede hacer rapel.

—Mejor no subimos hasta arriba, mamá, que una caída desde esa altura, y no lo contamos —dijo Nico con cara de pánico.

—No pensaba subir, hijo, y hacer rapel, tampoco entraba en mis planes —reí.

Disfrutamos de las vistas de la imponente *montaña Garibaldi* y llegamos a *Whistler*, el famoso resort alpino de la ciudad.

—Hora de hacer turismo —dijo James, aparcando el coche en una de las calles.

Caminamos por ellas mezclándonos con turistas y lugareños por igual, me detuve en algunas tiendas y acabé picando y comprando regalitos para Inés, para Brenda y también para David, mientras Nico volteaba los ojos al ver la cantidad de bolsas que llevaba, y James sonreía ayudándome a cargar con ellas.

—Parte de esas compras irán en mi maleta, lo sé —dijo Nico y asentí—. Esto de ser hijo único es un trauma, mamá.

—¡Nico, por Dios! —Me llevé la mano al pecho, asustada.

—Estaba de broma, sabes que siempre me ha gustado ser tu favorito —hizo

un guiño y me besó en la mejilla.

—Eres hijo único, no puede tener otro favorito —argumentó James.

—La estaba tranquilizando, tío, no me dejes con el culo al aire.

—¿Se puede saber de quién has aprendido esa expresión? —pegunté.

—¿No lo sabes, en serio?

—David, lo mato —murmuré y los dos se echaron a reír.

Continuamos con nuestro paseo por esas calles y paramos en una cafetería de lo más coqueta, donde pedimos unos batidos de chocolate acompañados de tres porciones de *nanaimo bar*, un pastel de tres capas hecho a base de galletas, chocolate y crema de vainilla que estaba riquísimo.

Y después de aquel pequeño descanso tras las compras, subimos al teleférico hasta la cima desde donde pudimos disfrutar de unas vistas inigualables.

Regresamos al hotel antes de que empezara a anochecer y James propuso que cenáramos en el restaurante nada más llegar, después tomamos una última copa y nos fuimos a las habitaciones.

Eché un vistazo a James por encima del hombro una vez que Nico entró, desapreció de mi vista, y él sonrió al verme.

—¿Ocurre algo, preciosa? —preguntó acercándose de nuevo a mí.

—Bueno, yo… —tragué con fuerza comprobando que mi hijo no estaba por allí.

—Tú, ¿qué? —susurró inclinándose para besarme el cuello.

—Pensé que aprovecharías el viaje para… ya sabes.

—Iris, te dije que soy un caballero —respondió sosteniendo mi barbilla con dos dedos para clavarme esa mirada gris y penetrante—. Puedo tenerte en mi cama, y en mi cuarto de juegos cuando quiera, pero este fin de semana me apetecía disfrutar de ti y de Nico.

Escucharlo decir aquello me causó tal sensación de alegría y calidez, que

cerré los ojos tratando de no emocionarme.

—¿Decepcionada, preciosa? —preguntó acariciándome la barbilla con el pulgar.

—Sorprendida. El único hombre que me permití presentar a Nico, no quería pasar tiempo con él. Solo David y Zack lo hacían.

—Pues a mí me gusta estar con él, es un gran chico y quiero estar ahí para él siempre que me necesite, como un amigo.

—Gracias, James —murmuré y lo abracé, aspirando ese aroma masculino y con algún leve rastro a menta que percibía de su perfume—. Nico lo es todo para mí.

—Lo sé, preciosa —susurró besándome la frente—. Pero no te haces una idea de lo mucho que deseo follarte. Anoche casi vengo a secuestrarte.

Me eché a reír, lo miré y me puse de puntillas para besarlo. Pretendía que fuera un beso corto, dulce y breve, apenas un roce de nuestros labios, pero James lo llevó un paso más allá cuando me sostuvo por la nuca con la otra mano y se apoderó con posesividad de mi boca mientras inclinaba mi cabeza hacia atrás.

Nos apartamos a duras penas y sin aire cuando escuchamos la puerta del cuarto de baño de mi habitación abrirse, y la voz de Nico llamándome.

—Ah, estás ahí —dijo mientras se secaba el cabello con una toalla, acababa de ducharse y ya se había puesto el pijama—. ¿Va todo bien?

—Sí, solo estábamos hablando de la hora a la que desayunaremos mañana —contestó James.

—¿A las ocho igual que hoy?

—Sí.

—Bien, buenas noches James.

—Buenas noches, Nico. Iris, que descanses.

—Igualmente —dije cerrando la puerta.

—Mamá.

—Dime, cariño.

—¿Cuánto vino has bebido en la cena? —interrogó con los ojos ligeramente entornados.

—Solo dos copas, ¿por qué?

—Porque tienes las mejillas rosadas como si hubieras tomado una botella entera.

—Será que con la edad no tolero bien el alcohol —dije evitando mirarle.

—Será eso, sí —sonrió, y supe que no me creía.

En ese momento me sentí como si yo fuera la adolescente y él el padre que me pillaba después de una sesión de besos ardientes con mi novio.

Un momento, James no era mi novio, él solo era… ¿Qué era James Benson para mí?

Un amante, un compañero de juegos, el hombre que satisfacía mis necesidades y hacía realidad mis fantasías sexuales, así como esos pensamientos pecaminosos y lujuriosos que se formaban en mi mente con solo pensar en él.

Eso era, no había nada romántico entre nosotros y nunca, jamás, lo habría.

Capítulo 35



A las ocho entramos en la cafetería y vimos a James hablando por teléfono, cuando nos sentamos colgó y dijo que era Brody Fisher, quería reunirse con él esa misma mañana antes de que nos marcháramos.

—Eso es que va a aceptar, ¿verdad? —preguntó Nico.

—No lo sé, pero espero que sí —sonrió.

Después de desayunar cogimos el coche para ir hasta la zona de la costa donde Brody había citado a James, hicimos tiempo por allí paseando y tomándonos algunas fotos.

James estaba hablando con sus jefes y Nico y yo observábamos el agua de aquella playa.

—Mamá, ¿puedo preguntarte algo?

—Claro —sonreí.

—¿Alguna vez te has enamorado, como lo hiciste de mi padre o de Trevor?

Aquella pregunta me dejó en shock, no la esperaba, pero para nada. ¿Por qué sentiría Nico curiosidad por eso?

—No, cariño, nunca he sentido algo tan fuerte como lo que sentí por tu padre.

—¿Ni siquiera por Trevor?

—Ni siquiera por él. Le quería mucho, sí, pero no llegué a sentir ese

enamoramiento que viví con tu padre.

—¿Y alguna vez has pensado en rehacer tu vida? No has tenido ninguna relación desde Trevor. Todo el mundo merece que le quieran, ¿sabes? Y no solo su hijo y su familia. Mira la madre de Caroline, solo llevaba un mes divorciada cuando le presentó a su nuevo novio.

Qué inocentes podían ser a veces los hijos, si esa niña supiera que su madre llevaba engañando a su padre más de seis meses cuando se divorciaron, se le caería el mundo encima por lo mucho que la quería. Jeff no le había contado nada aún, decía que lo haría, pero cuando hubiera pasado un tiempo.

—No ha surgido, Nico, eso es todo —le pasé la mano por la espalda y me miró con una sonrisa triste.

—Quiero que seas feliz, y este fin de semana…

—¿Qué, mi niño?

—Este fin de semana lo he visto en tus ojos. Has sido feliz, mamá.

—Por verte disfrutar a ti de esta experiencia —le aclaré, porque no me sentía con el valor suficiente para decirle y admitirme a mí misma, que James Benson había conseguido que en ese viaje me sintiera feliz compartiendo a mi hijo con él.

—Es la hora —nos giramos al escuchar a James y fuimos con él hacia la cafetería donde ya nos estaba esperando Brody.

—James, gracias por reunirte conmigo —fijo aquel joven que parecía un tanto nervioso.

—Al contrario, gracias por proponerla.

—He hablado con mis padres. Les he dicho que esta es sin duda una oportunidad única y, bueno, sería un completo idiota si la desaprovechara.

—Pueden surgir otras muchas oportunidades, Brody —le aseguró James.

—No creo que eso pasara. Si tu equipo favorito de la NFL te hace una oferta, o la aceptas, o la aceptas. Mi abuela solía decir que teníamos que subir al tren en cuanto lo viéramos pasar, o nos arrepentiríamos el resto de nuestra vida.

—¿Eso quiere decir que estarías dispuesto a aceptar ser fichado por los *San Francisco Warriors*?

—Sí, y sin saber qué tipo de oferta harían —rio—. Podría ser una mierda y, aun así, no me importaría. Disculpe mis modales, señora, pero me ha podido la emoción.

—No te preocupes, Brody, mi hijo a veces dice cosas peores que escucha en casa —sonreí.

—He hablado con mis jefes antes de venir, y me han autorizado a tentarte con una oferta en caso de que no quisieras ni siquiera reunirte con ellos.

—Bueno, me voy a reunir —sonrió—. Incluso mis padres piensan que sería buena idea mudarse conmigo a San Francisco. ¿Qué oferta era esa?

—Como sabes, un jugador novato en su primera temporada en cualquier equipo de la NFL, puede fichar por un salario mínimo de seiscientos sesenta mil dólares.

—Sí, es por lo que ficharon el año pasado a un jugador en Los Ángeles.

—La oferta que tenía en este papel es un poco mayor —James dejó el papel sobre la mesa, se lo acercó y Brody lo cogió.

—¿Están dispuestos a pagarme ochocientos mil dólares en mi primera temporada? —preguntó, incrédulo y con los ojos muy abiertos.

—Sí.

—Vaya, no sabía que estaban tan interesados —sonrió de nuevo.

—Eres bueno, y ellos saben cuándo no deben dejar escapar el tren —James hizo un guiño.

—¿Podríamos reunirnos la semana que viene?

—Por supuesto. Dime cuándo te viene bien, y lo organizo todo. Por el alojamiento no te preocupes, yo me encargo de buscarte hotel, así como los vuelos. ¿Te acompañarán tus padres?

—Sí, creo que están dispuestos a empezar la búsqueda de casa en cuanto aterricen, eso si no lo han hecho ya —rio.

—También puedo ayudaros con eso, conozco a un par de agentes inmobiliarios.

—James, vas a ser el ídolo de mi madre, te lo aseguro.

Después de unos minutos más de charla, Brody se despidió y regresó a casa para darle la noticia a sus padres.

Nosotros nos quedamos paseando por esa zona, comimos en un bar cuya especialidad era el pescado, y regresamos al hotel para preparar el equipaje.

Mientras lo hacíamos, Nico no dejaba de hablar sobre James y lo seguro que se mostraba al hablar de negocios, lo serio que se ponía a pesar de mostrarse también cercano y sonriente.

Lo admiraba, no había otra manera de definir lo que mi hijo sentía por James Benson, admiración en estado puro.

Eso solo le pasaba con David y con Zack, y esperaba que no fuera un problema para él, cuando la relación clandestina que manteníamos James y yo llegara a su fin.

Por eso no había querido volver a salir con nadie y tener que presentárselo a Nico como había ocurrido con Trevor. A pesar de que ya era un adolescente, era un chico muy cariñoso y se encariñaba con la gente que lo merecía.

Tal vez esto se me estaba empezando a ir de las manos, y tal vez ni siquiera debería haber aceptado que James nos invitara a este viaje.

Cuando terminamos de empaquetar bajamos a la recepción donde nos esperaba James hablando por teléfono, al parecer era Brody concretando los días que podían ir a reunirse con el equipo.

Subimos al coche y puso rumbo al aeropuerto. Por el rabillo del ojo vi que me miraba y en un momento en el que cambió de marcha, aprovechó para acariciarme la mano cuando vio que Nico estaba distraído.

La descarga eléctrica estaba de nuevo ahí, haciéndose notar y diciéndome lo mucho que me afectaba ese hombre, y cuánto lo deseaba.

Finalmente se había portado como un caballero delante de mi hijo, pero en ese momento, cuando su mano se deslizó por mi muslo y le dio un leve apretón, sentí que quería esas manos sobre mi piel desnuda.

Lo miré, me miró, sonrió de ese modo que me hacía arder, y supe que pronto volvería a estar en su cuarto de juegos.

Solo faltaba saber quién cedería el control a quién esa vez, ¿él a mí, o yo a él? Estaba deseando averiguarlo.

Capítulo 36



Era miércoles y estaba a punto de salir para tomarme un café con David, cuando Nikki llamó a mi puerta.

—Iris, está aquí Alexis Bowman, pero no la tenía agendada para una reunión —dijo.

—Hazla pasar y cuando llegue David, dile que espere fuera, ¿sí?

Nikki asintió, apagué el portátil y volví a sentarme. Unos segundos después Alexis llamó a la puerta y entró.

—Buenos días, Iris. Lamento presentarme así, pero pasaba por aquí y quería saber cómo estabais. ¿Tu hermana cómo lo lleva?

Sonreí, aquella chiquilla era un encanto. Habíamos tenido que rechazar la invitación que nos hizo a David y a mí, para la inauguración de la zona de piscina que había puesto en marcha en los almacenes por el accidente de mi cuñado y posterior duelo.

—Estamos sobrellevando todo. Inés parece que está mejor, pero los primeros días pensé que los perdería a ella y al bebé también. Al menos ahora ha encontrado algo para mantenerse ocupada.

—¿En serio? Me alegro. Yo sé lo que es perder a la persona con la que soñaste compartir tu vida, y aunque acabas saliendo de ese pozo, cuesta un poquito.

—Vaya, no lo sabía.

—No soy una estrella de Hollywood —rio—, mi vida privada no sale en las revistas.

—Brindemos por eso —sonreí—, la mía tampoco.

—Os perdisteis la inauguración, pero podéis pasaros cuando queráis para ver cómo ha quedado. Los niños se divierten mucho.

La puerta se abrió y no me hizo falta mirar, sabía que era David.

—¿Pensabas dejarme plantado con el café?

—¿No te ha dicho Nikki que esperaras fuera? —Volteé los ojos.

—Sabes que no soy de los que obedecen, pequeñaja. Alexis, qué bueno verte —dijo con esa sonrisa canalla, inclinándose al tiempo que le cogía la mano a esa chiquilla que comenzó a sonrojarse, y más aún cuando David le besó el dorso de la mano sin apartar la mirada de ella.

Y yo conocía muy bien esa mirada.

—David —le amonesté.

—No te entretengo más, Iris —dijo Alexis poniéndose en pie un tanto nerviosa—. Me alegro de que tu hermana esté mejor.

—Gracias por pasar y preocuparte, es muy amable de tu parte —sonreí al tiempo que me levantaba.

—¿Ya te vas? —preguntó David.

—Sí, solo pasaba por aquí, tuve una reunión cerca —sonrió evitando mirarle, y a mí me resultó de lo más interesante.

—Tómate un café con nosotros, seguro que tienes tiempo.

—Yo no… —Alexis tragó saliva con fuerza, me miró por el rabillo del ojo y sonreí.

—Sí, ven con nosotros. Ya que no pudimos ir a la inauguración, deja que te invitemos al desayuno —ofrecí, y asintió.

Salimos del despacho, le dije a Nikki que si había cualquier emergencia me llamase al móvil, y entramos en el ascensor.

Cuando las puertas se abrieron en la planta baja, tan solo pude dar un par de pasos y choqué con un cuerpo duro y macizo que reconocí enseguida por ese aroma que me encantaba.

—Cuidado, preciosa —James sonrió y noté su brazo alrededor de mi cintura, al mirarlo me encontré con esos ojos que decían: “voy a devorarte” y me estremecí.

—James, ¿qué haces aquí?

—Pasaba por la zona y pensé en invitarte a un café —se inclinó y me besó en la mejilla, demasiado cerca de la comisura de mis labios.

Eché un vistazo por el rabillo del ojo y vi a David sonriendo de ese modo tan perverso que me mostraba cuando estaba con alguno de mis compañeros de juegos, y a su lado Alexis observaba el modo en el que James me sostenía.

—James, ella es Alexis Bowman —dije apartándome de ese cuerpo tan tentador y pecaminoso para mí—. Alexis, él es James Benson, representante de algunos jugadores de los *San Francisco Warriors*.

—Encantado de conocerte, Alexis.

—Igualmente, señor Benson.

—No, no, por ahí no vas bien, princesa —comentó David acercándose a ella y cuando le puso una mano en la cintura, ella dio un leve respingo—. Si ella es Iris, aquí mi amigo y yo somos James, y David, nada de llamarnos señor, tal o cual, a no ser que te lo pida en otro lugar.

Por el modo en que la miraba, no me cabía duda de que David quería a esa chiquilla en su cama, y en ese mundo que los tres compartíamos.

—Claro, sí.

—Sí, ¿qué? —David arqueó la ceja en espera de una respuesta.

—Sí, te llamaré David.

—Esa es mi chica —le hizo un guiño—. Así que venías a invitar a mi prometida a tomar café, ¿eh, amigo? —sonrió con picardía mirando a James.

—Y a hablar sobre algo que comentamos hace unos días.

—Pues tomemos café y hablemos, felices los cuatro —evité reírme, pero me costaba, y es que, salvo Alexis, los demás sí sabíamos por qué había dicho aquello en referencia a la canción de Maluma.

Se suponía que estábamos prometidos, yo me acostaba con James y él lo sabía, y por cómo se comía a Alexis con la mirada, quería acostarse con ella. Que lo consiguiera o no, estaba por ver.

Salimos del edificio y cruzamos la calle para ir a la cafetería, pedimos cuatro desayunos y en cuanto volvimos a quedarnos solos, James me dio una grata sorpresa.

—He encontrado un equipo para ese partido benéfico que propusiste.

—¿En serio? —abrí los ojos, sonriendo emocionada.

—Sí. Lo hablé con mis jefes y con los chicos, y aceptaron sin pensarlo.

—Cuánto me alegro, seguro que a tu madre le hará ilusión.

—¿Qué me he perdido? —preguntó David.

Le hice un resumen de lo que hablamos en la asociación, hablamos sobre el tema y noté a Alexis muy atenta, incluso preguntó cómo podía ella colaborar con esas futuras mamás.

Acabó ofreciendo el nombre de los almacenes como patrocinador de ese partido, y James aceptó encantado.

—Además, me gustaría preparar unas cestitas para los bebés, para cuando nazcan, con los productos que necesitarán para el baño: pañales, biberones, baberos, y al menos un par de trajecitos —añadió con una sonrisa.

—Alexis, tienes que conocer a la madre de James —dije sonriendo también —, le vas a encantar.

—Bueno, solo quiero colaborar —se encogió de hombros con las mejillas

sonrojadas.

—¿Tenéis planes para comer? —preguntó James, a lo que los tres respondimos que no— Pues nos vamos a la asociación a ver a mi madre, y la llevamos a comer después. Sé que querrá hablar largo y tendido contigo, Alexis.

Dimos por terminado el desayuno poco después y llamé a Nikki para decirle que no volvería por la oficina hasta la tarde. Alexis había ido en taxi hasta su reunión y caminando a mi oficina, por lo que le propuse venir en el coche con James y conmigo, puesto que James había insistido en que fuera con él para hablar sobre el partido.

—Pequeñaja, yo llevaré a Alexis, así vosotros podéis hablar de ese partido — David me hizo un guiño y casi lo fulmino con la mirada. Había que joderse lo descarado que podía ser el muy jodido.

En cuanto James y yo subimos al coche, se lanzó a por mis labios aprovechando que nadie podía vernos.

—No sabes cómo echaba de menos estos labios, preciosa —dijo mientras los acariciaba con el pulgar.

—Tienes que comportarte, Alexis no sabe nada de mi vida privada —le exigí —. Para ella, David es mi prometido.

—Pues me va a costar mucho mantener las manos lejos de ti.

Puso el coche en marcha y cuando David se paró a nuestro lado, salió del aparcamiento para que pudiera seguirnos hasta la zona donde estaba la asociación de Emilia Benson.

Cuando llegamos y nos vio a su hijo y a mí en el salón, sonrió con tan agradable sorpresa, como había dicho.
Le presenté a David y Alexis, y al ver a mi mejor amigo, entrecerró los ojos.

—Así que tú eres el hombre que no ha puesto un anillo de compromiso en el dedo de esta mujer, ¿eh? —Dijo apoyando una mano en su cadera— Deberías ponérselo.

—Mamá —protestó James.

—Y a ti te digo lo mismo, si algún día le pides matrimonio a alguien, quiero verla luciendo un precioso anillo, ¿estamos?

—Emilia, ya sabes que nosotros no necesitamos eso para saber lo que acabará pasando en unos años —sonreí.

—Querida, sé que nadie lo necesitaría, pero a toda mujer le gusta recibir regalos bonitos —hizo un guiño y tanto Alexis como yo nos echamos a reír—. ¿A qué debo la visita, hijo?

Llevamos a Emilia al jardín trasero y le contó lo del partido, se emocionó al saber que aquella idea que le contamos iba a ser un hecho, que lo organizarían para que se llevara a cabo lo antes posible, y fue cuando Alexis y yo le hablamos de la propuesta que había hecho ella.

Esa mujer tenía los ojos vidriosos y su hijo la cogió de la mano dándole un leve apretón. Se mostró muy agradecida y cuando la llevamos a comer, hizo una lista con Alexis de las cosas que pondría en esas cestas para los ocho bebés que estaban por llegar al mundo.

—Siempre que tengas futuras mamás en la asociación, les prepararé estas cestas —dijo Alexis, y eso nos emocionó a Emilia, a James y a mí, mientras que David la miraba embelesado y con lo que interpreté como orgullo, ese mismo que me mostraba a mí.

Después de comer Alexis y yo quedamos en visitar a Emilia pronto, David la llevó a los almacenes y James a mí al despacho.

—¿Quieres subir y vemos qué fechas tienen libres los equipos para el partido? —propuse cuando paró.

—Claro.

Aparcó el coche, subimos hasta mi oficina y le pedí a Nikki que no nos molestara nadie bajo ningún concepto, teníamos una reunión importante.

En cuanto entramos en mi despacho James se hizo con el control de la situación. No podía negar que ese hombre me gustaba, lo deseaba más de lo que debería, y me dejé llevar.

No me importó que aquel fuera mi despacho, sabía que nadie entraría a molestar.

Me llevó hasta el escritorio y no tardó en recostarme sobre él, inclinada hacia delante. Levantó mi falda, me acarició las nalgas y lo siguiente que sentí fue que apartaba el tanga y comenzaba a lamer mi sexo.

Lo hacía con avidez, mientras yo movía las caderas en busca de más. Gemía procurando no hacer demasiado ruido, y para ello tuve que morderme el labio inferior.

Cuando estaba a punto de correrme, James se apartó, lo miré por encima del hombro para protestar, y lo vi desabrochándose el pantalón. Liberó su erección bajo mi atenta mirada, y se enterró en lo más hondo de mi ser de una sola embestida.

Me cubrió la boca con una mano mientras se aferraba a mi cadera con la otra, entrando y saliendo con fuerza y rápidamente, hasta que ambos alcanzamos el clímax liberando esa tensión sexual que nos envolvía cuando estábamos juntos.

Se dejó caer sobre mi espalda y me besó con pasión e intensidad. Cuando se retiró, nos adecentamos lo máximo posible para que nadie sospechara lo que había pasado en mi despacho.

—Me haces cometer locuras constantemente —dije mientras James me llevaba por la cintura hasta su regazo.

—No puedo evitarlo, me excito cuando veo tu cuerpo pecaminoso y provocador, y solo pienso en enterrarme en ti —susurró hundiendo la nariz en mi cuello, aspiró ligeramente mi aroma y me besó.

—Deberíamos hablar de negocios, señor Benson.

—Será mejor que sí, señorita Duarte, antes de que vuelva a follarla en ese escritorio.

Me mordí el labio mientras nuestras miradas quedaban conectadas, aquello era jugar con fuego, si alguien nos oía me moriría de vergüenza. Pero, ¿no era también lo más excitante que había vivido en años en aquel lugar?

Ni siquiera con Trevor cuando tenía la otra empresa había permitido que me sedujera en mi despacho, en cambio, con James, no me importaba que me arrastrara a la locura. Era inevitable.

Capítulo 37



Aquella mañana de viernes poco podía imaginar cuando salí de casa que acabaría de un modo diferente al que tenía planeado.

James me había pedido la noche anterior que saliera a comer con él y acepté, quedamos en que me recogería a la una en el despacho y después de nuestra comida, pasaríamos por los almacenes de Alexis para ver de qué modo se haría el patrocinio del partido.

Había estado revisando empresas que querían una inyección de fondos en sus negocios, les mandé a Peter y Mike varias a cada uno para que prepararan un informe detallado y exhaustivo como solían hacer, y ni siquiera paré a tomar café cuando me escribió David, quería avanzar tanto como pudiera para poder tomarme el fin de semana de absoluto relax en casa con mi hermana y Nico.

Era casi la hora de que me recogiera James cuando David irrumpió en mi despacho cual huracán.

—¡Buenas tardes, pequeñaja! —exclamó más contento de lo habitual.

—¿Y ese entusiasmo? —sonreí.

—Ah, la vida es bella, hace un día maravilloso, luce el sol, y esta noche salgo a cenar con Alexis Bowman.

—¿Disculpa? —Abrí mucho los ojos ante aquella noticia.

—La invité el otro día, y aceptó.

—¿Qué interés tienes en esa chica, aparte de que quieras meterla en tu cama?

—Joder, ¿tan evidente es eso? —respondió sentándose frente a mí.

—Para mí, que te conozco muy bien, sí, lo es.

—Vale, sí, puede que esa pequeña y seductora mujer me excite, pero, oye, no soy un descarado. La he invitado como amigos.

—Claro, y luego desplegarás tus armas de seducción, la incitarás, la besarás y harás que se derrita en tus brazos. David, ella piensa que estamos prometidos, y dudo mucho que quiera ser algo así como la otra.

—James también lo sabe y no le importa compartirte conmigo —se encogió de hombros.

—James sabe la mentira que le he contado, esa que todo el mundo relacionado con el sexo clandestino sabe. Alexis no es parte de ese mundo. Ella es dulce, tímida, y me contó que había perdido a un novio. David, esa chica cree en el amor, el amor de verdad, no como nosotros.

—Bueno, pero hasta que le llegue el amor de verdad, puedo ser su amigo, solo eso. ¿Puedes creerme si te digo que no querré llevarla a mi cama?

—Me va a costar creerlo —suspiré.

—Bueno, yo venía a invitarte a comer, ¿qué te parece?

—Ah, muy buena idea esa. Invito a comer a mi falsa prometida para no hacerla sentir mal porque después voy a cenar con una chica que me excita. Eres único, David —reí—. Gracias por la invitación, pero James se adelantó y me lo pidió anoche.

Y hablando del rey de Roma, Nikki llamó a la puerta para decirme que había llegado.

Le hice pasar y David y él se saludaron con una palmada en el hombro. James se acercó a mí, que seguía sentada en el sillón, se inclinó apoyando una mano en el respaldo y la otra en el escritorio, y me besó en los labios sin importarle lo más mínimo que mi supuesto prometido estuviera delante.

—Hola, preciosa —susurró—. ¿Lista para irnos?

—Sigo aquí, ¿eh? —dijo David y cuando lo miramos tenía la ceja arqueada.

—Soy consciente de tu presencia —respondió James.

—Y te ha importado una mierda, porque acabas de besar a mi prometida.

—Dejaré de hacerla mía cuando vea tu anillo en su dedo. Hasta entonces, asume que tendrás que compartirla —James se encogió de hombros y yo di un leve grito ante la sorpresa.

—Menudos huevos tienes, Benson —David sonrió al tiempo que negaba.

Iba a ponerme en pie para salir cuando escuché voces fuera del despacho. La de Nikki diciéndole a alguien que no podía entrar si no tenía una cita, fue amortiguada por la de un hombre que gritó que le importaba una mierda.

La puerta se abrió y un Carlos muy cabreado irrumpió en mi despacho agitando un sobre. Me levanté y David lo hizo aún más rápido que yo para interponerse entre mi ex y yo.

—¿Qué mierda es esta, Iris? —gritó soltando el sobre en mi escritorio, del que salieron algunas fotos y una nota.

—¿Qué haces aquí, Carlos? —pregunté.

—Responde, ¿qué quieres conseguir con ese puto chantaje?

—¿Chantaje? No sé de qué estás hablando.

—No me vengas con gilipolleces.

—Ey, tranquilo, colega, deja de gritarle —le dijo David.

—Gritaré cuanto me salga de los putos cojones. No voy a permitir que me chantajees con eso.

Cuando Carlos señaló el sobre, lo cogí y saqué las fotos. En ellas aparecía él solo saliendo de mi casa, en otras estábamos los dos en el jardín, había una en la que salía Nico a nuestro lado, y varias más de Nico y yo solos y de él solo. Quien viera aquellas fotos no podría negar el tremendo parecido entre Carlos y mi hijo.

En la nota ponía que si no enviaba quinientos mil dólares al número de cuenta que aparecía anotado, haría público que el gran abogado de Lo Ángeles tenía un hijo con la dueña de la empresa de inversiones más reconocida de San Francisco.

—Yo no he mandado esto —dije al fin.

David y James echaron un vistazo y fue David quien habló después.

—Iris no es tan miserable. ¿Crees que necesita tu dinero cuando es una mujer de negocios con una fortuna en el banco? No te ha pedido nunca nada, y no veo por qué piensas que lo haría ahora.

—¿Tal vez porque me ha investigado y mi mujer es una rica heredera? —respondió Carlos.

—No te he investigado, no necesito hacer tal cosa, y no quiero tu dinero.

—¿Ha sido el crío? Te juro Iris, que si ese mocoso intenta arruinarme la vida…

—Si vuelves a llamar mocoso a Nico, sales de aquí con un ojo morado —la profunda y ronca voz de James resonó en el despacho, y Carlos lo miró con un leve temor.

—Y las dos piernas rotas —añadió David.

—Mi hijo jamás haría esto. Ya lo escuchaste, no quiere que te acerques a mí, ni que busques trato con él. Para Nico no existes, nunca lo has hecho —le aseguré.

—No te creo, estás buscando un dinero que nunca te di.

—Sal de aquí si no quieres que te saquen en camilla —David lo cogió por la camisa y lo llevó hasta la puerta.

—Esto no quedará así, Iris. Tendrás noticias mías.

—No amenaces, o juro que te vas a Los Ángeles con una pierna rota —dijo David al tiempo que lo sacaba de un empujón fuera del despacho y cerraba la puerta—. ¿Qué mierda ha pasado?

—No lo sé, pero te juro que yo no…

—No se te ocurra decir una sola palabra más, Iris. Sé que no has enviado esa mierda. ¿No lleva remitente?

Negué tras ver el sobre de nuevo, me dejé caer en el sillón y noté la mano de James dándome un leve apretón en el hombro.

—Preciosa, tranquila, si volvemos a tener noticias suyas, hablaré con uno de los abogados del equipo.

—Es que no entiendo nada. ¿Y si ha sido Nico? —dudé por un momento, pero no podía haber sido él.

—No haría esto y lo sabes —aseguró David.

Nikki entró en el despacho para decirme que el energúmeno se había ido, y que acababan de entregar un sobre para mí.

Cuando lo abrí, encontré exactamente las mismas fotos y la nota, salvo por una pequeña diferencia.

Quien lo enviaba se había referido a mí como “dulce Iris”, y solo había una persona en el mundo que me llamaba así.

CONTINUARÁ…

Esperamos que os haya gustado y si es así nos podéis seguir en las siguientes redes y en nuestras páginas de Amazon ¡Gracias!

Facebook:
Dylan Martins
Janis Sandgrouse

Amazon:
Dylan Martins: relinks.me/DylanMartins
Janis Sandgrouse: relinks.me/JanisSandgrouse

Instagram:
@dylanmartinsautor
@janis.sandgrouse.escritora

Twitter:
@ChicasTribu